inprecor

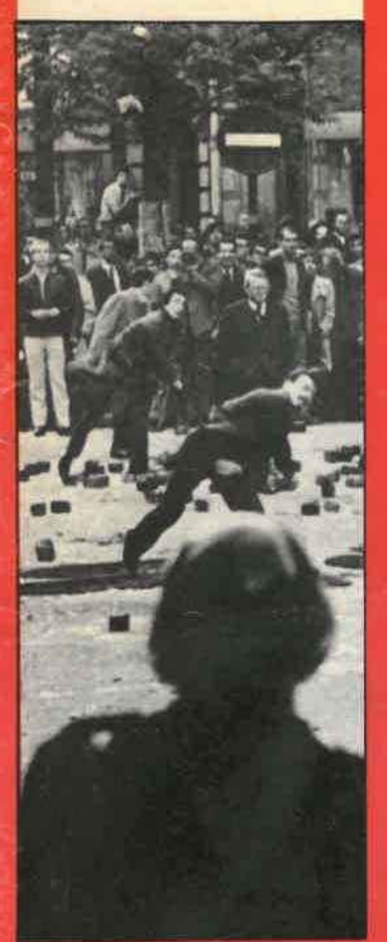
● N° 61. ● Mayo 1988. ● 275 pesetas

1















inprecor

revista política bimestral de la Liga Comunista Revolucionaria.

Director: Miguel Romero. **Maqueta:** Encarna Albarrán. **Fotocomposición:** Esperanza Valiente. **Imprenta:** Gráficas Canigó. **D.L.** 40029/79.

Boletín de suscripción

- anual (8 números): Estado español, 2.000 ptas. Europa: 40 dólares. Resto del mundo: 50 dólares.
- *cheque o transferencia bancaria a:* LCR. cuenta corriente nº 01-504000-2 del Banco de Vizcaya. Agencia urbana Glorieta de Bilbao. MADRID.
- *envíos contrareembolso:* enviar una carta a **Editorial Leviatán. Apartado de correos 50.370 (Cibeles). 28080-MADRID,** con los datos del boletín que viene a continuación:

Nombre . . . .

Dirección . . . .

Código Postal . . . . **Ciudad (provincia)** . . . .

País . . . .

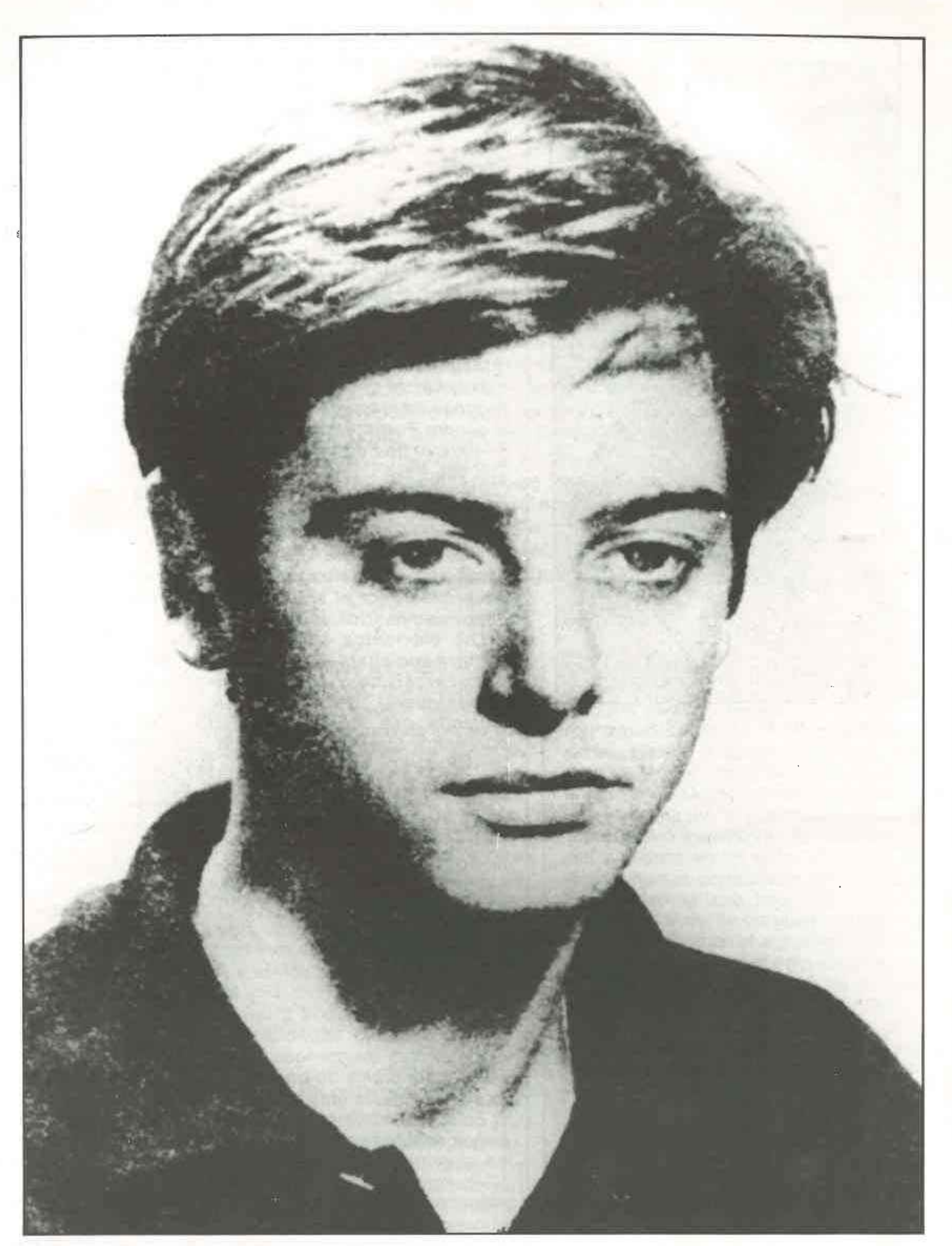
Renovación ☐ **Suscripción** ☐

INPRECOR

revista quincenal en francés publicada bajo la responsabilidad del Secretariado Unificado de la IV Internacional.

- **suscripción anual** (25 números): 280 FF. Envío por avión: 310 FF.
- **transferencia bancaria a:** PEC. BNP agencia Robespierre. 153, rue de Paris. 93108 Montreuil. Francia. Cuenta 230179/80.

sumario



A la memoria de Enrique Ruano, militante del Frente de Liberación Popular (FLP) en la Universidad de Madrid.

Asesinado por la policía el 20 de enero de 1969.

Compañero en las luchas y en los sueños de 1968.



Cuando hace unos meses empezamos a preparar este número especial de INPRECOR sobre 1968, imaginábamos el festival de interpretaciones cínicas y folklóricas, de autobiografías más o menos heroicas, de discursos funerarios,..., que iban a inundar los medios de comunicación en cuanto llegáramos al mes de mayo. Puede decirse que la realidad ha desbordado los cálculos más pesimistas. Algunas de las miserias con que nos han obsequiado los "ex" no merecen caer en el olvido. Particularmente, estas palabras de D.Joaquín Arango, subsecretario del Ministerio de Educación y Ciencia, en plena huelga de enseñantes: «Yo fui un líder (del 68). Pero un líder de verdad, porque ahora parece que lo han sido todos (...) Cada vez siento más simpatía por mis antecesores, independientemente de sus ideologías. Y cada vez los comprendo mejor». *Quienes conocimos al Sr. Arango hace veinte años no podemos evitar una cierta sorna ante el uso, muy extensivo, que da a la palabra "líder" al aplicársela a sí mismo. Pero en fin, quede su caso como muestra de una variante de "arrepentido" que ha abandonado armas más peligrosas para el sistema al que sirven que las metralletas: la honestidad y la integridad política, intelectual y humana.*

Los elementos centrales del discurso oficial —es decir, el discurso de la cohorte socialista— sobre el 68 lo definen como una fecha de cierre, que puso fin a los "arcaísmos" políticos, ideológicos, económicos y sociales, acumulados en la postguerra. Reconocen que tuvo formas revolucionarias, pero lo justifican diciendo que, en este aspecto, 1968 siguió siendo "arcaico". Su auténtico contenido fue la búsqueda de una nueva modernidad democrática, hedonista e individualista. En conclusión, 1968 enterró definitivamente los proyectos revolucionarios socialistas y, con ellos, el marxismo.

Este esquema no permite comprender casi nada de la historia de estos veinte años. Pero tampoco lo pretende. Es pura ideología de esa neo-socialdemocracia-liberal que padecemos. Obedece a los mismos objetivos de manipulación de la memoria colectiva que han actuado, con algún éxito desgraciadamente, en las pasadas conmemoraciones de la guerra civil.

La interpretación de 1968 como la fecha de apertura de una crisis global de la sociedad burguesa que sigue marcando aún nuestros problemas, nuestras esperanzas y nuestras tareas nos parece coherente con la historia real que hemos vivido en los últimos veinte años. Rescatar esta experiencia de las deformaciones interesadas, o del olvido de sus enseñanzas como acontecimiento político, es la tarea que nos hemos propuesto con este número especial de INPRECOR. Nos hemos ocupado especialmente del Mayo francés, porque son muy pocas las experiencias de grandes luchas de masas en Occidente desde el final de la 2ª guerra mundial, y no podemos permitirnos el lujo de no estudiar a fondo la que es posiblemente, la más significativa de todas ellas.

En el Tema *hemos reproducido un artículo de Ernest Mandel escrito en caliente, pocas semanas después de Mayo. Ese texto tuvo una influencia muy considerable en la evolución política del sector del FLP que posteriormente daría origen a la LCR. Pero más allá de este interés para nuestra historia doméstica, el texto nos sigue pareciendo una pequeña obra maestra de análisis marxista y, quitando cuestiones menores de lenguaje o del aire de aquel tiempo, conserva una completa actualidad, lo cual, dicho sea de paso, es bastante excepcional entre los análisis que las diferentes corrientes políticas de izquierda radical hicieron entonces.*

En el resto de los artículos hemos procurado trazar un panorama de conjunto de 1968 con artículos escritos por gente que vivió directamente los acontecimientos desde dentro de los países afectados o en tareas de solidaridad. En el caso del Estado español, además de gente "de la casa" como Jaime Pastor o Manolo Garí, contamos con las colaboraciones, que agradecemos, de Francisco Alburquerque y Francisco Fernández Buey. Los cuatro significan formas de continuidad diferentes con las luchas estudiantiles del 65-68, trayectorias dignas de aquella experiencia, opuestas, por tanto, a la del subsecretario.

Pensamos haber reunido un buen material para una reflexión sobre 1968. Un año al que bien se puede considerar del siglo XXI, en el mismo sentido en que 1871 fue un año del siglo XX. Un año que supone por sí mismo un programa de tareas y ante el cual, la única nostalgia legítima es la nostalgia del futuro.

LOS ORIGENES DE 1968

Charles-André Udry

Como 1917-1920, como 1933 o 1936, 1968 es un año simbólico. Tiene pues el doble significado de los símbolos, relacionados a la vez con acontecimientos reales del mundo social y político, y con un imaginario colectivo, el de toda una generación, que ha asumido lo real, pero a veces lo ha transformado hasta convertirlo en un mito.

Muchos de los que alimentaron el mito (y el sueño) durante algunos años, sienten ahora la tentación de saldar las cuentas, retrospectivamente, con su adolescencia. Y al hacerlo, tienden a negar la ruptura que representó 1968 (y los años posteriores) en la vida social, cultural y política europea e internacional, a subestimar las dimensiones y las potencialidades de las movilizaciones sociales de este período, a no diferenciar entre las esperanzas (frustradas, y por tanto negadas) y el vigor efectivo de ciertos cambios sociales y políticos.

Nosotros preferimmos, como decía Spinoza, *«ni reir, ni llorar, sino comprender»,* **comenzando por los orígenes de la ruptura que tuvo lugar entonces.**

Hay tres dimensiones en 1968. La primera es internacional: una conjunción excepcional de conflictos y crisis a escala mundial y un ascenso de luchas estudiantiles casi universales. La segunda se refiere al cambio que se opera en el ritmo y la amplitud de las luchas obreras y democráticas en una serie de países: Francia, Italia, el Estado español y, en menor medida, Gran Bretaña. La tercera es la emergencia o el reforzamiento de organizaciones políticas –especialmente en Europa, pero también en América Latina, Japón,...– que se situaron en la extrema izquierda del mapa político, que tiene lugar junto a un relanzamiento del movimiento sindical y, posteriormente, de los partidos de la izquierda tradicional.

El final de la guerra fría

¿Cuáles son los elementos que anunciaban y preparaban esta mutación de 1968? Para que se desarrolle un cambio en la situación social y política análogo al que tuvo lugar en el periodo 1968-75 es necesario que se desmorone antes el sistema de referencias políticas y de visión del mundo heredadas del periodo precedente. Así ocurrió con el declive de la "guerra fría".

La situación de guerra fría –suscitada por el imperialismo americano desde 1947 para intentar estabilizar la situación internacional en su provecho– había conducido a una división del mundo en dos, dentro de las mentes de la mayoría del movimiento obrero organizado europeo: por un lado "el bloque comunista totalitario", por el otro, "el mundo libre occidental". La socialdemocracia europea jugó a fondo la carta del Occidente democrático y del anticomunismo; los partidos comunistas se alinearon tras Stalin y el Kremlin, identificando falsamente el socialismo con el régimen de poder absoluto de un "partido comunista". Cada uno reflejaba la imagen invertida de las posiciones del otro. Y esto llevó a aprisionar la reflexión social y política en un sistema binario estéril (o bien la democracia occidental, o bien el "socialismo tipo Stalin"). Además, tanto el poder burgués como el burocrático utilizaban el argumento de *«estáis trabajando para el otro campo»* con el fin de legitimar sus medidas represivas. Y así teníamos la caza de brujas del "macarthysmo" en el Oeste y los grandes procesos de los años 50 en el Este. Este es el mundo que va ser lentamente corroído.

Nuevamente en el Este

Una primera serie de cambios sucedieron en el "mundo socialista". Tras la muerte de Stalin, el régimen de terror masivo que simbolizaba y personalizaba no podía perpetuarse cómodamente. La burocracia buscaba ávidamente los mecanismos que le aseguraran una estabilidad mayor. Las purgas y liquidaciones hacían inestable y arriesgado el "oficio" de burócrata, y esto es justamente lo contrario de sus deseos. La reconstrucción económica y el desarrollo de la sociedad soviética exigían una cierta "liberalización". Se producía una cierta presión de la población; después de las escasas rehabilitaciones efectuadas por Kruschev, decenas de miles de cartas de familiares de las víctimas del stalinismo


¡ALARMA DE COMBATE!

Extra REVOLUCION SEGUNDA EDICION Extra

LA NACION EN PIE DE GUERRA

Ordena el Primer Ministro Fidel Castro ante el peligro de la agresión dispuesta por Kennedy

Cuba, 1962.

fueron enviadas a la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). El XX Congreso del PCUS en 1956, y el XXII Congreso en 1961 reflejaron este paso del stalinismo al kruschevismo, sin que esto implicara una desaparición de las estructuras fundamentales del poder monopolístico de la dirección del PCUS. Incluso después de la destitución de Kruschev en 1964, y el nuevo "enfriamiento" insuflado por Breznev, el poder burocrático no volverá ya a los métodos de represión masiva de la época stalinista, aunque seguirá reprimiendo sistemáticamente todo intento de actividad social, política y cultural independiente.

1956 es también la "revolución húngara" y el auge de luchas obreras en Polonia que ponen a la orden del día la posibilidad de un combate de masas contra el poder de la casta burocrática. La revolución húngara –¡porque fue una verdadera revolución!– hizo aparecer en la escena política la idea (ciertamente, no siempre muy elaborada) de una democracia de los consejos en el marco de una economía no capitalista: una idea que se apoyaba en la propia experiencia del combate contra la intervención soviética. Así empezaba a abrirse otra vía, diferente del "socialismo realmente existente" o del capitalismo occidental, y no sólo en los escritos teóricos o proyectos políticos, sino en la actividad social y política de masas.

Los procesos de reformas en los diversos países del Este, a mitad de los años sesenta, precipitaron a su manera este amplio debate. Más aún, la permanente polémica sobre la experiencia yugoslava de autogestión, que incluso ganaba la atención de sectores de la izquierda socialdemócrata europea, alimentará la idea de que una tercera vía es posible. La Primavera de Praga que comienza en enero de 1968 sería la conclusión más deslumbrante, y más explosiva, de estos procesos de reformas "por arriba", que son repentinamente zarandeados "por abajo".

Desde finales de 1962, vino a añadirse a esta situación el debate chino-soviético. Aunque las razones efectivas del enfrentamiento entre Moscú y Pekín se reflejan de forma muy sesgada en el contenido ideológico del debate, éste va a provocar una amplia discusión pública en el movimiento obrero de vanguardia sobre varios temas: las relaciones económicas entre economías planificadas (los métodos soviéticos de saqueo dentro del COMECON) y entre éstas y los países imperialistas; la desestalinización que remite a toda la problemática de la degeneración burocrática de la revolución rusa, al papel del partido y a la extinción del Estado (desde 1958, el PC chino atacaba la autogestión yugoslava; posteriormente hará una defensa, no simplemente táctica, de Stalin frente al XXII Congreso del PCUS); la "coexistencia pacífica" con su doble dimensión: ¿equivale a un statu-quo social? ¿Se dirige hacia un condominio americano-soviético?; las modalidades de progresión del socialismo a escala internacional: ¿hay que poner el acento, como hacía la URSS, ante todo en la competición económica o en el desenganche del sistema capitalista de países de la "periferia" que conquistarían su independencia frente al imperialismo (el PC chino hacía del tercer mundo el *"foco de las contradicciones mundiales")*?. Así, en esta nueva fase de la crisis del "movimiento comunista mundial" nacían, en realidad, las condiciones de un nuevo internacionalismo.

Desde la primavera de 1966, se suma

a esta polémica la llamada "Revolución Cultural" china, que sintonizará con las aspiraciones confusas de una parte de la juventud estudiantil europea. La lucha contra las "cuatro viejas" –las "viejas costumbres, ideas, culturas, hábitos"– conecta con sentimientos y reivindicaciones que penetran en la juventud estudiantil. La televisión y los demás medios de comunicación de masas que extienden por el mundo, casi en tiempo real, los acontecimientos, no son ajenos a esta reutilización de temas políticos "extranjeros" por actores igualmente "extranjeros" respecto al mismo origen de estos temas. Así, los estudiantes católicos de la Universidad "Statale" de Milán se reconocerán –con la falsa conciencia que eso implica– en la "revolución cultural de Mao", es decir en una revolución cultural que, para ellos, no tenía nada que ver con China,... sino con un "malestar social" en Italia.

La democracia occidental reprime y bombardea

La segunda gran mutación se refiere al mundo occidental, llamado libre. En los EEUU, la batalla por los derechos civiles de los negros, a comienzos de los años sesenta, reveló a la opinión pública europea una faceta de la democracia americana que había sido cuidadosamente ocultada. La revuelta de los negros, especialmente entre 1964 y 1967, sirve de punto de apoyo para la desmitificación del modelo de democracia americana. En 1965, Malcom X es asesinado. Representaba el ala más radical y más politizada del movimiento negro y su fuerza de convicción, su carisma, podían haberle permitido jugar un papel importante en la evolución política de una amplia capa de militantes negros. En 1967, en Detroit, los carros blindados de la Guardia Federal aplastaron el levantamiento del ghetto negro.

En otro terreno, el comienzo de los bombardeos americanos sobre Vietnam y la intervención de los marines en Santo Domingo en 1965, muestran claramente, ante una generación entera, el verdadero rostro del imperialismo americano.

Y en octubre de 1965, el golpe de Estado militar en Indonesia, con el pretexto carente de todo fundamento de abortar un proyecto de golpe del Partido Comunista (PKI), dirigido por Aidit, es un nuevo factor importante de esta situación. El PKI era el mayor PC fuera del "bloque socialista"; debía tener 300.000 cuadros y 2 millones de militantes. El golpe sería de una tremenda ferocidad represiva, muy especialmente en la isla de Java, bastión del PKI. Esta masacre recibirá el apoyo de Washington, extraordinariamente satisfecho de ver a Indonesia "limpia de comunistas" en el momento en que los Estados Unidos intentaban aplastar la revolución vietnamita. Contrarrevolución y "terror blanco" se convertían en sinónimos de la política imperialista para un sector más amplio de la opinión pública internacional.

La dramática liquidación del PKI en este país que había sido un símbolo del no-alineamiento suscitará en la vanguardia del movimiento obrero internacional un amplio debate sobre la orientación del PKI. En efecto, éste defendía la necesidad de una alianza estratégica con el presidente Sukarno y los capitalistas locales con el fin de *"vencer a los capitalistas extranjeros en Indonesia"*; la revolución social vendría más tarde. Los hechos mostrarían trágicamente la falsedad de esta orientación!

De Cuba a Argelia...

Así llegamos a la tercera mutación: la que impulsaron las revoluciones cubana y argelina, así como la proyección sobre la escena internacional de la causa palestina, como consecuencia del conflicto árabe-israelí de 1967.

Ciertamente, durante la segunda mitad de los años 60, la lucha armada del FLN por la independencia nacional y la transformación social de Vietnam se mantendrá como el elemento clave de la situación internacional, en la medida que, por primera vez desde la segunda guerra mundial, la potencia hegemónica de los EEUU sufría un fracaso. Empieza a esbozarse una modificación significativa de las relaciones de fuerzas internacionales, aunque es todavía poco perceptible. Hay que mencionar también en este terreno los comienzos de la lucha armada en Angola y Mozambique; en septiembre de 1964, el FRELIMO (Frente de Liberación de Mozambique) anuncia los primeros enfrentamientos de los guerrilleros nacionalistas contra el ejército de ocupación portugués.

Pero volvamos a la revolución cubana, cuya incidencia sobre la formación política de una "nueva izquierda", incluso en Europa, fueron importantes. La victoria del Movimiento del 26 de julio en 1959, introdujo un elemento radicalmente nuevo en el movimiento revolucionario a escala internacional.

En efecto, era la primera vez, desde la degeneración stalinista, que una lucha antidictatorial y una verdadera revolución social, conjuntamente, se hacían bajo la dirección de una organización que no estaba ligada al movimiento comunista surgido de la III Internacional.

Una nueva generación de militantes revolucionarios y un amplio abanico de intelectuales de diversos orígenes, primero evidentemente en América Latina y en el tercer mundo, pero también en Europa, apoyarán a la revolución cubana. Guevara y Castro rompen –en los objetivos, la práctica y el estilo– con la orientación de los PCs. Cuando en agosto de 1961, en su discurso de Punta del Este, Che Guevara declara: *«La revolución cubana... es una revolución con un carácter humanista. Es solidaria de todos los pueblos oprimidos del mundo»*, está declarando a la vez la originalidad del proyecto revolucionario cubano y la manifestación de un nuevo internacionalismo, expresión política de la defensa de valores humanos universales y de la necesidad práctica de un combate antiimperialista radical.

La victoria del Movimiento del 26 de



Berlín, 1965.

julio refuerza la idea de que una fuerza revolucionaria creíble puede constituirse fuera del marco de referencias políticas y organizativas de los PCs. Entonces muchos esperarán al nacimiento de una especie de agrupamiento de fuerzas revolucionarias desde el Movimiento 26 de julio hasta los revolucionarios vietnamitas. Las iniciativas tomadas por los cubanos en 1966, con la organización de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, Africa y América Latina (OSPAAL, conocida también como "Tricontinental") refuerzan esta perspectiva. Y el mensaje del Che –muerto en las montañas de Bolivia en octubre de 1967– a la reunión de la Tricontinental destacaba la necesidad de romper la trágica soledad del pueblo vietnamita, que caracterizaba como *«un momento ilógico de la humanidad»*.

Este nuevo clima político se enriquecerá, sobre todo en Francia, por la experiencia de la solidaridad con la lucha del pueblo argelino por su independencia, con el combate del FLN. Pero en junio de 1965, el golpe de Estado dirigido por Bumedian para derrocar a Ben Bella provocará entre quienes habían apoyado la causa argelina una reflexión crítica sobre el sentido de este Thermidor. Cuba y Argelia se convirtieron en puntos de referencia comparativos.

En Europa, en los medios muy poco numerosos pero muy activos de militantes, estas "luchas revolucionarias de otros continentes" consolidan la idea de un nuevo internacionalismo, que vaya más allá del movimiento de la paz de los años 50 y comienzos de los 60. Esto confiere una mayor validez a los proyectos de formación de fuerzas radicales en el exterior de los PSs y los PCs.

Todo esto puede parecer un tanto ajeno a los procesos sociales que se desarrollan entonces en la Europa capitalista. Pero para una generación militante que ha hecho sus primeras experiencias en los PSs y los PCs, el conjunto de estos acontecimientos –que repercuten directa o indirectamente en las grandes organizaciones de izquierda, en sus organizaciones de juventud y en las revistas y la prensa "comprometida"– van a suponer uno de los crisoles de su formación política. Ciertamente, ello se hará a veces al precio de una falta de comprensión afinada de la situación social y política europea; lo que se produce es una politización alimentada por esas "grandes causas" internacionales más que por la participación directa en las luchas sociales (por otra parte, muy limitadas en su número y su amplitud).

En resumen, estos tres grandes conjuntos de mutaciones han multiplicado las brechas en la visión del mundo surgida de la guerra fría y en la organización de fuerzas políticas basada en ella. Todo esto ha facilitado la emergencia de una nueva cultura política que, por otra parte, no se limitó a la extrema izquierda.

La explosión universitaria

Evidentemente en Europa estas modificaciones en el sistema de referencias políticas heredado de la guerra fría se efectúa sobre el fondo de una profunda transformación de la sociedad, bajo el impacto de veinte años de crecimiento extraordinario del capitalismo. No es este el lugar para analizarlos, pero es útil destacar algunos datos que intervienen directamente en el giro de 1968.

El número de estudiantes se dispara y la universidad cambia. Por ejemplo, la Universidad de Nanterre en París, que se presenta como un ejemplo de universidad moderna, contaba en 1964 con 2.000 estudiantes, que se convierten en 15.000 en 1968. En 1950 había 128.000 estudiantes universitarios en Francia; en 1968, son 500.000. Esta explosión en el número de estudiantes implica también un comienzo de cambio en el origen social del mundo estudiantil. Los estudiantes comienzan a reclutarse entre los hijos e hijas de los asalariados con rentas medias. La contradicción entre la organización y la jerarquía de la vieja universidad y las necesidades de una universidad "de masas" se agudiza. En estas condiciones no es sorprendente que tanto en Francia como en Italia o la RFA estallen movimientos estudiantiles sobre temas más o menos análogos: acabar con la enseñanza "ex-cátedra" y considerar a los estudiantes como participantes de pleno derecho en la determinación de los estudios; democratizar los sistemas de examen; poner fin al reino de los profesores-patrones que dominan un ejército de asistentes y alumnos; aumentar el número de becas; abrir la universidad a todas y todos.

Frecuentemente estos movimientos se desarrollaron fuera del marco de los partidos tradicionales de la izquierda. Las fuerzas de una extrema izquierda muy reducida jugarán un papel significativo. En la RFA, la SDS (Asociación de Estudiantes Socialistas) que había sido excluída de la socialdemocracia a comienzos de los años 60, representa el ejemplo más avanzado de esta combinación entre movilizaciones estudiantiles y desarrollo de un proyecto político. Ya en 1961, la SDS publica su documento "Hochschule in der Demokratie" (Universidad en la democracia). En el prefacio a la segunda edición (1965) de este memorándum, se leía: *«No será posible reunir los fondos necesarios para la enseñanza más que por medio de una activa política de distensión que reduzca sensiblemente los gastos militares».* La SDS fue un factor decisivo para comprometer al movimiento estudiantil alemán en la acción de solidaridad con la lucha del pueblo vietnamita. En 1967, la



USA, 1968.

SDS tomó la iniciativa de convocar manifestaciones contra la visita del Sha del Irán a Berlín, que fueron violentamente reprimidas por la policía, que matará a un estudiante.

Este periodo marcará el resurgimiento de una actividad colectiva de oposición basada, en parte, en la homogeneidad de las experiencias estudiantiles en las diversas universidades. Bajo el impulso de los estudiantes de la Universidad libre de Berlín se fue relacionando la problemática del cambio de la universidad y el cambio de la sociedad. La idea de una "universidad crítica" (dentro de la institución y fuera de ella) hizo su camino. Se perfilaba el ascenso estudiantil de 1968.

Relanzamiento de las luchas obreras

Los años del boom habían modificado el tejido social de los países europeos: disminución drástica de la población campesina y crecimiento muy grande de los asalariados. Hacia la mitad de los años 60, el peso de los asalariados del sector industrial (minería, siderurgia, metalurgia, auto, química y bienes de consumo duraderos) era aún muy importante respecto al sector servicios, que conocía desde luego un importante desarrollo. Se desarrollaban grandes concentraciones industriales. Aquí está la explicación del lugar de los asalariados industriales en los enfrentamientos sociales de los años próximos. El aumento del número de trabajadores(as) durante el período de crecimiento suponía además la renovación de sus filas. Así, tanto en Italia como en Francia, jóvenes trabajadores provenientes de regiones agrícolas se habían incorporado masivamente a las empresas. Por su cultura política y falta de tradiciones, se sentían menos inclinados a adherir al movimiento sindical existente, o más exactamente a someterse pasivamente a las decisiones centrales. Ellos constituyeron en numerosos casos el fermento de luchas obreras que escaparon a las formas, y a veces a las estructuras sindicales tradicionales. Además, una renovación de los cuadros sindicales facilitó, a su vez, iniciativas de lucha. En diversos países de Europa, las huelgas salvajes se hicieron más numerosas en la segunda mitad de los años sesenta. En fin, los servicios públicos (correos, ferrocarril, sanidad) conocieron un importante aumento de sus efectivos y comenzaron a suministrar contingentes apreciables a las movilizaciones sindicales.

Cuando los gobiernos intentaron realizar políticas de rentas o medidas deflacionistas, a partir de 1962, o cuando las recesiones fueron más fuertes (en 1966-67 en la RFA), empezaron a desarrollarse respuestas de los trabajadores. Las tensiones en el mercado de trabajo –el paro era marginal y no tenía nada que ver con la situación actual– daban un sentimiento de fuerza a los trabajadores, que en cierto modo se lanzaban a luchas defensivas, sobre los salarios, con capacidad ofensiva. Desde 1963-64 aumentó el número de conflictos laborales en varios países de Europa (Italia, Francia, RFA, Gran Bretaña, Estado español) y terminaron en victorias en la mayaoría de los casos.

Retrospectivamente, podemos ver cómo van colocándose las piezas de un rompecabezas cuyo dibujo solo aparecerá claramente después del giro del 68.

Dictaduras y democracias rígidas

Una contradicción cada vez más visible surgirá entre el desarrollo económico, social, la "modernización" de la sociedad y las formas de dominación política burguesa, que estallaría con fuerza en relación a las dictaduras heredadas del periodo anterior a la II Guerra Mundial: el franquismo y el salazarismo. El golpe de Estado de los coroneles griegos en 1967 reforzó considerablemente la sensibilidad de amplias capas de la juventud a la batalla anti-dictatorial y democrática. Más aún, cuando los coroneles griegos eran alumnos de las escuelas de guerra psicológica de la OTAN; esto dió al golpe griego un significado especial.

Pero las contradicciones a que nos hemos referido no se limitaban a los regímenes dictatoriales, sino que iban mucho más allá. El tipo de poder instaurado por el golpe de Estado de De Gaulle en 1958 se revelaba a sectores enteros de la sociedad como una especie de "dictadura constitucional". En Italia, el régimen de centro-izquierda no había puesto fin a los métodos de apropiación del aparato de Estado desarrollados por la Democracia Cristiana desde el final de la II Guerra Mundial. Desde que los socialistas habían dado su apoyo exterior al gobierno Fanfani, en 1962, los diversos gobiernos de centro-izquierda, que decían estar más a la izquierda políticamente, se habían ido desplazando lentamente hacia la derecha en la política económica. Esta situación propiciaba amplios movimientos reivindicativos.

Así pues en una serie de países europeos se combinan una presión reivindicativa de la juventud estudiantil frente a una universidad cuyas estructuras –inertes– crujen bajo el peso de la "inflación estudiantil"; reacciones defensivas de los asalariados ante las políticas de rentas, las medidas deflacionistas, las reestructuraciones de los viejos sectores (minas, siderurgia), los nuevos métodos de explotación, en las grandes concentraciones industriales modernas, y una crisis institucional más o menos aguda. Todo esto tiene lugar en el momento cumbre de una ola de desarrollo capitalista casi sin precedentes.

Teniendo presente este marco de referencia el gran giro de 1968 puede comprenderse mejor. Veinte años después, es fácil "ver venir" 1968, con la aparente lucidez que produce el análisis retrospectivo. Pero en su momento, 1968 fue una sorpresa... para todos, para los gobiernos, para los partidos tradicionales de izquierda... e incluso para la extrema izquierda. □

Checoslovaquia 1968: 8 MESES DE PRIMAVERA

Anna Libera y Ch.A. Udry

A comienzos de enero de 1968, el "presidium" del Comité Central del Partido Comunista Checoslovaco (PCCh) nombró a Alexandre Dubcek primer secretario del partido, después de duros enfrentamientos. Así empezó lo que vino a llamarse "Primavera de Praga", aplastada brutalmente por los tanques del Pacto de Varsovia que invadieron el país el 21 de agosto de 1968. Todavía se prolongaría durante varios meses la resistencia de los trabajadores y los estudiantes. La normalización sólo llegará a lo largo de 1969. En base a textos publicados por Anna Libera y Charles-André Udry en el periódico del PSO suizo *La Breche*, la redacción de *INPRECOR* ha elaborado este informe sobre los hechos de entonces. El artículo de uno de sus protagonistas, Petr Uhl, que publicamos a continuación, los analiza desde la perspectiva actual.

El 4 de marzo de 1968 empezaron a circular confidencialmente unas actas detalladas de la reunión del CC de enero. En ellas se leía: *«Durante la discusión, se han enfrentado lo nuevo y lo viejo respecto a la acción política del partido. Se ha expresado una primera tendencia que, en mayor o menor medida, no tiene en cuenta el nivel alcanzado en el desarrollo socialista de nuestra sociedad y se ha afanado por defender formas periclitadas de trabajo del partido; a su juicio, las causas de nuestros errores están ante todo en las dificultades encontradas en la marcha de la economía, las insuficiencias del trabajo ideológico, la falta de rigor y las actitudes liberales en el terreno ideológico, los efectos de las maniobras de diversión ideológicas de Occidente (...) Frente a esta posición se expresaron tendencias muy claras (...) que reclamaban urgentemente un nuevo curso (...) a partir de elevar la acción política al nivel correspondiente a la evolución contemporánea de nuestra sociedad, teniendo en cuenta los efectos de la revolución científica y técnica. El desarrollo de la economía y sus nuevas formas de dirección requieren un cambio inevitable de los métodos de dirección del partido, con el fin de dominar un campo suficientemente amplio para la iniciativa y la actividad pública de los grupos sociales como tales».* La primera tendencia estaba representada por el hasta entonces principal dirigente del PCCh, Novotny. La segunda, heterogénea, encontró su portavoz en Dubcek.

La nueva dirección no se planteó cambios radicales inmediatamente después de su victoria; pretendía transformar gradualmente el partido desde el interior, utilizando a los intelectuales para remover un poco el aparato conservador. Su proyecto era que a finales de 1969 o en 1970, un Congreso sancionara el proceso transformador ya realizado. Pero el debate sobre los problemas del país debía abrirse desde el comienzo. Así se hizo en prensa, radio y TV.

Compromisos efímeros

Dubcek intentaba evitar la confrontación abierta con Novotny, cuya fracción conservó en un primer momento sus puestos en la dirección del partido. Pero rápidamente se supo que Novotny había intentado organizar un golpe de Estado militar tras la victoria de Dubcek. La presión popular por la dimisión de Novotny se hizo imparable. Todos los sectores de la sociedad se movilizaron: los estudiantes crearon un "parlamento" independiente, los sindicatos exigían el restablecimiento del derecho de huelga, aparecían embriones de partidos políticos... ¡hasta los censores exigieron la abolición de la censura! Novotny dimitió de la presidencia de la República el 21 de marzo, siendo sustituído por Svoboda, un jefe militar y héroe nacional. Pero Dubcek era consciente de que la dinámica del movimiento de masas estaba desbordando los límites fijados.

Dubcek intenta contemporizar, pero la batalla en la dirección es cada vez más dura. Los conservadores tratan de bloquear las medidas de liberalización que pone en marcha el gobierno Cernik desde el mes de abril (leyes sobre el derecho de reunión y asociación, sobre la libertad de prensa, sobre la delimitación de competencias del Ministerio del Interior, sobre los Consejos Obreros, etc.), que obtienen un importante apoyo en la población. La batalla en el interior del CC concluye con la exclusión de Novotny. Es inevitable la convocatoria de un Con-



greso extraordinario, que se decide tenga lugar en septiembre. Se inicia inmediatamente un proceso de elección democrática de delegados en congresos regionales.

En este marco, un documento, conocido por *"Las dos mil palabras"*, va a desempeñar un papel considerable. Escrito por Ludwik Vaculik, refleja la frustración de un sector de la intelectualidad frente a las ambigüedades del equipo Dubcek y el miedo a un retroceso si no se institucionalizaba la democratización. La idea central del documento era saludar las iniciativas positivas tomadas por la dirección del partido desde enero, pero advirtiendo frente a una confianza ciega en ella y llamando a los trabajadores y los jóvenes a *"tomar ellos mismos"* la dirección de la lucha por la transformación de la sociedad.

El documento estará en el centro de los debates para la elección de delegados al Congreso. Los conservadores lo exhibirán como una confirmación de todos sus temores. Los liberales, por su parte, intentarán limitar el alcance del texto, destacando las buenas intenciones de sus autores, y denunciando únicamente *"las cuarenta palabras desgraciadas"*, es decir, las que llamaban a la acción independiente de masas. Este documento será el pretexto avanzado por los "países hermanos" para aportar su "ayuda internacional" al partido checoslovaco, amenazado por "la ofensiva de las fuerzas contrarrevolucionarias"

Los consejos obreros

Hubo que esperar tres meses después de enero de 1968 para que los trabajadores comenzaran a moverse a través de la brecha abierta por la crisis en la dirección del partido. La dirección del Movimiento de los sindicatos revolucionarios (ROH), organización oficial, tenía muy poco apego por las reformas. Su secretario, Miroslav Pastryk, escribía en enero en el periódico del sindicato, *Prace*, que el ROH debía *«servir incondicionalmente al socialismo»* (léase, al partido) y *«reforzar la unidad ideológica de las masas»*. Esta es una perfecta ilustración de la concepción stalinista del sindicato como correa de transmisión del partido.

La tendencia Novotny, bien anclada en el aparato sindical, hizo campaña en las empresas contra los reformadores. Dubcek y su equipo reaccionan y a mediados de marzo es destituída la dirección del ROH. Los reformadores deben dar confianza a los trabajadores de que van a disponer de más medios para la defensa de sus intereses; es una especie de moneda de cambio contra la introducción de reformas que afectarían a las condiciones de trabajo y empleo. Además frente a los obstáculos que suponen los burócratas incompetentes que colonizan la dirección de las empresas, hay que apoyarse en los productores. El "Programa de Acción" adoptado por el CC del PCCh el 5 de abril afirma: *«...el Partido considera que es indispensable que todo el colectivo de trabajo que soportará las consecuencias, tenga también una influencia sobre la gestión de las empresas. Así nace la necesidad de órganos democráticos en las empresas, que tendrían poderes delimitados en lo que concierne a la dirección de la empresa"*. Sin embargo, el programa precisa los límites de estos "órganos democráticos": *«Naturalmente, eso no cambia en nada la autoridad indivisible y el poder de los cuadros dirigentes en la empresa»*.

En el mes de mayo estallan una serie de huelgas que con frecuencia tienen en su punto de mira a directores de empresa incapaces y corrompidos. El dirigente de los sindicatos de Eslovaquia, Daubner, escribe en el periódico *Pravda* de Bratislava, que los managers *«no han comprendido que ha tenido lugar un cambio y que debían considerar a los sindicatos como un interlocutor serio»*.

A comienzos de junio se constituyen dos consejos obreros en dos empresas claves: CKD de Praga y Skoda de Pilsen. A finales de junio, los trabajadores de CKD elaboran unos "Estatutos de la autogestión": *«Los trabajadores de la fábrica CKD, realizando uno de los derechos fundamentales de la democracia socialista, el derecho de los trabajadores a gestionar sus empresas, y deseando una unión más estrecha de los intereses de toda la sociedad con los de cada individuo, han decidido fundar la autogestión de los trabajadores que toma en sus manos la gestión de la fábrica»*. Estos estatutos definen el lugar respectivo de la Asamblea de Autogestión de la empresa (órgano soberano, en el cual participan todos los empleados, menos el director) y del Consejo de los Trabajadores (elegido por la Asamblea). El puesto de director se saca a concurso por el Consejo y la Asamblea. Esta dinámica atraviesa la reunión de la Conferencia Nacional del ROH, a mediados de junio. En ella, la huelga es reconocida como un medio de defensa de los intereses de los asalariados y además se incita a los asalariados a la creación de Consejos de Trabajadores. Así pues, en Checoslovaquia el movimiento de los consejos se apoya en el movimiento sindical, aunque delimitando las tareas respectivas del sindicato (defensa de los intereses sociales) y de los consejos (gestión).

Cuando se produce la invasión soviética, los trabajadores organizados en las empresas ocupan un lugar central en la resistencia: los metalúrgicos, cuya federación agrupa a 900.000 trabajadores, representan el ala más radical. El XIV Congreso, clandestino, del PCCh, tiene lugar en la fábrica CKD de Vysocany, en las proximidades de Praga, y traduce la fusión entre la resistencia obrera y nacional a la ocupación y la voluntad de extender los instrumentos de autogestión.

El desarrollo de los consejos tiene lugar después de agosto. En junio, había 19, en octubre 113 y 140 estaban en fase de organización. Pero el 24 de octubre, Dubcek hace adoptar un decreto para bloquear la extensión de los consejos; ésta es una demostración de la función que Dubcek asume en la primera fase de la "normalización". La oposición obrera contra esta medida es tan fuerte, que la dirección del ROH debe denunciar públicamente el decreto el 11 de noviembre.

A pesar de todos estos obstáculos, el movimiento de los consejos sigue progresando. El 9 y 10 de enero de 1969 tiene lugar un Congreso en la fábrica Skoda que reúne a delegados de 200 consejos, los cuales deciden crear una asociación nacional de los consejos. Pero esta movilización no encuentra articulación en el terreno político; Dubcek desmoviliza e impide, a la vez, la emergencia de una alternativa.

Los normalizadores han puesto manos a la obra. La alianza entre los "directores generales y los directores de las empresas", y los "amigos soviéticos" termina produciendo un proyecto de ley sobre la "empresa socialista" en febrero de 1969. En el se propone un "Consejo de empresa" en el cual el peso decisivo lo tienen los organismos del Estado y sus representantes.

El VII Congreso del ROH, que se reúne en marzo de 1969, muestra la amplitud del rechazo al proyecto de ley. La resolución del sindicato, aunque hace concesiones al gobierno, insiste *«en la creación de los Consejos de Trabajadores, en tanto que órganos democráticos supremos de gestión en las empresas... una parte decisiva de los miembros de los Consejos de Trabajadores deben ser elegidos entre los empleados de las empresas»*.

La ofensiva normalizadora va reforzándose. En abril de 1969, el Consejo Nacional Checo, suspende la discusiónh sobre el proyecto de ley. Las purgas se aceleran. En julio de 1970, los consejos serán formalmente prohibidos por el Ministerio de Industria y el 5 de marzo de 1972, el Consejo Central del ROH condenaba oficialmente a los Consejos de los Trabajadores porque implican *«el paso a la liquidación de la propiedad social global»*. La normalización consigue así imponerse, en nombre del orden y del "socialismo", contra la democracia socialista en la sociedad y las fábricas.

Los "países hermanos"

Pero recuperemos el hilo de los acontecimientos. La presión y las amenazas del Pacto de Varsovia van a convertirse en un elemento central de la situación desde junio de 1968. La llegada de Dubcek al poder no había despertado ningunainquietud entre los dirigentes soviéticos. Se le consideraba un aliado fiel de la URSS. Pero a partir del desarrollo del movimiento de masas esta actitud cambia. La pérdida de control del partido, simbolizada en la convocatoria del Congreso extraordinario de septiembre, se considera el dato decisivo.

A mediados de julio, la URSS, Polonia, la RDA, Hungría y Bulgaria se reúnen en Varsovia y envían una carta a la dirección del PCCh –que unos días antes había rechazado una invitación para comparecer en pleno ante ellos– llamando la atención sobre *«la ofensiva llevada a cabo por la reacción con el apoyo del imperialismo contra el partido y las bases del régimen socialista»*. También expresan su desconfianza hacia los dirigentes del PCCh, que no son conscientes de estos peligros, y denuncian la presencia de contrarrevolucionarios en el propio seno de la dirección del PCCh. La situación es tan grave, dicen, que ya no es competencia solamente de la dirección del PCCh y exige la intervención de la "comunidad socialista".

La respuesta de la dirección del PCCh rechaza las acusaciones y defiende la línea seguida desde enero. En el país se desarrolla un amplio movimiento contra lo que se considera una intolerable ingerencia. Todas las instancias del partido y las organizaciones de masas ratifican la carta del partido y prosigue la preparación del congreso. Los delegados están elegidos a comienzos de julio: más del 80% son "progresistas" (el 10% de ellos son considerados "radicales").

Para tranquilizar a los soviéticos se realiza un encuentro bilateral entre la URSS y Checoslovaquia el 29 de julio. No se conocen los datos de la reunión, pero a su regreso Dubcek informa de la *«comprensión de los soviéticos»*. Quizás trataba de convencerse a sí mismo, desoyendo a algunos generales que le informaban con inquietud de movimientos inhabituales de las tropas del Pacto de Varsovia, que entrarían en el país el 21 de agosto.

Dubcek esperó hasta el final poder conciliar lo que es inconciliable en el mundo burocrático: la democratización y el "papel dirigente", el monopolio del partido; la independencia nacional y la aceptación de una subordinación a los intereses geopolíticos de la burocracia del Kremlin. Así habrá suscitado las esperanzas de los trabajadores y, a la vez,

dejado la puerta abierta a aquellos cuyo único fin es aplastarlas.

La invasión

La invasión militar soviética buscaba con su masividad paralizar a la población. Contando con que ningún sector del ejército checo pasaría a la resistencia y que las masas no habían conquistado medios de autodefensa en la lucha precedente, se consideraba poco probable un enfrentamiento de tipo húngaro. Así pues, para los soviéticos se trataba en una primera fase de utilizar la presencia de tropas para restablecer el control burocrático sobre las instituciones políticas para que, en una segunda fase, esas instituciones pudieran vencer al movimiento popular. La dirección Dubcek iba a mostrarse, desgraciadamente, un instrumento dócil de ese proyecto. El movimiento espontáneo y masivo de resistencia no armada a la ocupación revelaba el profundo apego de los trabajadores y los jóvenes a los ideales de la "Primavera de Praga". Pero su misma amplitud iba pronto a revelar el retraso existente en la aparición de una dirección independiente antes de la intervención. Pese a la notable actividad de resistencia de numerosos comunistas de izquierda, no consiguieron organizar esa dirección en la obligada clandestinidad posterior a la invasión. Junto a la capitulación de Dubcek, éste será el dato central que permitirá la victoria de la normalización a lo largo de 1969.

Los soviéticos no tenían en todo caso un trabajo fácil. No querían una solución puramente militar, sino utilizar la presión militar para resolver políticamente la crisis. Querían restablecer la legitimidad de un PC a sus órdenes. Para ello necesitaban la capitulación de Dubcek y su equipo, que ellos mismos deshicieran el movimiento que habían suscitado. Estos fueron llamados a Moscú y allí firmaron un protocolo en el que aceptaban el *"estacionamiento temporal"* de tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia. Las concepciones políticas de la dirección dubcekiana explican esta rendición: siempre habían considerado sus divergencias con Moscú como problemas tácticos, subordinados a su relación prioritaria al "movimiento comunista internacional", es decir, al poder del Kremlin.

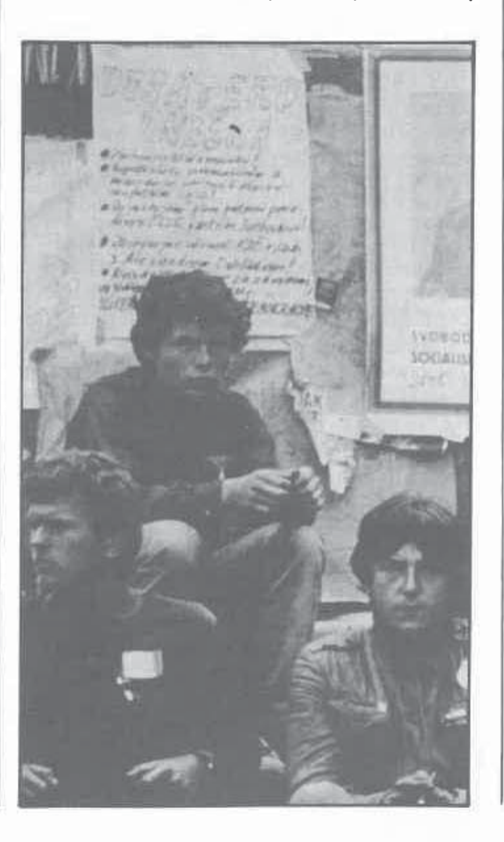
No faltaron las tensiones y contradicciones, incluso en el aparato del partido. Desde el anuncio de la invasión, la dirección del partido en Praga lanzó un llamamiento a la resistencia pacífica y a la fraternización con los soldados, creando una red de comunicación por radio y TV y convocando la reunión inmediata del XIV Congreso del PCCh enla fábrica CKD de Praga. No había la menor duda de la legitimidad de este Congreso, en el que estuvieron presentes dos tercios de los delegados elegidos democráticamente en los congresos regionales previos. El Congreso condenó la invasión y eligió un nuevo CC, que el 27 de agosto rechazó el protocolo firmado en Moscú entre Dubcek y los soviéticos. Pero a su regreso de Praga, Dubcek declaró nulo el Congreso y restauró el CC elegido en 1966, con algunos miembros elegidos en el XIV Congreso.

La resistencia

Tras las primeras reacciones frente a los tanques, y dada la ausencia de dirección del movimiento de resistencia, no hubo un desarrollo de grandes acciones de calle, pero sí una extensión de los consejos y la autoorganización, al que ya nos hemos referido en un punto anterior.

Había un cierto atentismo, una tímida esperanza en que Dubcek al menos conseguiría salvar lo esencial de las reformas. Pero estas ilusiones se disiparon rápidamente. El 28 de octubre, aniversario de la creación del Estado checoslovaco, hubo manifestaciones masivas exigiendo la retirada de las tropas soviéticas.

Los estudiantes fueron los primeros en comprender que era necesario relanzar la acción contrala ocupación y organizar una dirección independiente de Dubcek. Crearon un comité de acción con representantes de todas las facultades, que en diciembre se transformó en un Parlamento estudiantil. Bajo el impulso de Karel Kovanda, Jiri Müller y Petr Uhl, el comité llamó a una manifestación el 17 de noviembre que fue prohibida y transformada inmediatamente en dos días de ocupación de universidades e institutos en todo el país. Además lanzaron una "Carta a los camaradas obreros y campesinos", de contenido muy general, pero cuya importancia estuvo en el mismo hecho de existir. La carta pasó de fábrica a fábrica. Dirigentes obreros fueron a las facultades ocupadas. En numerosas fábricas se votó el compromiso de ponerse en huelga si se atacaba a los estudiantes. La asamblea de Skoda de Pilsen se pronunció por la elección de una nueva dirección *«que se comprometa a aplicar el proceso de democratización política y organizativa»*. Los 22.000 obreros de la siderurgia de Kladno exigieron la dimisión de los dirigentes opuestos a la democratización. Posiciones similares fueron adoptadas por los mineros de Ostrava y los obreros de CKD, que llegaron a convocar una huelga preventiva el 22 de noviembre cuando los estudiantes desafiaron la orden de evacuación de las facultades ocupadas.



Se desarrollaba una vanguardia unitaria entre estudiantes y dirigentes obreros de grandes empresas. Se firmó un pacto entre el sindicato metalúrgico y el sindicato estudiantil de Praga, cuyo programa según las autoridades de la "normalización", convertía al manifiesto de las 2.000 palabras en un "cuento de hadas". Pactos similares se firmaron en otros lugares.

Una movilización de esta amplitud no podía mantenerse indefinidamente sin un proyecto político. Pero los cuadros que podían transformar esta poderosa acción de resistencia en una ofensiva política que habría podido dividir la dirección del partido y así minar el instrumento político de los ocupantes, estaban dispersos. Eran muy activos en la resistencia, pero se encontraban sumergidos dentro de las organizaciones de masas, sin relaciones entre ellos, sin proyecto.

A finales de febrero de 1969 Dubcek declaró: *«Hemos conseguido superar la fase más aguda de la crisis»*. Tenía razón. Ya no era de ninguna utilidad para los ocupantes. A finales de marzo, el equipo de hockey checo gana al de la URSS 4 a 3. La victoria desencadena manifestaciones populares contra la ocupación. El Kremlin aprovecha la ocasión para destituir a Dubcek y poner en su lugar al fiel Husak. Dubcek será nombrado embajador en Turquía. En enero de 1970, pese al escrupuloso silencio que había mantenido desde su destitución, será expulsado del partido.

La normalización exigió en realidad la expulsión de centenas de miles de militantes del PCCh. Otras formas de represión, la cárcel, el exilio, los despidos, el chantaje sobre los estudios de los hijos,..., se generalizaron para aplastar el movimiento de resistencia. Así se segó la primavera de Praga.□

QUE FUE LA PRIMAVERA DE PRAGA

Petr Uhl

Para los militantes del PC checo que fueron expulsados del partido después de los acontecimientos de 1968 (a los que llamaré ex-comunistas), expecialmente para aquellos que habían ocupado cargos importantes antes de 1970 y se habían comprometido en los años 68-69, como "progresistas", la evolución soviética actual representa una cierta esperanza personal. Esto es humano, comprensible. Evidentemente, la mayoría de ellos no alienta ya la esperanza de "reintegrar" (por utilizar sus palabras) las estructuras del poder. Pero esperan al menos ver rehabilitada su concepción reformista. Las semejanzas entre la Primavera de Praga y la evolución que está conociendo la URSS, les salta a la vista. Admiten, aunque con reticencias que la situación social, política, económica de la URSS es muy diferente a la de Checoslovaquia, no solamente en la actualidad, sino también en los años sesenta. Pero solo toman en consideración un aspecto de estas diferencias: el retraso de la Unión Soviética en el plano tecnológico y social, en el campo de las tradiciones democráticas, etc. En consecuencia, son incapaces de explicar el hecho, que escapa tanto a una parte de ellos como a la mayoría de la población checoslovaca, de que las reformas de Gorbachov sólo están encontrando un débil apoyo en la población soviética; únicamente las acoge con entusiasmo la *intelligentsia,* mientras que los obreros y otras capas de la población están en una actitud indiferente, o incluso hostil. Es difícil discutir con los ex-miembros del partido, especialmente a causa de una cierta confusión del lenguaje: términos como reforma, democracia o autogestión tienen diferentes significados para los participantes en la discusión.

El problema de los debates sobre las afinidades entre la Primavera de Praga y los cambios en curso en la URSS, viene problablemente de la existencia de estimaciones diferentes sobre el proceso checo en 1968, y más precisamente en el 68-69. Los partidarios de la afinidad, incluso del parecido global, consideran la evolución de Checoslovaquia en aquellos años como un simple proceso de reforma, es decir, como un proceso de cambios políticos positivos, pero también culturales, sociales y parcialmente económicos, impuestos o más bien tolerados, por la dirección del partido, con Alexandre Dubcek a la cabeza. Eran cambios políticos que al haber encontrado un eco positivo en la población, le abrían el camino de la iniciativa y de la actividad.

Sin embargo sería más exacto decir, aunque este enfoque resulte necesariamente esquemático, que la Checoslovaquia de 1968 vivió dos procesos paralelos, que se condicionaban y se complementaban mutuamente, pero que perseguían dos objetivos distintos y cuyos protagonistas eran fuerzas sociales y políticas diferentes.

El primer proceso era obra del Partido Comunista, especialmente de su dirección, de una parte del aparato, de intelectuales comunistas y, en menor medida, de la base del partido. Se trataba efectivamente de un proceso de reforma, fruto del periodo 1963-1967, menos conocido por ser menos espectacular que las conmociones de los años 1968-1969. Sin embargo, los años sesenta fueron testigos de cambios sociales importantes, a los cuales se resignó finalmente después de largas vacilaciones, la dirección del Partido con Novotny a la cabeza y el gobierno Lenart. El Código del Trabajo fue modificado en beneficio de los trabajadores; se liberalizaron los viajes al extranjero; los intercambios de información a nivel internacional fueron más fáciles; se suprimieron las limitaciones en materia de empleo y estudios; los antiguos prisioneros políticos fueron liberados progresivamente y rehabilitados en el plano jurídico y cívico. En resumen, la vida se hacía más libre. El país conoció una liberalización, en el sentido político del término, ciertamente lenta, pero evidente y sin dramas, resultado del deshielo internacional al final de la guerra fría y, naturalmente, por los cambios ocurridos en la URSS duran-

te la época de Kruschev, que tuvieron un impacto en la evolución de Checoslovaquia, mucho tiempo después de la destitución de su inspirador. En el interior del país, esta liberalización quedó a cargo de las fuerzas que buscaban abrirle camino: intelectuales, escritores, en parte estudiantes. Pero en el aparato del partido y del Estado también había partidarios relativos de estas reformas: la economía exigía cambios. Se puede trazar un paralelo razonable entre este proceso reformista de liberalización y la evolución soviética actual, aunque con muchas diferencias. entre las más importantes, hay que destacar el estancamiento económico que atraviesa la Unión Soviética, más pronunciado que las distorsiones que sufría la economía checa en aquella época. Podríamos añadir las duras consecuencias de los decenios de crueldad staliniana que consiguieron ahogar, en gran parte, la continuidad histórica de las tradiciones democráticas rusas, bálticas, caucasianas, etc., y especialmente las tradiciones de autoorganización popular que se habían desarrollado en 1917 y en los años posteriores.

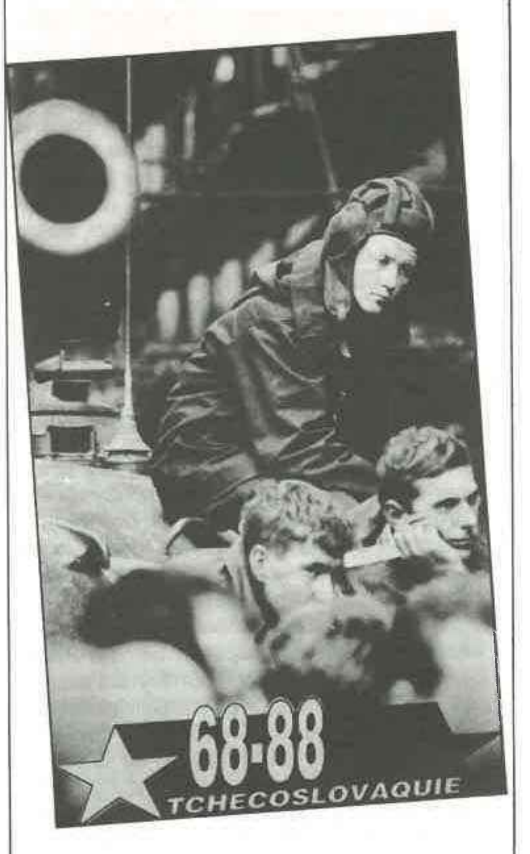
El "despotismo ilustrado"

Existe también otra diferencia en la orientación general y en el ritmo de estas dos tentativas reformistas. Mientras que en Checoslovaquia los cambios lentos habían disminuído la rigidez burocrática en la vida cotidiana de los diferentes grupos sociales, el "despotismo ilustrado" en la URSS pone el acento en la intensificación del trabajo, la disciplina y el orden, lo que no es nada popular. Por eso se han producido diferencias considerables entre las reacciones de las poblaciones respectivas. La población soviética, en conjunto, considera los cambios introducidos por la *glasnost* –más información verdadera y abolición del bloqueo burocrático en el terreno cultural en general– como cuestiones no esenciales y sigue con reservas, incluso con hostilidad, los cambios debidos a la *perestroika* en el campo económico y parcialmente político. La población checoslovaca de los años sesenta estaba mucho más a favor de los esfuerzos reformistas del Partido Comunista. Había aceptado de buen grado los "regalos" que se le daban entonces en materia de justicia y de libertad; seguía con relativa simpatía la voluntad de introducir formas menos rígidas de trabajo y gestión.

La crisis política que sacudió a la dirección del Partido a finales de 1967 y a principios de 1968, no solamente aceleró elproceso de reformas sino que lo modificó cualitativamente, ya que otro proceso, el de "abajo", tomó progresivamente la delantera. Eran cada vez más numerosos los estudiantes e intelectuales, en primer lugar, y después los jóvenes en general, cuadros técnicos, funcionarios sindicales y finalmente también obreros, que se incorporaban al movimiento democrático en ampliación, y cuyos objetivos no eran ya las reformas, es decir cambios funcionales del sistema: su modernización, su eficacia o el simple debilitamiento de las rígidas barreras burocráticas que encadenaban a la sociedad. A partir de entonces, el objetivo era cambios estructurales, cada vez más claramente tendentes a una transformación completa del régimen para construir una sociedad pluralista, un régimen democrático. El hecho es innegable a pesar de la vaga formulación de los conceptos de entonces, a pesar de las diferencias existentes entre las concepciones tecnocráticas (el poder de los directivos de empresa, una autogestión puramente económica que aseguraría la "participación" de los trabajadores en la gestión de la empresa o, al menos, cierto control obrero) y las concepciones autogestionarias.

Una base popular

No hay duda de que el proceso democrático, que quedó en germen se aceleró paradójicamente cuando ya era tarde,después de agosto de 1968. Lo esencial fue su base realmente popular y el que atrayera hacia sí a las más amplias capas de trabajadores. Incluso si millones de protagonistas de este suceso vivieron y entendieron su autoorganización como expresión de apoyo a la dirección Dubcek y, con algunas excepciones, no distinguían sus intereses, aspiraciones y objetivos de los de la dirección del Partido, esto no es en nada él mismo, dividido no sólo entre "reformistas" y "conservadores", sino en una compleja constelación de fuerzas políticas y de tendencias cambiantes según las circunstancias, prosiguió su línea reformista original. La modificó continuamente durante 1968 hasta la intervención soviética, bajo la fuerte presión que le venía "de abajo", la no menos fuerte proveniente de la burocracia internacional con Breznev a la cabeza y la de los conservadores autóctonos. Pero para los dirigentes comunistas, las reformas tenían como único objetivo reforzar el sistema e impedir el desarrollo de una organización democrática de la sociedad, objetivo de las cada día más audaces iniciativas de la base. Por eso esta misma línea reformista, que tanto había saneado el clima social del país y mejorado las condiciones de vida de la población en los años 1963-1967, se transformó en un freno en la primavera de 1968, un freno realmente eficaz contra una verdadera democratización del país, a causa de las ilusiones existentes.



Esto fue evidente tras la intervención soviética, en el periodo comprendido entre agosto de 1968 y abril de 1969, cuando la dirección del partido aún se reclamaba de la política reformista, mientras se iba orientando hacia el retroceso y hacia la "normalización" (léase, recuperación a manos de la burocracia), acompañados por olas de represión al margen de todo marco legal. Finalmente, lo que la represión no logró realizar con algún éxito el paso a una "sociedad de consumo", lo consiguió la corrupción de una parte de la población y una desmoralización generalizada.

Las reformas desde arriba y desde abajo

De los diferentes caminos que desembocan en el cambio, a menudo sólo se toma en serio uno: las reformas "desde arriba", acompañadas a veces –según el diferente grado de convicción democrática de los participantes en la discusión, grado más elevado, sin duda, entre los ex-militantes del PCCh firmantes de la Carta 77 que entre los demás– de la necesidad de una presión desde abajo. Esta presión se ejercería tanto desde la base de las estructuras oficiales (el partido, los sindicatos oficiales, las Iglesias, las organizaciones de jóvenes...), como

desde los grupos e iniciativas independientes (Carta 77, VONS,...).

El punto de vista contrario, es decir la imposibilidad de reformar el sistema político soviético, idea basada a la vez en la experiencia histórica y en el análisis del poder en la URSS, en Checoslovaquia, etc., no rechaza totalmente, sin embargo, la vía de las reformas desde arriba. Sin olvidar que esta mejora del sistema político y de los "mecanismos" económicos tiene como finalidad salvaguardar este sistema, se puede, sin duda, defender las reformas cuando mejoran concretamente la vida de la gente. Cuando aportan un poco más de aire para todos. Es preciso darles nuestro apoyo, especialmente porque elconjunto de la sociedad, y en particular su *intelligentsia,* llega así a un grado más elevado de conciencia social y el clima de libertad en aumento favorece el crecimiento de reivindicaciones "desde abajo" cada vez más fuertes. Y, en fin, después de la liberalización, la verdadera democratización llamará a la puerta, pese a que los reformadores querían todo menos eso, lo temían como a la peste.

Una segunda manera de ir hacia la democratización del sistema es muy apreciada por los "ex". Consiste en transformar progresivamente las instituciones del estado y del partido existentes (sobre todo del partido, pero sin excluir las otras), para convertirlas en un instrumento en manos de los miembros de base a los que supuestamente representan. Por tanto, se trata de transformarlas en instrumentos que sirvan para la defensa de los intereses de los trabajadores y de capas amplias de la población. Nos encontramos aquí una concepción de reformas desde abajo, basada en la convicción de que este sistema político puede, por sí mismo, por sus estructuras y a través de sus propias instituciones, renacer, renovarse, cambiar, transformarse en un sistema democrático, a condición, desde luego, de que los militantes de base del Partido Comunista, de los sindicatos, etc., se comprometan en este proceso. Referida a la experiencia histórica de la Primavera de Praga, esta concepción se combina a menudo con la primera, es decir, la de las reformas desde arriba. Es un conjunto de "vasos comunicantes", las dos caras de un mismo proceso de reformas. Esta segunda concepción de "reformas desde abajo" es ciertamente más simpática que la primera porque imprime un aire democrático. Concebida como el inicio de la reestructuración de la sociedad, de su transición de la dictadura burocrática a una organización democrática dela sociedad, esta vía es digna de ser tenida en cuenta y de que se le preste atención, combinándola con una tercera vía de la que hablaremos más tarde. Bajo ciertas condiciones se la puede apoyar plenamente. Por lo que se refiere a la situación actual en la Unión Soviética, hay que preguntarse seriamente por qué las reformas de Gorbachov no han provocado conmociones en las estructuras ni hasta ahora, aparecen en el horizonte. Igualmente, es preciso saber si en Checoslovaquia fue efectivamente la tentativa reformista de los años sesenta la única causa de la rápida evolución de las organizaciones e instituciones oficiales, desde laprimavera de 1968 hasta 1969.

En realidad la experiencia checoslovaca demuestra claramente la poca flexibilidad de los límites del sistema político y que las reformas, "desde arriba" o "desde abajo", separan y se convierten en freno de la evolución en cuanto los que detentan el poder se sienten amenazados por reivindicaciones cada vez más avanzadas. Sin embargo, es preciso aceptar que el proceso de reforma en el interior de las instituciones oficiales pueda constituir el movimiento esencial de la primera fase de la confrontación con el sistema político, la fase que anuncie su cambio, la revolución política.

Esto vale sobre todo para ciertos países en los que la práctica totalidad de la *intelligentsia* está integrada en el sistema, en las estructuras oficiales. Es el caso de la URSS, de Bulgaria, en parte también de Alemania Oriental. No obstante, incluso en estas condiciones, querer limitarse únicamente a las concepciones reformistas, plantear programas políticos basados en la ilusión de la capacidad del sistema de reformarse a través de sus propias instituciones, sería un error político muy grave, puesto que esta concepción se convierte, en un momento histórico dado, en un freno para la evolución de la sociedad.

Para Checoslovaquia, y esto vale también para Polonia, es necesario inclinarse por una tercera vía de democratización, la de las asociaciones independientes, "las *polis* paralelas", donde la sociedad está influida por una actividad independiente que se transforma ella misma en movimiento social. Era la vía elegida por Solidarnosc en Polonia y, en menor medida, por la Carta 77.

Esta concepción no se opone a los puntos de vista reformistas, especialmente a la idea de una presión desde abajo. La experiencia histórica, incluyendo la Primavera de Praga, nos enseña que si las estructuras oficiales viven un movimiento reformista por la base, este movimiento hace nacer tendencias centrífugas autónomas y, sobre los restos delas antiguas "correas de transmisión" burocráticas y no reformables, aparecen nuevas organizaciones, instituciones e iniciativas que se suman poco a poco a las iniciativas independientes y juegan un papel contrario a su función opresiva y manipuladora original. Trabajan por la emancipación de la sociedad creando las condiciones de emancipación de cada uno. □



1968: LA OFENSIVA DEL TET EN VIETNAM

Pierre Rousset

Vietnam 1968. El 31 de enero comienza la ofensiva del Têt(1). Las fuerzas de liberación atacan casi simultáneamente las posiciones enemigas en todas las grandes ciudades de la mitad Sur del país(2), en 36 de las 44 capitales de provincia, así como en otros 64 centros locales. Durante tres semanas se lucha en el corazón de Saigón, hasta en el santuario de la embajada americana, parcialmente ocupada por comandos revolucionarios.

Los zapadores y las fuerzas armadas locales se encuentran generalmente en primera línea, durante esta ofensiva sin precedentes. Las fuerzas regulares, por su parte, afrontan al ejército americano en un combate frontal de gran envergadura en torno a la base de Khe Sanh, no lejos de la línea de demarcación entre el Sur y el Norte del país. Hué, en el Vietnam central, es conquistada por el Ejército popular.

La batalla de Hué dura hasta el 24 de febrero. Los americanos sólo consiguen recuperar el control de la antigua ciudadela imperial tras haber destruido bajo los bombardeos el 80% de esta ciudad símbolo.

Durante todo el mes de febrero prosiguen las batallas a través del país. Una segunda ola de combates alcanza en mayo a 119 centros urbanos y bases militares. En el momento de la tercera ola, en agosto y septiembre, las fuerzas de liberación atacan más sistemáticamente las instalaciones americanas. Pero el grueso de la ofensiva del Têt de 1968 tuvo lugar en febrero.

El esfuerzo realizado por las fuerzas de liberación, durante este año bisagra, es considerable. Sin embargo, ante la potencia de fuego americana, la ola re-

NOTAS:

(1). Têt es el nombre del Año Nuevo vietnamita, que tiene lugar un mes después del Año Nuevo cristiano.

(2). Recordemos que entre 1954 y 1975, Vietnam estuvo dividido en dos por una "línea de demarcación" que separaba al norte el territorio controlado por la República Democrática de Vietnam (RDVN), revolucionaria, y al sur el territorio controlado por la República de Vietnam, régimen neocolonialista. Durante este periodo, las fuerzas norteamericanas tomaron el relevo de las francesas en la parte meridional del país.

volucionaria entró en reflujo. Los EEUU se benefician, en Vietnam del Sur, del monopolio absoluto de la aviación, de una ventaja considerable en armamento pesado y artillería. Los portaaviones que flanquean las costas, están fuera de alcance. Se inicia un repliegue. La victoria no será esta vez. Harán falta siete años más ¡y qué cantidad de pérdidas! para que la revolución triunfe finalmente.

En Estados Unidos el golpe es terrible. A pesar de las informaciones recogidas antes del desencadenamiento de la ofensiva, el mando y el gobierno americanos no supieron ni prevenirla ni prever su amplitud. El régimen survietnamita y el ejército saigonés hacen un papel lamentable. Los combates se desarrollan ante las cámaras de televisión. Las imágenes de muerte, instantáneas, penetran en los hogares. El movimiento antiguerra toma en los EEUU un nuevo auge. el sentimiento antiguerra se convierte verdaderamente en un factor político principal.

En el mundo, suena la hora de la solidaridad con el pueblo vietnamita. La juventud radicalizada denuncia, desde México hasta París, la intervención imperialista de los EEUU. La realidad de la dominación imperialista se presenta desnuda en la realización de esta guerra destructora, masiva y tecnológica contra un pueblo pobre que lucha por su derecho a la autodeterminación. La resistencia es heroica, la justicia está de su lado. Es más, en adelante la victoria parece posible, aunque se aleje de nuevo en marzo. El Têt de 1968 galvaniza en bastantes países a los sectores radicalizados y contestatarios de la juventud. Las movilizaciones que anuncian el mayo del 68 francés reciben un estímulo. Muy sintomáticamente, nuestras manifestaciones se inician a paso ligero gritando *"Ho, Ho, Ho-Chi-Minh, Che, Che, Guevara"*.

Comienzan las conversaciones de París entre vietnamitas y norteamericanos. Pero aún no se trata más que de continuar en el terreno de la diplomacia, el combate en curso en el terreno político y militar. Las verdaderas negociaciones, que desembocarán en los Acuerdos de 1973 y la retirada de las fuerzas norteamericanas de Vietnam, se entablarán unos años más tarde.

La ofensiva del Têt es uno de los mayores acontecimientos políticos y militares de estos últimos decenios; y también uno de los más complejos. Para los "decepcionados" de 1968 y del Vietnam, así como para los intelectuales de la nueva derecha, fue simplemente un producto del "mito" revolucionario, o incluso una creación de los medios de comunicación. Si la televisión no hubiera estado allí, suspira un Kissinger(3), se podría haber cambiado el curso de la guerra de Vietnam.

Sin embargo, y muy particularmente en este caso, los medios de comunicación no crearon el acontecimiento. Tan importante era en sí mismo que ni siquiera pudieron amplificarlo. Simplemente lo mostraron al mundo y a la población norteamericana –para maldición de Washington, de un gobierno llamado democrático cuya política exterior dependía de su capacidad de mentir libremente a sus electores–. Los medios de comunicación no inventaron el horror de la agresión imperialista; probablemente ni siquiera pudieron transmitirla en su realidad profunda, vivida.

Si la opinión pública se volvió así cada vez más contra la guerra sucia en Vietnam, no fue a causa de una agitación artificial mantenida por los periodistas de televisión. Fue porque morían demasiados soldados americanos; fue porque la ofensiva del Têt mostraba que tras años de intervención militar, la victoria de los EEUU estaba más lejos que nunca. Aquella guerra injusta no tenía fin.

Los acontecimientos vietnamitas de 1968 no fueron un mito: fueron un revelador. En su complejidad, ponían al descubierto muchos de los rasgos esenciales del mundo contemporáneo, mucho más allá de lo que estábamos en condiciones de comprender hace veinte años, cuando nos movilizábamos en defensa de aquella lucha de liberación ejemplar.

En aquel tiempo percibimos, aunque probablemente de forma demasiado superficial, lo que mostraba el Têt de 1968 en cuanto a los límites del poderío americano y en cuanto al extraordinario potencial de una resistencia popular. La revolución vietnamita había sido ya, en los años 1950, una de las que habían puesto en jaque a las grandes potencias imperialistas clásicas, como Francia y Gran Bretaña. La victoria de la revolución cubana, en 1959, había lanzado un formidable desafío al nuevo gendarme del mundo capitalista, Estados Unidos, incapaz de imponer su ley al régimen castrista, establecido frente a sus costas californianas.

La revolución vietnamita es, en los años sesenta, una de las primeras en sufrir plenamente el esfuerzo de guerra contrarrevolucionaria desplegado por Washington en respuesta al desafío cubano. Tras la presencia francesa, la intervención americana en Vietnam había comenzado muy pronto, mucho antes de 1954. Desde 1961, los consejeros norteamericanos llevaban a cabo su "guerra especial". Pero la escalada militar americana comienza verdaderamente en 1965 con la implicación total de las fuerzas aéreas sobre el teatro de guerra indochino y el desembarco, en Vietnam del Sur, de un cuerpo expedicionario que alcanza rápidamente los 550.000 hombres. Aquel año justamente, la contrarrevolución mundial marca puntos sangrientos, desde Santo Domingo hasta Indonesia.

Con todos los medios de que dispone, Washington entabla en Vietnam una

(3). Uno de los principales artesanos de la política exterior americana durante estos años de guerra, y jefe de la delegación americana en las negociaciones de París.

(4). El último libro de Gabriel Kolko presenta un análisis muy rico e interesante de la evolución global de la guerra de Vietnam y de la política norteamericana: Vietnam, Anatomy of a War 1940-1975, *Allen Unwin, London Sydney, 1986.*

verdadera lucha a muerte. Se trata ante todo de restablecer la credibilidad de la potencia americana, traumáticamente arruinada por la invasión de Bahía de Cochinos, en Cuba, en 1961. Con el paso del tiempo, la prueba vietnamita se convierte en una pieza maestra de la política mundial de los EEUU. Y es un fracaso, anunciado precisamente por la ofensiva del Têt de 1968.

El fracaso comienza en el mismo Vietnam. A pesar de la gravedad de los golpes infligidos a las fuerzas populares, la máquina de guerra americana no consigue quebrar el esqueleto de la resistencia, un Partido Comunista y un movimiento de liberación arraigados en el tejido nacional y social del país. Ayudada por varios decenios de experiencia, la resistencia demuestra capacidad de permanencia y de movilidad. Se adapta a las nuevas condiciones, al tiempo que prosigue una lucha prolongada. Conserva la iniciativa estratégica, recupera regularmente la iniciativa táctica; y ello en todos los terrenos: en el político, en el militar, y pronto en el diplomático. Para Washington no hay victoria militar posible en estas condiciones.

El imperialismo norteamericano se encuentra por el contrario prisionero de los medios mismos que pone en acción en Vietnam. Debe proteger al cuerpo expedicionario y al ejército saigonés, reducir sus pérdidas, políticamente insoportables, y al mismo tiempo asegurar el control del territorio a costa de exponerse a los golpes del enemigo. El ejército contrarrevolucionario se encuentra en posición estática. El gobierno norteamericano depende cada vez más de una tecnología pesada y de un régimen corrompido que él alimenta y que sigue más preocupado de sus luchas de fracción intestinas que de la dirección del combate contra el comunismo. Washington lleva a cuestas un esfuerzo de guerra cada vez más costoso y una economía survietnamita cada vez más artificial. Círculo vicioso. No hay victoria política posible frente a la revolución en tales condiciones.

El fracaso vietnamita se convierte para el gobierno de los EEUU en un fracaso nacional e internacional. Con la ofensiva del Têt la burguesía, la clase política y la casta militar americanas empiezan a tomar conciencia de los límites de su poderío.(4)

Los recursos norteamericanos no son inagotables. La continuación del esfuerzo de guerra entra en contradicción con las necesidades de la economía, cuando se anuncia la crisis del dólar y el final del periodo de expansión. Los medios empresariales se inquietan. La concentración de los esfuerzos militares en Vietnam compromete el despliegue mundial de las fuerzas de EEUU –desde Europa hasta Oriente Medio, desde el Océano Indico al Pacífico Norte– y frena por falta de medios financieros la modernización del armamento. Cuando Corea del Norte inspecciona un navío espía norteamericano, Washington no puede reaccionar. El Pentágono se divide. El coste humano –en vidas norteamericanas, se entiende– llega a ser inaceptable para la población. El sentimiento antiguerra en Estados Unidos alcanza su punto más alto en 1970. Los políticos se desesperan.

Ahora bien, la política de "vietnamización" de la guerra, a partir de 1968, que tiene por objeto sustituir los muertos americanos por muertos vietnamitas, exige inversiones materiales masivas. De nuevo el círculo vicioso.

Harán falta aún varios años para que se imponga la evidencia en Washington: hay que negociar, aún con la esperanza de evitar la derrota, pero sabiendo ya que la victoria es imposible. Desde luego el Têt de 1968 comienza a revelar esta doble realidad: los límites de los recursos del más poderoso de los imperialismos, y la importancia de los recursos de los que se puede beneficiar una resistencia a la vez popular y nacional. Vieja verdad, desde luego, pero que había que reactualizar. Son los pueblos de Indochina los que supieron asestar esta demostración en la hora en que la Casa Blanca quería imponer la "Pax Americana" al mundo entero. Pagaron por ello un precio muy elevado.

La ofensiva del Têt mostraba también cuál era ese precio (y las nuevas dificultades de la lucha revolucionaria). Esto lo comprendimos peor en aquella época. Sabíamos que *«a la hora de los hornos, sólo hay que fijarse en la luz»*. No es por ello menos importante reflexionar sobre los problemas de las revoluciones contemporáneas, con sus rincones oscuros y las contradicciones a las que deben enfrentarse.

La decisión del PCV

En enero de 1968 el Buró Político del Partido Comunista de Vietnam (PCV) tomó la decisión definitiva de realizar la ofensiva del Têt. Debía ser ésta un punto de inflexión en la guerra, que cambiase cualitativamente su curso. La dirección del Partido mantenía prudentemente un abanico de objetivos bastante abierto, que iba desde una hipótesis *"alta"* (la apertura de una "grieta" que permitiese posteriormente una victoria rápida) hasta una hipótesis *"baja"* (próxima a lo que ocurrió, con la apertura de una crisis política en los EEUU, unida a duras contraofensivas militares por parte de Washington, que anunciaban un proceso combinado de combates y negociaciones).

El resultado de la ofensiva del Têt no



estaba dado de antemano. La situación cambiaba rápidamente desde 1965, y las posibilidades reales debían comprobarse en el curso de la lucha misma. El grueso de las fuerzas regulares debía permanecer móvil el tiempo suficiente para poder valorar la evolución de los combates. Para obtener el máximo efecto, debían combinarse levantamientos insurreccionales con las ofensivas militares propiamente dichas, y ello muy especialmente en las ciudades. En esta perspectiva, el papel de la infraestructura política urbana, clandestina, era decisivo.(5)

La importancia dada a los levantamientos insurreccionales y a la combinación de todas las formas de lucha en el pensamiento político-militar vietnamita es grande. Ello tiene que ver con las tradiciones heredadas del Komintern y sobre todo con la experiencia fundacional de la revolución de agosto de 1945 y el arraigo posterior de una guerrilla en zonas de población densa, a veces limítrofe con la propia metrópolis saigonesa, como en el bastión revolucionario de Cu Chi.(6)

Aparecieron algunos problemas al principo de la ofensiva del Têt de 1968 (las fuerzas regulares no pudieron evolucionar tan libremente como estaba previsto en la región saigonesa). No obstante, se alcanzaron muchos de los objetivos asignados (salvo uno fundamental: no hubo movimientos insurreccionales en Saigón). En cuanto al coste de la ofensiva, éste fue muy elevado. Las pérdidas fueron cuantiosas. El aparato político apareció a la luz del día para tratar de organizar a la población. Numerosos cuadros supervivientes tuvieron que abandonar sus zonas de implantación tradicional, una vez iniciado el repliegue militar, por temor a la represión. Esta pudo atacar duramente a los militantes en los meses y años que siguieron. La organización saigonesa, ya limitada en 1968, se encontró peligrosamente debilitada. En general, la revolución perdió temporalmente, tras la ofensiva, el control de una parte de su territorio anterior.

En 1969, ni la revolución ni la contrarrevolución estaban en condiciones de tomar verdaderamente la iniciativa a escala nacional. Ambas debían reorganizar sus fuerzas. El balance final de la ofensiva del Têt depende pues en muy buena medida de la forma en que los adversarios van a reorganizar sus fuerzas, utilizando sus puntos fuertes y corrigiendo sus puntos débiles. A finales de 1968, el éxito o el fracaso de la ofensiva del Têt no está verdaderamente determinado. Será el PCV quien sepa asimilar más rápidamente las lecciones de la experiencia y recuperar de este modo la iniciativa. Su pensamiento político-militar, probablemente el más rico de los movimientos de liberación, continúa evolucionando. Las ofensivas de 1972 y 1975 lo atestiguan.

Una dura victoria

El Têt es desde luego una victoria y una victoria clave para el porvenir del combate revolucinario. Pero su precio es efectivamente muy elevado. Aún hoy se deja sentir, sobre todo en lo relativo al debilitamiento del aparato de cuadros arraigados y experimentados. Esto evidentemente ha influido mucho en los procesos de burocratización que se manifestaron inmediatamente después de la victoria de 1975.

En el seno del PCV tiene lugar un debate, duro a veces, para saber si no hubiera sido posible obtener, en 1968, los mismos resultados a un coste menor, sobre todo deteniendo mucho antes la ofensiva.

¿Cómo explicar la ausencia de movilización de masas en Saigón en febrero de 1968?. En primer lugar por el diluvio de fuego. Las fuerzas americanas utilizaron toda la potencia de su armamento sin preocuparse de los civiles. Antes de una victoria militar de las fuerzas de liberación, que paralice al menos momentáneamente el fuego enemigo ¿cómo organizar en esas condiciones un movimiento insurreccional?.

Las condiciones políticas también debieron influir. La organización del frente de liberación en la capital probablemente no era suficientemente fuerte como para vencer sola, al no poder las fuerzas regulares traspasar las defensas norteamericanas. Por último, el país se estaba transformando social y políticamente, labrado por una guerra cada vez más terrible, por las deportaciones de población, las medidas sociales contrainsurgentes, los trastornos económicos.

La ofensiva del Têt de 1968 se desencadena en un momento en que Vietnam del Sur se encuentra en mutación, antes que la dirección del PCV haya tomado verdadera conciencia de la profundidad de estas transformaciones (parece que de hecho no será plenamente consciente de las dimensiones del problema hasta mucho después de la victoria de 1975). En este país transformado por una guerra moderna de una intensidad y una duración sin precedentes, la cohesión social de los medios populares de Saigón se vió progresivamente minada, haciendo por ello más problemática la autoactividad revolucionaria de masas y más difícil el trabajo de organización.

Con el paso de los años, este problema había de agravarse; pero la experiencia del Têt del 68 ya revelaba su importancia. La mayoría de nosotros no supo percibirla entonces. Es verdad que analizábamos con un punto de vista independiente la historia del Partido Comunista vietnamita. Pero aún había ingenuidad en nuestra mirada sobre la revolu-

(5). Señalemos que en ausencia de una documentación suficiente, una parte de esta descripción conserva un carácter hipotético.

(6). La zona de Cu Chi se hizo célebre por su extraordinaria red de túneles que permitía a la resistencia armada actuar hasta en la retaguardia enemiga.

(7). En 1954, en el momento de las negociaciones con Francia, Moscú y Pekín impusieron una serie de graves compromisos a las fuerzas revolucionarias vietnamitas, laosianas y camboyanas.



ción. Percibimos la energía casi increíble de una resistencia victoriosa como aquélla, pero no comprendíamos verdaderamente el carácter agotador de ese combate, proseguido durante varios decenios con recursos materiales desiguales. Todavía no habíamos aprendido suficientemente a buscar lecciones en las dificultades y los fracasos. Sin embargo, a menudo es imposible extraer enseñanzas de los éxitos sin antes haber comprendido las raíces y el alcance de los reveses, de los límites de la acción política y militar.

Con la perspectiva que da el tiempo, el Têt y sus consecuencias, por los problemas que plantean, se muestran como una extraordinaria lección de iniciativa y de realismo revolucionarios. Un conjunto de experiencias que merecerían ser estudiadas de nuevo, con ayuda de la documentación hoy disponible sobre Vietnam y de las enseñanzas de las revoluciones posteriores.

A muchos de nosotros nos hizo falta, sobre todo, tiempo para comprender laimportancia del campo de acción diplomático abierto por la ofensiva de 1968. Sabíamos que el imperialismo americano iba a utilizar la cobardía burocrática de la URSS, así como las convulsiones de la Revolución Cultural maoísta y el conflicto entre China y la URSS, para tratar de aislar cada vez más a las revoluciones indochinas. Notábamos hasta qué punto procuraba el PCV preservar su independencia de acción internacional, decidido como estaba a no volver a encontrarse en la posición subordinada que le fue impuesta en el momento de las negociaciones de Ginebra en 1954(7). Reconocíamos el derecho absoluto de aquéllos que combaten a determinar los compromisos que puedan considerar necesarios. Pero calibrábamos con dificultad las limitaciones propias de la acción diplomática en periodo defensivo. Escaldados de dolorosas experiencias pasadas del movimiento obrero, seguíamos siendo en este terreno un tanto izquierdistas.

Por el contrario, no lo éramos en el terreno de la solidaridad militante internacional. Estábamos ya convencidos –y lo seguimos estando– de que el encuentro entre la radicalización de la juventud y Vietnam respondía a una realidad, una necesidad recíproca, más allá de identificaciones a menudo simplistas.

La solidaridad internacional y el movimiento antiguerra en Estados Unidos eran indispensables para la victoria de las revoluciones indochinas. Reforzarlos era un deber, un imperativo. La lucha de los pueblos indochinos, por su parte, desempeñó un papel ejemplar que ayudó a emerger a nuevas generaciones revolucionarias en el mundo. También abrió una brecha que facilitó las luchas de liberación, desde las antiguas colonias portuguesas de Africa hasta Nicaragua.

La solidaridad internacional ha estado siempre dentro de las exigencias de la situación y se puede decir que la Indochina revolucionaria, de hecho, ha dado más al mundo, por su lucha, que lo que ha recibido de ayuda internacional. Ha pagado por ello un precio infinitamente alto. ¡Los "decepcionados de Vietnam" no deberían olvidarlo!.

Del mismo modo, las guerras chino-indochinas de 1978-1979, de efectos desastrosos tanto en la región como en el terreno internacional, no deben borrar la lección de internacionalismo que fue Indochina para la generación militante de 1968. Los vietnamitas necesitaban una solidaridad que fuera la más dinámica y la más amplia; que fuera capaz de imponerse por encima de las rivalidades y disputas de partidos y de capillas. Lo hacían saber claramente. Dispuesto a trabajar en este terreno con todos, el Frente Nacional de Liberación necesitaba una solidaridad sin condiciones previas, sin reservas mentales. Fue para nosotros el aprendizaje práctico de una concepción verdaderamente unitaria de la solidaridad, a contracorriente de mucho sectarismo de organizaciones: *«Todo para Vietnam, todo para Indochina»*.

Fue un aprendizaje saludable, aún de actualidad: para El Salvador, Filipinas, Suráfrica, para muchas otras luchas más. Más allá del cinismo o de la decepción cansada de demasiados viejos militantes de la generación de 1968, el internacionalismo es un "estado de ánimo" de hace veinte años que merece ser preservado y despertado todavía hoy.



Cadena humana para transportar los adoquines en las barricadas de París.

¡MAYO SI!

Daniel Bensaid y Alain Krivine

«Si hay un sentido de lo real, y nadie duda que tenga derecho a la existencia, debe haber también algo que podríamos llamar sentido de lo posible...Un acontecimiento y una verdad posibles no son lo mismo que un acontecimiento y una verdad reales, restando el valor realidad, sino que contienen, al menos según sus partidarios, algo de carácter divino, un fuego, una grandeza, una voluntad de construir, una utopía consciente que en absoluto teme a la realidad ysimplemente la trata como una tarea y una invención perpetuas».
(**Robert Musil.**"El hombre sin atributos")

La gente del 68 tienen la cuarentena melancólica. La mayor parte de ellos son ya desertores del trabajo ardiente de la memoria y sus desafíos. Se han hecho prematuramente historiadores. Algo huele en ellos a sarcófago, a momias y vendajes. Biológicamente, tenemos más o menos la misma edad. Pero el tiempo en política no es el mismo, mecánico, homogéneo y vacío, que el de los calendarios. En política se tiene la edad de las convicciones y las pasiones, de los combates y las esperanzas.

¿Generación?

Rechazando ese término de "generación" que sirve de etiqueta para todas las promiscuidades ideológicas y los apaños pegajosos, Guy Hocquenghem ha escrito: *«No me gusta la idea de pertenecer a ese bloque coagulado de decepciones y compadreos que sólo se realiza y se asume como tal en el momento de la traición masiva de la madurez. Sólo se llega a ser generación al retractarse, como el caracol en su concha y el arrepentido en su celda».* Nada que añadir. Salvo quizás que existe una náusea y un escarnio especial en esas trayectorias. Hay burgueses por raíces y por tradición. Los burgueses por elección y cooptación, por mimetismo y vida social, son a menudo los peores. Tienen una creciente necesidad de autojustificación y absolución. Entre ellos se reclutan los ideólogos del combate conservador.

¿Dónde está la clave de Mayo 68?. No en las barricadas, ni en la Sorbona, ni desde luego en el microcosmos de la

"intelligentsia" parisina. La diferencia entre Mayo y otros movimientos paralelos, lo que forja su irradiación particular, es el encuentro entre el movimiento estudiantil y el movimiento obrero, en la huelga más general de nuestra historia. Este hecho, macizo y fundamental, se esfuma entre los vapores sombríos de todos los que aplastan los relieves y repintan los paisajes más vivos con los tonos grises de su aburrimiento.

Mayo 68 no fue una gran montaña, ciertamente. O en todo caso no fue la montaña que esperábamos, o la que soñamos mientras tratábamos de escalarla. Pero fue mucho más que ese "ligero pliegue" que dicen esos "ex" (ex-rebeldes, ex-maos, ex-troskos, ex-rojos, ex-izquierdistas...), convertidos hoy en gentes de orden y con la cabeza bien sentada.

Aquellos que más ciegamente exageraron las cumbres de la montaña son frecuentemente los mismos que desprecian el pliegue, hasta hacerlo desaparecer. El porvenir nos dirá más sobre la importancia de esos relieves. En la historia, los relieves nunca están fijados definitivamente. El presente no cesa de llamar al pasado, despertarlo, redefinir sus dimensiones, empujar a la sombra lo que estaba iluminado, extraer de la oscuridad lo que había escapado a la mirada, redistribuir los papeles entre los vencedores y los vencidos de la víspera. La colina de 1968 es aún un punto algebráico, una obra abierta. En gran medida, se4rá lo que nosotros haremos en ella, hoy, mañana y pasado mañana.

Nosotros no nacimos en el 68. Eramos militantes mucho antes. Contra la guerra de Argelia, contra la guerra de Vietnam, contra el régimen de De Gaulle, contra las reformas universitarias. Jóvenes comunistas entusiasmados ante una revuelta que desbordaba ampliamente nuestras más optimistas profecías, percibíamos confusamente sus límites. Procurábamos actuar sobre el curso de los acontecimientos, en la medida de nuestras modestas fuerzas, aportando en cada momento propuestas y respuestas.

Habíamos sido expulsados en 1965 del Partido Comunista Francés, precisamente porque queríamos seguir siendo comunistas y no estalinistas, porque queríamos ser revolucionarios y no reformistas. A veces nos encontramos ahora con antiguos camaradas convertidos al "realismo".Sentimos su mirada perpleja o vagamente condescendiente: *«¿Y qué, sigues militando?. ¿Sigues con la revolución?. ¿Todavía crees en ella?...».*

Hay que refrescar la memoria de nuestros interlocutores. En la Francia de 1965 declararse revolucionario no era menos extraño que hoy. El eterno sentido común, el que fabrica los buenos alumnos y los buenos directores generales, los buenos padres y los buenos maridos, el "sentido de lo real" estaba ya del otro lado: del lado de los tecnócratas gaullistas, de los notables socialdemócratas, de los "demócratas avanzados" del PC. Con el rasero de su razón ordinaria, nosotros éramos y seremos siempre irresponsables.

No, compañeros. No es la vida lo que ha cambiado, sino vosotros. En los días posteriores a Mayo, el discurso revolucionario obtuvo los favores de la moda. Pero la víspera de Mayo aún nos tomaban por iluminados.

Una huelga general

Habíamos polemizado tantas veces contra las evidencias de la pasividad de la clase obrera, habíamos puesto tanta fe en los grandes movimientos históricos, contra las brumosas tesis de la sociología, que apenas nos sorprendió esa confirmación a tamaño natural de nuestras esperanzas, que fue la huelga general.

¿Cuáles fueron sus dimensiones?. Las diferentes fuentes oscilan entre 6 y 9 millones de huelguistas. Por primera vez en un país capitalista desarrollado, la mayoría absoluta de la población asalariada, la gran mayoría de la clase obrera (15 millones en aquella época) estuvo en huelga. El dato se confirma con el número de jornadas de trabajo "perdidas": la estimación del Ministerio de Trabajo para 1968 es de 150 millones de jornadas de huelga. En 1969 hubo 2 millones; en 1971, 4'3 millones; en 1985, un millón; en el mayo rampante italiano de 1969, 37 millones; en 1974, en Gran Bretaña, el año de la huelga minera que derrocó al gobierno Heath, 14 millones...

¿Cuál fue su duración?. La culminación de la huelga se concentró en una semana, entre el 22 y el 30 de mayo (día en que De Gaulle descartó toda idea de dimisión y anunció la disolución de la Asamblea). Más de cuatro millones de huelguistas mantuvieron la huelga durante tres semanas, más de dos millones durante un mes. Diex días después del discruso de De Gaulle, todavía había más huelguistas que en los momentos más fuertes del Frente Popular, en 1936.



¿Y qué más?. Llaman la atención, naturalmente, los aspectos más nuevos de la huelga: los oficinistas ocupan sus oficinas, los futbolistas, las sedes sociales de sus clubs, los actores y actrices, sus teatros. La rebelión atraviesa todas las instituciones, la prensa, la TV, el aparato judicial. La huelga, que en cierto sentido es una huelga nacional, traduce la realidad de una sociedad en la que, por primera vez, más del 80% de la población es asalariada. Pero, mirando más de cerca, el esqueleto de la huelga sigue constituido por las concentraciones tradicionales del proletariado industrial, en el metal, la química, los transportes. Después de los acuerdos de Grenelle, sigue siendo la metalurgia el sector que continua la lucha hasta el fin, con los enfrentamientos con la policía de las fábricas Renault-Flins y Peugeot-Sochaux. Globalmente, el movimiento se expresa de forma diferenciada en función del tamaño de las empresas: los paros son cinco veces más fuertes en las empresas de más de mil asalariados que en las que emplean menos de diez. Los jóvenes obreros de menos de veinticinco años hacen masivamente su primera gran experiencia de lucha. Las mujeres, cuya entrada en el mercado de trabajo ha comenzado a acelerarse, también. Los trabajadores no cualificados están frecuentemente en primera linea de la acción. En su conjunto, los sectores que tienen la iniciativa del movimiento no son los "nuevos proletarios del sector servicios" o los sectores de alta tecnología; el proletariado industrial y concentrado constituye el núcleo duro de la movilización.

Fue sin lugar a dudas la mayor huelga de la historia del movimiento obrero francés. Pretender hoy que semejante tempestad era previsible sería ridículo. Digamos simplemente que unos fueron más sorprendidos que otros; que algunas opciones políticas permitían mejor que otras "oír crecer la hierba" fuera de las tribunas parlamentarias o de los estados mayores burocráticos.

Desde que en las elecciones presidenciales de 1965 De Gaulle tuvo que disputar la segunda vuelta, había perdido su aura de "intocable". Sólo gracias a votos fraudulentos de los territorios de ultramar había conseguido una mayoría ajustada en las elecciones legislativas de 1967. El debilitamiento del poder, que se sumaba a sus rigideces, producía un contexto favorable al ascenso de las luchas, ya perceptible en 1966. A la vez,



M. Debré y A. Malraux, el 30 de mayo: el KO pasó muy cerca...

la situación social se iba endureciendo: los salarios estaban bloqueados desde 1963; el tiempo de trabajo había aumentado desde 1950 hasta alcanzar las 46 horas, y las 52 horas en algunos sectores.

Los dos sindicatos mayoritarios, CGT y CFDT, firmaron su primer acuerdo confederal en enero de 1966. El 17 de mayo de ese año tuvo lugar una de las mayores jornadas de lucha en mucho tiempo, a la que se sumaron masivamente universitarios y estudiantes de media. La idea de la convergencia entre la juventud y el movimiento obrero, propagada por las pequeñas organizaciones revolucionarias, empezaba a hacer su camino.

En 1967, la recesión alemana anunciaba ya el agotamiento de la onda expansiva de la postguerra y nuevas recesiones, cada vez más sincronizadas, entre los principales países imperialistas. La crisis de 1973 estaba ya en el horizonte.

Un clima se creaba imperceptiblemente. Las manifestaciones estudiantiles, enardecidas por las duras luchas obreras que van estallando: en Caen, en Mulhouse, en Saint Nazaire, en Mans..., van perdiendo el miedo a la policía. En abril de 1968, cuando la manifestación de solidaridad con el estudiante alemán Rudi Dutschke, gravísimamente herido en un atentado fascista, la cólera acumulada estalla espontáneamente contra la intervención policial. La policía sigue en cada esquina, pero va saliendo ya de las cabezas de la gente.

Nosotros, las JCR expulsados del PCF hacía apenas dos años, estábamos al acecho de estos signos. Escrutábamos su aparición entre la masa espesa de la información cotidiana. Nuestras "fuerzas" no excedían en esa época de trescientos militantes, estudiantes en su aplastante mayoría. Eramos menos numerosos que los maoístas, llevados por la ola pujante de la revolución cultural; y teníamos menos militantes obreros que las demás organizaciones que se reclamaban del trotskismo. Pero si la huelga general desbordaba todas nuestras esperanzas, no era para nosotros el trueno en cielo sereno que pilló desprevenidos al gobierno y a los estados mayores de la izquierda.

Nosotros sabíamos lo que quería decir relación de fuerzas, lo que significaba la lucha de clases y el lugar que ocupa en ella la clase obrera. Las barricadas del 10 de mayo fueron en gran parte obra de una inspiración espontánea, contagiosa, comunicativa, que de repente hacía saltar los adoquines, nacer las cadenas humanas que los transportaban, surgir murallas barrocas, caer los árboles, que daban forma a un dispositivo que rodeaba, sin ningún plan preconcebido, el perímetro de la calle Gay Lussac hasta la calle Mouffetard y de la calle Soufflot a la avenida Claude Bernard. Nosotros participamos deliberadamente de esa inspiración. Los maoístas se arropaban en su dignidad teórica para denunciar esos trabajos de *«jardinería pequeñoburguesa»* (sic) y regresar a su lecho confortable en su local de la calle Ulm. Los militantes del PCF rugían contra la provocación antes de coger el metro. Los "lambertistas" hacían la ronda de las barricadas para denunciar la aventura que podía conducir a la masacre frente a un poder fuerte, en vías (según sus tesis de la época) de fascistización.

A la vista de los resultados, podemos burlarnos ante estasprudencias. Sin embargo, la ortodoxia formal estaba del lado de nuestros contradictores. ¿Cómo imaginar que el movimiento estudiantil, sin el concurso directo de la clase obrera, sin unidad de las organizaciones sindicales, pudiera afrontar sólo una prueba de fuerzas con el poder?. En el extremo opuesto, los espontaneístas habían visto en el episodio una revancha de la improvisación y el flujo de la vida contra toda teoría, o incluso contra todo pensamiento político organizado.

Pero el asunto era más concreto. En esa noche del 10 de mayo, entraban en juego el desgaste de un régimen, la legitimidad democrática del movimiento estudiantil en la opinión pública, la receptividad de una clase obrera que se encontraba también en plena radicalización. Esta era la trama de una relación de fuerzas que no se reducía a la altura de las barricadas, al número de estudiantes movilizados, a la agresividad de la policía.

No hicimos un consejo para deliberar sobre todo esto. Cuando los acontecimientos se aceleran, ya no es tiempo para pesar los pros y los contras con calma. Se entra en la era de las decisiones rápidas. Sólo la comprensión previa de la situación las hace posibles. Y a grandes rasgos, a comienzos de 1968,

nosotros habíamos comprendido mejor que otras organizaciones más grandes.

Todo esto podría considerarse una peripecia, si no hubiera en ello materia para la meditación. ¿Cómo no preguntarnos si con más experiencia, más madurez, una mejor implantación social, no hubiéramos terminado tomando, como los compañeros maoístas o los del PCF, una dirección equivocada, abandonando el lugar donde estaba la lucha y llamando a volver al día siguiente, después de haber contactado, en buena y debida forma, con las direcciones sindicales y de las demás fuerzas de la izquierda?. Porque es cierto que todo desarrollo de una fuerza política engendra su conservadurismo organizativo y sus lastres ideológicos. Y al revés, ¿cómo podemos olvidar que la experiencia de 1968, simbolizada por esas barricadas, ha podido alimentar un culto infantil, izquierdista en el sentido preciso de la palabra, a la acción directa?. Porque es verdad también que la intuición realmente fecunda del "momento estratégico", de la iniciativa capaz de modificar el curso de las cosas, germina sobre un terreno pacientemente roturado por el análisis.

Contra el doble escollo de la rutina paralizante y de la improvisación irresponsable, no existe garantía absoluta. Pero una colectividad militante, una organización, que comparte la misma educación, familiarizada en una misma percepción de la situación, unida por una visión común de los acontecimientos y las tareas, tiene las mayores posibilidades de saber responder a las aceleraciones bruscas de la historia, sin saltar en pedazos.

Un general sin estrellas

La más general de las huelgas no recibió nunca sus estrellas. A partir del 14 de mayo, como un reguero de pólvora, la huelga se extendió y se generalizó, sin que hubiera nunca un llamamiento o una consigna de las direcciones sindicales confederales a la huelga general. Hay en este olvido de la consigna de la huelga general y de la elección de un comité central de huelga, una opción política cuya responsabilidad comparte la CGT con las demás direcciones sindicales. A lo largo de mayo y junio, las direcciones sindicales y las de los partidos de izquierda respetaron cuidadosamente una rigurosa división del trabajo. La huelga debía mantenerse como un amplio movimiento reivindicativo bajo la dirección de los sindicatos, mientras los partidos montaban soluciones políticas en el terreno institucional y parlamentario. Si la huelga hubiera sido declarada como huelga general se habría convertido a la vez en directa y explícitamente política; se habría planteado el problema de su dirección, su plataforma común, sus formas de centralización. Habría sido infinitamente más difícil a los estados mayores ir extinguiendo el movimiento poco a poco, en orden disperso, dividirlo organizando vueltas parciales al trabajo y fatigando por el aislamiento a los sectores más resistentes. Las acción de los responsables sindicales buscó desde el primer momento limitar las potencialidades del movimiento, en vez de desarrollarlas.

Quizás todo no era posible. Todo no es nunca totalmente posible. Cada situación concreta conduce a un campo de posibilidades determinadas sobre lo realmente posible.Cada decisión, cada opción, cada bifurcación vuelve a definir sin cesar las posibilidades que entran en ese campo de posibilidad efectiva. Incluso el error y el fracaso contribuyen a ello. En Cuba, del asalto fallido contra el Moncada en 1953, nace la posibilidad del desembarco del Granma en 1956. La derrota de julio de 1917 en Rusia, llama a la victoria de octubre. El desmantelamiento de las zonas rojas de Kiangsi, en China, en 1934, lleva a la Larga Marcha, Yenan y la ofensiva victoriosa de 1948. La acción política revolucionaria no sigue una ruta predeterminada cuyas etapas y cuyo término son conocidos anticipadamente. Siempre hay en ella un lugar para lo aleatorio.

En 1968 el movimiento erqa suficientemente poderoso para que fuera concebible llevarlo por otros caminos, explorar otras posibilidades. Aquellos que a diferentes niveles tuvieron las responsabilidades decisivas, se negaron a intentar estas alternativas posibles. Desde una perspectiva revolucionaria, es justo insistir en primer lugar en esa ausencia de proyecto, de voluntad, de ambición, que cierra a priori ciertas puertas del porvenir, sin haber intentado siquiera entreabrirlas. Pero también es necesario, con equidad y lucidez, sin minimizar la responsabilidad de estas direcciones, ponerla en relación con la dinámica real del movimiento.

En su conjunto, los desbordamientos de las direcciones sindicales oficiales fueron limitados respecto a la amplitud colosal del movimiento. Las fracturas y diferenciaciones inmediatas fueron escasas. Las organizaciones sindicales y políticas llamadas tradicionales continuaron organizando y representando a la



inmensa mayoría de la clase obrera, aunque su control y capacidad de encuadramiento quedaron irreversiblemente debilitados.

Aquí está una de las características decisivas de 1968: la distancia entre las enormes dimensiones, la profundidad, la fuerza de la movilización, por una parte, y los límites de su contenido y sus formas de organización, por otra. La ocupación de las fábricas y de los lugares de trabajo fue un fenómeno casi general. No quedó una calle, ni una carretera sin pancartas y banderas, rojas con frecuencia, colgadas de ventanas y muros. También se generalizó la tradición de las asambleas generales diarias de huelguistas. En la mayoría de los casos, fueron asambleas de información y consulta, dirigidas por los responsables sindicales, y no asambleas soberanas y decisorias.

Hubo pocos comités de huelga elegidos unitariamente y democráticamente por los huelguistas. A menudo los órganos llamados comités de huelga se reducían a las instancias sindicales e intersindicales. Nosotros hemos destacado siempre las experiencias más destacadas desde el punto de vista de la autoorganización, las que servían de ejemplo y, en distintos aspectos, podían mostrar el camino. Por ejemplo, se habló mucho de la experiencia de la CSF de Brest, donde los trabajadores fabricaron *walkie-talkies* al servicio de la huelga, o de los comités de acción de Rhône-Poulenc, en Vitry. A partir de hechos indiscutibles, a veces las historias empujan un poco la realidad hacia los deseos. En todo caso, estas experiencias fueron excepcionales. En un movimiento tan tumultuioso como el del Mayo de 1968, es legítimo insistir en lo que anuncia el porvenir, a condición de no perder de vista el estado del movimiento en su conjunto. Los límites en el desarrollo de la autoorganización en 1968 pesaron gravemente sobre las formas de radicalización y las relaciones del movimiento obrero con las organizaciones tradicionales, a lo largo de los años posteriores.

Es curioso que en una huelga con ocupación, tan prolongada y masiva, no se haya prácticamente esbozado el paso a la huelga activa. Algunas empresas se lo plantearon, incluso dieron algunos pasos de una puesta en marcha de la producción al servicio de la huelga. Pero no fue más que una gota de agua, cuando hubiera sido perfectamente posible imaginar, por ejemplo, la organización del funcionamiento gratuíto de los transportes, para facilitar la información, el abastecimiento, la coordinación y centralización de las luchas.

La preocupación por el control obrero sobre los ritmos, la organización y los objetivos de la producción estuvo presente ampliamente, pero mucho más en los debates de comisiones que en los actos. En cuanto a la autogestión, es sobre todo un tema del discurso sobre Mayo, no una realidad práctica de Mayo: no hay que confundir la gimnasia con la magnesia, ni el comité de acción del Odeón con el Soviet de Petrogrado.

Por cierto, los comités de acción fueron a al vez otra expresión de las potencialidades y los límites del movimiento. Se desarrollaron en su periferia. En las empresas donde existieron, agruparon, por encima de las afiliaciones sindicales, a los militantes más combativos y más rebeldes frente a los aparatos. De ahí su carácter híbrido: a la vez, embriones de una vanguardia obrera aún inexistente en la empresa y testimonios de una necesidad de autoorganización insatisfecha. En cuanto a los comités de acción de barrio o de localidad, sólo fuieron en general estructuras reducidas. En fin, los diversos comités de enlace (obreros-estudiantes-campesinos) fueron agrupamientos útiles para establecer contactos, más que órganos de masas.

A finales de mayo, las JCR habíamos propuesto el objetivo de la centralización de los comités de acción, defendiendo su carácter pluralista y unitario contra la tentación de trnasformarlos en base de una nueva formación política. No teníamos la ilusión de que jugaran el papel de un comité central de huelga; en modo alguno tenían la representatividad necesaria para ello. Pensábamos simplemente que, como reflejaban en parte el ala más activa del movimiento, podían contribuir a modificar la relación de fuerzas en un sentido conforme a su dinámica profunda.

Como la mayor parte de nosotros veníamos del PCF, éramos demasiado conscientes de las realidades del movimiento obrero para engañarnos sobre nuestra marginalidad. Hubiéramos necesitado una sólida implantación, una red de militantes experimentados y con audiencia en las empresas, sólidas posiciones sindicales, para poder plantear eficazmente el problema de la centralización unitaria y democrática de la huelga. Podíamos hacer propuestas sobre esto, pero no teníamos la fuerza suficiente para hacerlas pasar a la práctica. Por el contrario, los comités de acción nos permitían inmediatamente amplificar y multiplicar la audiencia de las ideas revolucionarias, por medio de iniciativas prácticas que podían hacer escuela. Es cierto que en una situación como la de 1968, la historia cambia de ritmo, los días valen por años de experiencia ordinaria. Pero esta aceleración no puede producir milagros.

En fin, muchos fenómenos importantes estaban sólo en estado embrionario en 1968. Por ejemplo, las mujeres estuvieron presentes masivamente en las huelgas y en las manifestaciones. Fue la primera expresión de su presencia ascendente en la universidad y en la producción. Sin embargo, encontramos pocas huellas de reivindicaciones explícita-

TEMA 61

ERNEST MANDEL

Lecciones de Mayo del 68

[Ernest Mandel escribió este artículo inmediatamente después de los acontecimientos de Mayo de 1968. El artículo se publicó en la revista "Les Temps Modernes" y está fechado el 20 de julio. Unos días después, Mandel fue detenido por la policía francesa y expulsado del país. Sólo pudo regresar legalmente tras la victoria electoral de los socialistas en 1981.]

El ascenso revolucionario de mayo de 1968 constituye una enorme cantera de experiencias sociales. El inventario de estas experiencias está lejos de haber sido terminado: lo que caracterizó este ascenso fue precisamente la irrupción en la escena histórica de la energía creadora de las masas, que multiplicó las formas de acción, las iniciativas, las audaces innovaciones en la lucha por el socialismo. Tan sólo acudiendo a esta cantera y partiendo de este logro podrá el movimiento obrero y revolucionario armarse eficazmente para llevar a buen fin la tarea cuya posibilidad y, a la vez, cuya necesidad han sido confirmadas por mayo de 1968: la victoria de la revolución socialista en los países altamente industrializados de Europa occidental.

Desde hace años se ha ido desarrollando un debate enormemente interesante en torno a la definición de una nueva estrategia socialista en Europa(1). Los acontecimientos de mayo de 1968 han resuelto varios de los problemas clave planteados en este debate. Incluso han planteado otros. Y también han obligado a aquellos que se habían sustraído al debate a participar en él a su vez, así fuera para falsear los supuestos del problema. Es, pues, necesario tratar una vez más los temas principales de esta discusión y examinarlos a la luz de la experiencia de mayo de 1968.

En contra de los mitos de la burguesía, adoptados por la socialdemocracia e incluso por ciertos autores que se reclaman del marxismo, el ascenso revolucionario de mayo de 1968 ha demostrado que el neocapitalismo es incapaz de atenuar las contradicciones económicas y sociales inherentes al sistema hasta el punto de hacer imposible toda acción de masas de alcance objetivamente revolucionario.

Las luchas de mayo de 1968 son resultado directo de las contradicciones del neocapitalismo.

Esta irrupción violenta de las luchas de masas –una huelga general de diez millones de trabajadores con ocupación de fábricas; extensión del movimiento a múltiples capas periféricas del proletariado y de las clases medias (tanto "viejas" como "nuevas")– sería incomprensible si no existiera un descontento profundo e irreprimible entre los trabajadores, provocado por la realidad cotidiana de la existencia proletaria. Aquellos que se dejaban cegar por la elevación del nivel de vida durante los últimos quince años no comprendían que es precisamente en el periodo de auge de las fuerzas productivas (de "expansión económica" acelerada) cuando el proletariado adquiere nuevas necesidades, ampliándose aún más el desfase entre las necesidades y el poder adquisitivo(2). Tampoco comprendían que, a medida que sube el nivel de vida, de cualificación técnica y de cultura de los trabajadores, la ausencia de igualdad y de libertad sociales en los lugares de trabajo, la alienación acentuada en el seno del proceso de producción, no pueden dejar de pesar de forma más intensa e insoportable sobre el proletariado.

La capacidad del neocapitalismo para atenuar un tanto la amplitud de las fluctuaciones económicas, la ausencia de una crisis económica catastrófica del tipo de la de 1929, ocultaban a demasiados observadores su impotencia para evitar recesiones. Las contradicciones que minaban la larga fase de expansión que el sistema había conocido en Occidente desde el final de la segunda guerra mundial (en los Estados Unidos, desde el comienzo de esta guerra); la oposición irreductible entre la necesidad de garantizar la expansión al precio de la inflación, y la necesidad de mantener un sistema monetario internacional relativamente estable al precio de una deflación periódica; la evolución cada vez más clara hacia una recesión generalizada en el mundo occidental, todas estas tendencias, inherentes al sistema, se encuentran entre las causas profundas de la explosión de mayo de 1968. Piénsese en los efectos del "plan de estabilización", en la reaparición del paro masivo (sobre todo del paro de los jóvenes); piénsese también en los efectos de la crisis estructural sufrida por algunos sectores (astilleros de Nantes y de Saint-Nazaire) sobre la radicalización de los trabajadores de determinadas regiones.

Es significativo, por lo demás, que la crisis de 1968 no se haya producido en un país con estructuras "envejecidas", en el que dominara un *"laissez-faire"* arcaico, sino, por el contrario, en el país tipo del neocapitalismo, aquél cuyo "Plan" se citaba como el ejemplo más logrado del neocapitalismo, aquél que dispone del sector nacionalizado más dinámico, cuya "independencia" relativa respecto al sector privado sugería a algunos, incluso, la definición de "sector capitalista de estado". La impotencia que



ERNEST MANDEL

ha demostrado este neocapitalismo para comprimir, a la larga, las contradicciones sociales adquiere por ello una importancia aún más universal.

El papel de detonador del movimiento estudiantil es producto directo de la incapacidad del neocapitalismo para satisfacer, a ningún nivel, las necesidades de la masa de los jóvenes que afluyen a la Universidad, tanto por la elevación del nivel de vida medio como por las necesidades de reproducción ampliada de una mano de obra cada vez más cualificada, como resultado de la tercera revolución industrial. Esta incapacidad se manifiesta al nivel de la infraestructura material (edificios, laboratorios, viviendas, restaurantes, bolsas, presalario), al nivel de la estructura autoritaria de la Universidad, al nivel del contenido de la enseñanza universitaria, al nivel de la orientación, de las salidas para los universitarios y para aquellos a los que el sistema obliga a interrumpir antes de concluirlos sus estudios universitarios. La crisis de la Universidad burguesa, que ha sido la causa inmediata de la explosión de mayo de 1968, debe entenderse como un aspecto de la crisis del neocapitalismo y de la sociedad burguesa en su conjunto.

Por último, la creciente rigidez del sistema, que ha contribuido ampliamente a exacerbar las contradicciones socioeconómicas –precisamente en la medida en que las comprimía por un período relativamente largo–, está, también, directamente vinculada a la evolución de la economía neocapitalista(3). Hemos subrayado muchas veces que las tendencias a la programación económica, a la "globalización" de los problemas económicos y de las reivindicaciones sociales, no son tan sólo resultado de unos designios específicos de tal o cual fracción de la burguesía, sino también de unas necesidades inherentes a la economía capitalista de nuestra época. La aceleración de la innovación tecnológica, la reducción del ciclo de reproducción del capital fijo, obligan a la gran burguesía a calcular de modo cada vez más preciso, con varios años de antelación, las amortizaciones y las inversiones a efectuar por autofinanciación. Quien dice programación de las amortizaciones y de las inversiones dice también programación de los costes, y, por lo tanto, también "coste de mano de obra". He aquí el origen último de la "política de ingresos", de la "economía concertada", y de otras sutilezas que, sencillamente, tienden a suprimir la posibilidad de modificar mediante la acción reivindicativa "normal" el reparto de la renta nacional que desea el gran capital.

Pero esta parálisis creciente del sindicalismo tradicional no suprime ni el funcionamiento de las leyes de mercado, ni el creciente descontento de las masas. A la larga, tiende a hacer más explosivas las luchas obreras, por los esfuerzos del proletariado para recuperar en unas pocas semanas lo que intuye haber perdido durante años. Las huelgas, incluso, y sobre todo si se espacian, tienden a hacerse más violentas, y empiezan más a menudo como huelgas salvajes(4). La única posibilidad de que dispone el gran capital para evitar esa evolución, preñada de amenazas para él, es la de pasar, decididamente, del estado fuerte a la dictadura abierta, al estilo griego o español. Pero incluso en este caso –irrealizable sin una grave derrota y una grave desmoralización *previas* de las masas trabajadoras–, una mayor comprensión de las contradicciones socioeconómicas no puede dejar de reproducir, a la larga, situaciones aún más explosivas y más amenazadoras para el capitalismo, tal como lo demuestra la evolución reciente en España.

Tipología de la revolución en un país imperialista

Para dilucidar si la revolución socialista es o no posible en Europa occidental, pese a todos los "logros" del neocapitalismo y de la "sociedad de consumo de masas", tanto los críticos de derecha como los de "izquierda" se remitían, generalmente, a los modelos de 1918 (revolución alemana) o de 1944-45 (revolución yugoslava victoriosa, revolución francesa e italiana abortadas en condiciones análogas a las de la de 1918 en Alemania), o, incluso, a la guerrilla. Según algunos, supuesta la ausencia definitiva de una catástrofe económica o militar, era perfectamente utópico esperar del proletariado otra cosa que reacciones reformistas; según otros, la posibilidad de nuevas explosiones revolucionarias por parte de los trabajadores estaba vinculada a la reaparición de crisis de tipo catastrófico. En suma, para unos, la revolución se había convertido en definitivamente imposible; para otros, quedaba relegada al momento –en buena medida mítico– de "un nuevo 1929".

Desde comienzos de los años 60, hemos tratado de reaccionar contra estas tesis esquemáticas, refiriéndonos a un tipo distinto de revolución posible y probable en Europa occidental. Nos permitiremos recordar lo que escribíamos al respecto a comienzos de 1965:

«Hemos demostrado más arriba que el neocapitalismo no suprime en absoluto los motivos de descontento en los trabajadores, y que el desencadenamiento de luchas importantes sigue siendo posible, si no inevitable, en nuestra época. Pero, ¿pueden estas luchas adoptar una forma revolucionaria en el seno de una "sociedad de bienestar"? ¿No estarán condenadas a quedar limitadas a objetivos reformistas mientras sigan desarrollándose en un clima de prosperidad más o menos general?...

«Para responder a esta objeción, hay que circunscribir de modo más preciso el objeto. Si con esto quiere decirse que, en el clima económico actual de Europa, no veremos repetirse revoluciones como la revolución alemana de 1918 o como la revolución yugoslava de 1941-45, se está emitiendo, evidentemente, un truismo. Pero este truismo lo hemos admitido de entrada, y lo hemos incluido en nuestra hipótesis liminar. Toda la cuestión está ahí: ¿no puede operarse el derrocamiento del capitalismo más que bajo formas de esa especie, limitadas necesariamente a circunstancias "catastróficas"? No pensamos que así sea. Pensamos que existe un "modelo histórico" distinto al que podemos referirnos: el de la huelga general de junio de 1936 (y, a una escala más modesta, la huelga general belga de 1960-61, que hubiera podido crear una situación análoga a la de junio de 1936).

«Es perfectamente posible que en el clima económico general del "neocapitalismo próspero" o de la "sociedad de consumo de masas", los trabajadores se radicalicen progresivamente como consecuencia de una sucesión de crisis sociales (intentos de imponer la política de ingresos o el bloqueo de los salarios), políticas (intentos de limitar la libertad de acción del movimiento sindical y de imponer un "estado fuerte"), económicas (recesiones, o bruscas crisis monetarias, etc.), o incluso militares (por ejemplo, reacciones de gran envergadura contra las agresiones imperialistas, contra el mantenimiento de la alianza con el imperialismo internacional, contra el empleo de armas nucleares tácticas en las "guerras locales", etc.); que estos mismos trabajadores radicalizados desencadenen luchas cada vez más amplias en el curso de las cuales empiecen a vincular algunos de los objetivos del programa de reformas de estructura anticapitalistas con las reivindicaciones inmediatas; que esta oleada de lucha de-

semboque en una huelga general que derroque el gobierno y cree una situación de dualidad de poder(5).»

Nos disculpamos por esta cita tan larga. En todo caso, demuestra que el tipo de crisis revolucionaria que ha estallado en mayo de 1968 podía preverse a grandes rasgos; que no debía considerarse en absoluto como improbable o excepcional; y que las organizaciones socialistas y comunistas hubieran podido perfectamente prepararse, desde hace años, para este tipo de revolución, si sus dirigentes lo hubieran querido y hubieran comprendido las contradicciones fundamentales del neocapitalismo.

Este tipo de explosión era tanto menos imprevisible cuanto que se habían tenido unas impresiones anticipadas de él en dos ocasiones: en diciembre de 1960-enero de 1961 en Bélgica, y en junio-julio de 1965 en Grecia. Después de los acontecimientos de mayo de 1968, no cabe ya duda de que será bajo esa forma –una huelga de masas que desborda los objetivos reivindicativos y los marcos institucionales "normales" de la sociedad y el estado capitalistas– que se producirán las crisis revolucionarias posibles en Occidente (a menos que sobrevenga una modificación radical de la situación económica o una guerra mundial).

En relación al debate que se ha ido desarrollando en el movimiento socialista internacional en torno a las líneas maestras de una estrategia anticapitalista en Europa, los acontecimientos de mayo de 1968 aportan también unas precisiones suplementarias que completan el esbozo de tipología de la revolución socialista en Europa occidental que habíamos iniciado en 1965.

Ante todo, cuando las contradicciones del neocapitalismo, comprimidas durante largo tiempo, estallan en acciones de masas de carácter explosivo, la huelga de masas, la huelga general, tiene tendencia a desbordar la forma de la "huelga pacífica y tranquila que se desarrolla en medio de una total tranquilidad", y combina formas de acción diversas, entre las cuales la ocupación de fábricas, la aparición de piquetes cada vez más masivos y duros, réplicas inmediatas a toda represión violenta, manifestaciones callejeras que se transforman en escaramuzas, y encontronazos constantes con las fuerzas de represión, llegando incluso a la reaparición de barricadas, merecen mención aparte.

Con objeto de velar los orígenes *espontáneos e inevitables* de esta radicalización de las formas de acción, y de acreditar la odiosa tesis de los "provocadores izquierdistas" que conspiran para crear "incidentes violentos" al servicio del gaullismo(6), los reformistas y los neorreformistas de todo pelaje se ven obligados a pasar en silencio el hecho de que ya se habían producido manifestaciones similares durante la huelga general belga de 1960-61 (barricadas callejeras en el Henao; ataque a la estación de los Guillemins en Lieja); el de que los obreros jóvenes habían pasado a la acción masivamente en este sentido con ocasión de las huelgas del Mans, de Caen, de Mulhouse, de Besançon y de otros puntos en Francia, en 1967; el de la radicalización de formas de acción análogas en Italia (Trieste, Turín), e incluso en Alemania occidental.

Resumiendo, a menos que se acepte la ridícula tesis de Pompidou de una "conspiración internacional", es preciso reconocer que el giro de la lucha de masas ha sido un giro espontáneo, determinado por factores objetivos que hay que desvelar, en vez de incriminar ya sea el carácter pequeñoburgués de los estudiantes, ya la "falta de madurez política" de la juventud, o bien el papel de unos provocadores legendarios.

Ahora bien, no es difícil comprender las razones por las que toda radicalización de la lucha de clases tenía que desembocar rápidamente en una confrontación violenta con las fuerzas represivas. Asistimos, en Europa, desde hace dos decenios, a un fortalecimiento contínuo del aparato de represión, mientras que distintas disposiciones legales obstaculizan la acción de huelga y las manifestaciones obreras. Si bien en los periodos "normales" los trabajadores no tienen la posibilidad de rebelarse contra esas disposiciones represivas, no ocurre lo mismo cuando se produce una huelga de masas, que, repentinamente, los hace conscientes del inmenso poder que encierra su acción colectiva. De pronto, y espontáneamente, se dan cuenta de que el "orden" es un orden burgués que tiende a asfixiar la lucha emancipadora del proletariado. Adquieren conciencia del hecho de que esta lucha no puede superar un determinado nivel sin chocar cada vez más directamente con los "guardianes" de este orden, y de que esta lucha emancipadora seguirá siendo eternamente inútil si los trabajadores siguen respetando las reglas de juego imaginadas por sus enemigos para ahogar su rebelión.

El hecho de que tan sólo una minoría de jóvenes trabajadores hayan sido los protagonistas de estas formas nuevas de lucha, mientras fueron embrionarias; el de que haya sido en la juventud obrera donde las barricadas de los estudiantes han provocado más reflejos de identificación; el hecho de que en Flins y en Peugeot-Sochaux hayan sido, igualmente, los jóvenes los que replicaran de forma más clara a las provocaciones de las fuerzas represivas, no invalida en nada el análisis precedente. En todo ascenso revolucionario, siempre es una minoría relativamente reducida la que experimenta nuevas formas de acción radicalizadas. Los dirigentes del PCF, en vez de ironizar sobre la "teoría anarquista de las minorías activas", harían mejor en releer a Lenin al respecto(7). Por lo demás, es precisamente entre los jóvenes donde resulta menos pesado que entre los adultos el peso de los fracasos y decepciones del pasado, el peso de la deformación ideológica que se deriva de una propaganda incesante de las "vías pacíficas y parlamentarias".

Los acontecimientos de mayo de 1968 también demuestran que la idea de un largo periodo de dualidad de poder, la idea de una conquista y una institucionalización *graduales* del control obrero o de cualquier reforma de estructura anticapitalista, descansa en una concepción ilusoria de la lucha de clases exacerbada del periodo prerrevolucionario y revolucionario.

Nunca podrá hacerse temblar el poder de la burguesía mediante una sucesión de pequeñas conquistas. Si no se da un cambio brusco y brutal de las relaciones de fuerzas, el capital encuentra, y siempre encontrará, los medios para integrar tales conquistas en el funcionamiento del sistema. Y cuando se produce un cambio radical de las relaciones de fuerzas, el movimiento de las masas se dirige espontáneamente hacia una conmoción fundamental del poder burgués. La dualidad de poder refleja una situación en que la conquista del poder es ya objetivamente posible debido al debilitamiento de la burguesía, pero en la que sólo la falta de preparación política de las masas, la preponderancia de tendencias reformistas y semirreformistas en su seno, detienen monentáneamente su acción en un nivel dado.

Mayo del 68 confirma, a este respecto, la ley de todas las revoluciones, es decir, que cuando unas fuerzas sociales tan amplias entras en acción, cuando lo que está en juego es tan importante, cuando el menor error, la menor iniciativa audaz por parte de uno u otro bando puede modificar radicalmente el sentido de los acontecimientos en el intervalo de unas pocas horas, resulta totalmente ilusorio tratar de "congelar" este equilibrio, sumamente inestable, durante varios

años. La burguesía se ve obligada a tratar de reconquistar de inmediato lo que las masas le arrebatan en el terreno del poder. Las masas, si no ceden ante el adversario, se ven casi instantáneamente obligadas a ampliar sus conquistas. Así ha ocurrido en todas las revoluciones; así volverá a ocurrir mañana(8).

El problema estratégico central

La enorme debilidad, la enorme impotencia de las organizaciones tradicionales del movimiento obrero cuando se ven confrontadas con los problemas planteados por los ascensos revolucionarios posibles en Europa occidental, se ha manifestado en el modo en que Waldeck-Rochet, el secretario general del PCF, resume el dilema en el que, según él, estaba encerrado el proletariado francés en mayo de 1968:

«En realidad, la opción a tomar en mayo era la siguiente:

»–O bien actuar de modo que la huelga permitiera satisfacer las reivindicaciones esenciales de los trabajadores y proseguir, al mismo tiempo, en el plano político, la acción orientada a cambios democráticos necesarios en el marco de la legalidad. Esta era la posición de nuestro partido.

»–O bien lanzarse decididamente a la prueba de fuerza, es decir, ir a la insurrección, recurriendo, incluso, a la lucha armada con objeto de derribar el poder por la fuerza. Esta era la posición aventurera de algunos grupos ultraizquierdistas.

»Pero como las fuerzas militares y represivas estaban del lado del poder establecido(9), y como la inmensa masa del pueblo era absolutamente hostil a semejante aventura, es evidente que entrar en esta vía significaba, sencillamente, conducir a los trabajadores a la matanza y buscar el aplastamiento de la clase obrera y de su vanguardia, el partido comunista.

»¡Pues bien!. No, no caímos en la trampa. Ya que ahí estaba el verdadero plan del poder gaullista.

»En efecto, el cálculo del poder era sencillo: ante una crisis que él mismo había provocado con su política antisocial y antidemocrática, calculó utilizar esta crisis para asestar un golpe decisivo y duradero a la clase obrera, a nuestro partido, a todo movimiento democrático(10).»

Dicho de otra forma: o bien había que limitar los objetivos de la huelga general de diez millones de trabajadores (11) a reivindicaciones inmediatas, es decir, a tan sólo una fracción del programa mínimo; o bien había que lanzarse de golpe a la insurrección armada para la conquista revolucionaria del poder. O lo uno o lo otro, el mínimo o el máximo. Puesto que no se estaba preparado para la insurrección inmediata, había que ir a unos nuevos acuerdos Matignon. Igual podría concluirse que, puesto que *jamás* se estará preparado para una insurrección armada al comienzo de una huelga general –sobre todo si se sigue educando a las masas y al propio partido en el "respeto a la legalidad"–, *jamás* se librarán luchas que no estén centradas en reivindicaciones inmediatas...

¿Es concebible una actitud más alejada del marxismo, por ni siquiera citar al leninismo?.

Cuando el poder de la burguesía es estable y fuerte, sería absurdo lanzarse a una acción revolucionaria que tuviera por objeto el derrocamiento inmediato del capital; con ello se iría a una derrota segura. Pero, ¿cómo se pasará de ese poder fuerte y estable a un poder debilitado, resquebrajado, desagregado? ¿Por un salto milagroso? ¿No exige una modificación radical de las relaciones de fuerzas algunas estocadas decisivas? ¿No abren estas estocadas un *proceso* de debilitamiento progresivo de la burguesía? ¿No consiste el deber elemental de un partido que se reclame de la clase obrera –e incluso de la revolución socialista– en impulsar al máximo este proceso? ¿Puede hacerse esto excluyendo por decreto toda lucha que no sea por reivindicaciones inmediatas... mientras la situación no esté madura para la insurrección armada inmediata, con victoria garantizada sobre factura?.

¿No representa una huelga de diez millones de trabajadores, con ocupación de fábricas, un debilitamiento considerable del poder del capital? ¿Quizá no hay que concentrar todos los esfuerzos en ensanchar la brecha, en tomar garantías, en actuar de tal modo que el capital no pueda ya restablecer rápidamente la relación de fuerzas en favor suyo? ¿Existe otro medio para lograrlo que no sea arrebatar al capital los poderes de hecho, en la fábrica, en los barrios, en la calle, es decir, pasar de la lucha por reivindicaciones inmediatas a la lucha por reformas de estructura anticapitalistas, por reivindicaciones transitorias? Al abstenerse deliberadamente de luchar por tales objetivos, y encerrarse deliberadamente en luchas por reivindicaciones inmediatas, ¿no se crean todas las condiciones propicias para un restablecimiento de la relación de fuerzas a favor de la burguesía, para una nueva y brutal inversión de tendencias?.

Toda la historia del capitalismo atestigua su capacidad para ceder en cuanto a reivindicaciones inmediatas cuando su poder está amenazado. Sabe perfectamente que, si conserva el poder, podrá recobrar en parte lo que ha dado (mediante el alza de precios, los impuestos, el paro, etc.), y, en parte, digerirlo con un aumento de la productividad. Además, toda burguesía enervada y asustada por una huelga de amplitud excepcional, pero que conserve su poder de Estado, tenderá a pasar a la contraofensiva y a la represión en cuanto refluya el movimiento de masas. La historia del movimiento obrero así lo demuestra: un partido encerrado en el dilema de Waldeck-Rochet jamás hará la revolución, y se dirigirá con toda seguridad a la derrota(12).

Al negarse a *entrar en el proceso* que lleva de la lucha por reivindicaciones inmediatas a la lucha por el poder, a través de la lucha por las reivindicaciones transitorias y de la creación de órganos de la dualidad de poder, los reformistas y neorreformistas se han condenado invariablemente a considerar toda acción revolucionaria como una "provocación" que debilita a las masas y que "fortalece a la reacción". Esta fue la cantinela de la socialdemocracia alemana en 1919, en 1920, en 1923, en 1930-33. La culpa es de los "aventureros izquierdistas, anarquistas, putschistas, espartaquistas, bolcheviques" (entonces aún no se decía "trotskistas") si la burguesía obtiene la mayoría en la asamblea constituyente de Weimar, ya que sus "acciones violentas" han "asustado al pueblo", gimen los Scheidemann en 1919. La culpa de que el nazismo haya podido fortalecerse es de los comunistas, ya que ha sido la amenaza de la revolución la que ha decantado a las clases medias al campo de la contrarrevolución, repitieron en 1930-33.

Es significativo que incluso el Kautsky de 1918 comprendiera todavía que el movimiento obrero, confrontado con poderosas huelgas de masas, no podía limitarse a las formas de acción y de organización tradicionales (sindicatos y elecciones), sino que debía pasar a formas de organización superiores, es decir, a la constitución de comités elegidos por los trabajadores, de tipo soviético. No por ello dejó Lenin de fustigar las vacilaciones, las contradicciones y el eclecticismo de Kautsky en 1918. ¡Qué no hubiera objetado a esta argumentación de Waldeck-Rochet: «Puesto que



ERNEST MANDEL

no estamos preparados para organizar de inmediato la insurrección armada victoriosa, será mejor no asustar a la burguesía y limitarse a pedir aumentos de salario y a aceptar las elecciones; y eso en el momento en que Francia cuenta con el mayor número de huelguistas de toda su historia, en que los obreros ocupan las fábricas, en que el sindicato de la policía anuncia que dejará de ejercer la represión, en que el Banco de Francia no puede ya imprimir billetes de banco por falta de obreros dispuestos a trabajar, en que –y éste es el signo más seguro del desquiciamiento del poder burgués– unas capas tan periféricas como los arquitectos, los ciclistas profesionales, los ayudantes de hospital y los notarios se ponen a "cuestionar" al régimen»!.

La discusión sobre la "vacante de poder", planteada de esta forma metafísica, no tiene, evidentemente, ninguna salida. Pero Waldeck-Rochet, que recoge por su cuenta la tesis gaullista de la "conspiración" (¡según su versión, los conspiradores son los gaullistas!), reemplazando, de este modo, el análisis de la lucha de clases por el recurso a la demonología, debería recordar que el poder, que, según parece, quería, a cualquier precio, atraer a la clase obrera a la "trampa" de la "prueba de fuerzas", perdió el aliento buscando a los dirigentes sindicales para negociar la detención de la huelga a cambio de concesiones materiales bastante sustanciales.

Si la intención del gaullismo hubiera sido realmente la de provocar una prueba de fuerzas, su vía de actuación estaba clara: negarse al diálogo con los sindicatos mientras las fábricas siguieran ocupadas. La prueba de fuerza se hubiera hecho inevitable en un plazo de pocas semanas. ¡Sin embargo, se cuidó mucho de no cometer semejante locura, y con motivo! Su estimación de la relación de fuerzas *y de su deterioro constante desde el punto de vista de la burguesía* era más exacta que la que Waldeck-Rochet nos presenta hoy. Es decir, no buscaba la prueba de fuerzas, sino la finalización de la huelga, lo antes posible y al precio que fuera. Esto quiere decir que toda la tesis de la "trampa" no es más que un mito que tiene por objeto desviar la atención de los verdaderos problemas(13). Si, por lo demás, puede hablarse de un "plan" de de Gaulle, el del 30 de mayo es brillante: detener las huelgas lo antes posible, y luego ir a las elecciones. ¿Cuál fue la reacción de la dirección del PCF? ¿No cayó de cabeza en esa "trampa", hasta el punto de acusar a los huelguistas de "ayudar al régimen a evitar las elecciones"? ¿Y cuál fue el resultado?.

Por esto es que toda la casuística desarrollada para dilucidar si realmente el poder estaba vacante en mayo, y si de Gaulle había o no "manifestado su intención de retirarse y de dejar el puesto", está relacionada con los mismos métodos de pensamiento que sustituyen por la referencia a la conspiración, a la astucia y a los "provocadores" el análisis serio de las fuerzas sociales en presencia y de la dinámica de sus relaciones recíprocas.

Una "vacante de poder" no es ningún regalo que se reciba tal cual de la historia; esperarla pasivamente, o con campañas electorales, significa resignarse a no encontrársela jamás. Una "vacante de poder" no es más que el punto final de todo un proceso de deterioro de la relación de fuerzas para la clase dominante. Ni siquiera Kerensky manifestaba la menor "intención de retirarse y ceder el puesto" unas horas antes de la insurrección de octubre. Lo esencial es intervenir en la lucha de las masas de tal manera que se acelere incesantemente este deterioro de la relación de fuerzas contra el capital. Aparte de la estrategia orientada a arrebatar a la burguesía los poderes de hecho, la propaganda incansable de la revolución, aun cuando sus condiciones no estén aún completamente "maduras", constituye para ello una condición necesaria(14).

El problema estratégico central es, pues, realmente, el de romper el dilema: "O huelgas puramente reivindicativas, seguidas de elecciones (es decir, *business as usual*), o insurrección armada inmediata, con la condición de que la victoria esté asegurada por anticipado". Hay que entender que unas huelgas generales como las de diciembre de 1960-enero de 1961 en Bélgica, o la de mayo de 1968 en Francia –sobre todo si relacionadas con ellas aparecen nuevas formas de lucha radical de las masas–, pueden y deben desembocar en algo más que en aumentos salariales, aún cuando los preparativos para una insurrección armada no estén demasiado a punto. Pueden y deben desembocar en la conquista por las masas de nuevos poderes de control y de veto que creen una dualidad de poder, eleven la lucha de clases a su nivel más alto y exacerbado, y hagan madurar de este modo las condiciones para una toma revolucionaria del poder.

Admitamos que los estudiantes tuvieran realmente intenciones revolucionarias en mayo de 1968; pero ¿no se limitó la inmensa mayoría de los trabajadores a aceptar el carácter reivindicativo que los dirigentes sindicales imprimieron a la huelga?. Es de este modo que M.Duverger, Jean Dru y otros corean el análisis del PCF.

Espontaneidad de las masas, dualidad de poder y organización revolucionaria

Es realmente difícil saber qué pensaba realmente la masa de los trabajadores durante las jornadas de mayo; en efecto, no se le concedió la palabra. Hubiera sido fácil, sin embargo, averiguar sus preocupaciones, si realmente se hubiera deseado conocerlas. Hubiera bastado con reunir a los trabajadores en asambleas generales en las empresas, concederles ampliamente la palabra, decidir que las fábricas fueran ocupadas por toda la masa obrera, hacer que en ellas reinara la más amplia democracia obrera, reunirlos en todas las vicisitudes de la huelga; hubiera bastado, en suma, con crear, en el marco de esa huelga general, ese tipo de comités de huelga electos, con delegados revocables en todo momento; con ese tipo de contestación y de debate permanente bajo la mirada crítica de las masas que es el de los soviets, predicados para tales huelgas no sólo por Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, sino incluso por el Kautsky de 1918. Los dirigentes oficiales del movimiento obrero francés están muy por detrás de ese Kautsky(15).

El hecho de que los dirigentes sindicales se hayan esforzado por evitar a cualquier precio estas ocupaciones masivas y estas confrontaciones de ideas; el de que hayan intentado por todos los medios impedir el acceso a las fábricas a los portavoces de los estudiantes, indica que no estaban muy seguros de las reacciones de los trabajadores. El hecho de que los trabajadores convocados para ratificar el "protocolo de Grenelle" lo rechazaran por mayorías aplastantes constituye también un indicio de la voluntad instintiva de las masas de superar la fase de un movimiento puramente reivindicativo.

Cabe, por lo demás, plantearse esta pregunta: si es cierto que todo lo que deseaban los trabajadores era un aumento importante de los salarios, ¿por qué entraron espontáneamente en la vía de las ocupaciones de fábricas? Los trabajadores franceses han desarrollado distintos movimientos por aumentos salariales durante los últimos veinte años. Nunca esos movimientos tuvieron una

amplitud comparable con la de mayo de 1968; nunca sus formas de acción se aproximaron a las de mayo de 1968. Con la ocupación de fábricas; lanzándose a la calle a decenas y a veces a cientos de miles; izando banderas rojas en las empresas; expandiendo por todas partes consignas como "con diez años, ya basta"; "las fábricas a los obreros"; "poder obrero", "el poder a los trabajadores", la masa de los huelguistas expresaba unas aspiraciones que desbordaban ampliamente las reivindicaciones puramente salariales(16).

Pero existe una prueba aún mucho más convincente de que también los trabajadores querían ir más allá de una simple campaña rutinaria "por salarios y unas buenas elecciones". Se trata de su comportamiento en todas partes en que tuvieron ocasión de expresarse libremente, en que la pantalla burocrática se resquebrajó y cayó, en que pudieron desarrollarse iniciativas desde la base. Se está lejos de haber hecho un inventario completo de estas experiencias; pero su lista es ya impresionante:

–en la fábrica CSF, de Brest, los trabajadores decidieron continuar la fabricación, pero produjeron lo que ellos consideraron importante, en especial "walkie-talkies" que ayudaron a los huelguistas y a los manifestantes a defenderse contra la represión;

–en Nantes, el comité de huelga trató de controlar la circulación hacia la ciudad y hacia fuera de ella, distribuyendo permisos de circulación y bloqueando mediante barricadas los accesos a la ciudad. Parece, por lo demás, que este mismo comité emitió unos bonos de crédito que eran aceptados como moneda por ciertos comerciantes y agricultores;

–en Caen, el comité de huelga prohibió todo acceso a la ciudad durante veinticuatro horas;

–en las fábricas Rhône-Poulenc, en Vitry, los huelguistas decidieron establecer relaciones directas de intercambio con los agricultores, trataron de extender la experienciaa a otras empresas, y discutieron el paso a la "huelga activa" (es decir, a la reanudación del trabajo por cuenta de ellos y con sus propios planes), al mismo tiempo que llegaban a la conclusión de que sería preferible remitir esta experiencia al momento en que varias otras empresas los siguieran en esta vía(17);

–en Cementos de Mureaux, los obreros votaron en asamblea general la revocación del director. Se negaron a aceptar la propuesta patronal de votar nuevamente. El director en cuestión fue entonces enviado a una sucursal de la empresa, en la que, por solidaridad con los de Mureaux, los trabajadores desencadenaron de inmediato una huelga, la primera en la historia de esa fábrica;

–en Pilas Wonder, en Saint-Ouen, los huelguistas eligieron un comité de huelga en asamblea general, y, para manifestar su reprobación de la orientación reformista de la CGT, se encerraron con barricadas en su fábrica y prohibieron el acceso a ella a los responsables sindicales;

–en Saclay, los trabajadores del centro de energía nuclear confiscaron material de la fábrica para proseguir la huelga;

–en los astilleros de Rouen, los trabajadores tomaron bajo su protección a los jóvenes que vendían literatura revolucionaria, e impidieron el acceso a la fábrica de los CRS que les perseguían para detenerlos;

–en varias imprentas de París, los trabajadores o bien impulsaron la modificación de titulares *(Le Figaro)*, o bien se negaron a imprimir un diario *(La Nation)*, cuando su contenido era directamente perjudicial para la huelga;

–en París, el CLEOP (Comité de enlace estudiantes-obreros-campesinos) organizó convoyes de abastecimiento que se aprovisionaban en cooperativas agrícolas y distribuyeron los productos en las fábricas, vendiéndolos a precio de coste (pollos a veinticuatro céntimos de franco, huevos a once céntimos, por ejemplo); Serge Mallet(18) indica acciones del mismo género en el oeste de Francia;

–en la Peugeot, en Sochaux, los trabajadores construyeron barricadas contra la intrusión de los CRS y los echaron violentamente de la fábrica;

–en las fábricas Citroën, en París, se hizo una primera tentativa, modesta y embrionaria, de requisar camiones para el avituallamiento de los huelguistas;

–el caso tal vez más elocuente: en Astilleros del Atlántico, en Saint-Nazaire, los trabajadores ocuparon la empresa y se negaron, *durante diez días*, a presentar un cuaderno de reivindicaciones inmediatas, pese a la constante presión del aparato sindical(19).

Cuando esta lista quede completada, ¿cómo podrá discutirse el que exprese la tendencia espontánea de la clase obrera a tomar en mano su propia suerte y a reorganizar la sociedad según sus convicciones y su ideal? ¿Son ésas manifestaciones de una huelga puramente reivindicativa, de una huelga "cualquiera", o de una huelga cuya amplitud y cuya lógica empujaban a las propias masas a desbordar las reivindicaciones inmediatas(20)?

Se ha contrapuesto a este análisis el resultado de las elecciones legislativas y el auge gaullista que éste refleja. Pero se trata de unos análisis intensamente teñidos de cretinismo parlamentario, de ignorancia fingida de lo que representan unas elecciones en la democracia *burguesa*.

En la primera vuelta, la izquierda obtuvo el 41% de los votos, y los gaullistas el 44%. Pero si se toma en cuenta el elevado número de trabajadores que esta vez se abstuvieron por asco de la política de las grandes organizaciones obreras, sin dejar por ello de permanecer disponibles para la acción; si se toman en cuenta los cientos de miles de jóvenes que estaban en la vanguardia del movimiento de mayo de 1968, pero que están desprovistos de derecho de voto en un sistema electoral antidemocrático –y también debido a la negativa a poner al día las listas electorales, negativa que privó del derecho de voto a los que habían alcanzado recientemente la mayoría de edad–, puede presumirse, sin exageración, que, incluso después de la inmensa decepción del 30 de mayo, las fuerzas de la izquierda y del gaullismo estaban equilibradas en el seno del fueblo francés.

Ahora bien, este equilibrio se daba tras una maniobra victoriosa del gaullismo y de un fracaso táctico lamentable de la izquierda, que había aceptado las reglas de juego prescritas por el enemigo de clase: detener la huelga sobre una base puramente reivindicativa; aceptar de hecho la represión contra la extrema izquierda; remitirse a las elecciones para dirimir los problemas vitales levantados por mayo de 1968. ¿Puede dudarse por un solo instante que si la iniciativa hubiera permanecido del lado de la izquierda, si ésta hubiera podido hacer que fructificara el enorme capital de combatividad, de entusiasmo y de generosidad acumulado durante las cuatro semanas de mayo, y hubiera impuesto el control obrero, comités de fábrica y de barrio elegidos democráticamente, federados a nivel local y regional y confederados a escala nacional, piquetes de huelga armados, imprentas a disposición del pueblo, y todo eso además de la satisfacción de las reivindicaciones inmediatas, puede dudarse que entonces el 45% de la nación francesa que la izquierda representaba, pese a todo, la noche del 23 de junio, se hubiera convertido, en un espacio de días, en más del 50%?.

Toda la historia contemporánea lo atestigua: si bien el "miedo a la guerra ci-

vil" es un móvil de opción política para las clases medias y las "capas flotantes del electorado", por otro lado la inclinación a pasarse al campo del más fuerte, la tentación de subirse al carro que va en dirección a la victoria, el atractivo de la iniciativa más resuelta y enérgica, pesan en la balanza de un modo mucho más decisivo(21). En este sentido, de Gaulle había ganado la batalla ya en la noche del 30 de mayo, no tanto reagrupando al "partido del miedo" como ganando por la mano a sus adversarios políticos, marcados por las dudas, el inmovilismo y el espíritu de capitulación.

Se ha objetado a menudo a la estrategia de reformas de estructura anticapitalistas, a la estrategia del programa de transición que nosotros preconizamos, que sólo es eficaz si la aplican las grandes organizaciones obreras, sindicales y políticas. Sin el dique que tan sólo estas organizaciones pueden levantar contra la infiltración permanente de la ideología burguesa y pequeñoburguesa en el seno de la clase obrera, ésta estaría actualmente condenada a limitarse a luchas reivindicativas. La experiencia de mayo de 1968 ha desmentido totalmente este diagnóstico pesimista.

Sin duda, la existencia de sindicatos y de partidos de masas no integrados al régimen capitalista, que educaran incesantemente a los trabajadores en un espíritu de desafío y de cuestionamiento global frente a ese régimen, sería una baza enorme para acelerar la maduración de la conciencia de clase revolucionaria en el seno de los trabajadores –y eso aunque esos sindicatos y partidos no fueran instrumentos adecuados para la conquista del poder–. Pero la experiencia de mayo de 1968 ha demostrado que incluso estando ausente una vanguardia revolucionaria de masas esta toma de conciencia acaba, de todos modos, por irrumpir en el seno del proletariado, porque está alimentada por toda la experiencia práctica de las contradicciones neocapitalistas que los trabajadores acumulan día tras día a lo largo de los años.

La espontaneidad es la forma embrionaria de la organización, decía Lenin. La experiencia de mayo de 1968 permite precisar de dos modos la actualidad de esta idea. La espontaneidad obrera no es jamás una espontaneidad pura; en el seno de las empresas actúan los fermentos de los grupos de vanguardia –a veces un solo militante revolucionario curtido– cuya tenacidad y paciencia se ven recompensadas precisamente en esos momentos de fiebre social que llega a su paroxismo. La espontaneidad obrera desemboca en la organización de una vanguardia más amplia porque en el plazo de unas pocas semanas millares de trabajadores han comprendido la posibilidad de la revolución socialista en Francia. Han comprendido que deben organizarse con este fin, y tejen mil lazos con los estudiantes, con intelectuales, con los grupos revolucionarios de vanguardia, que, poco a poco, van dando forma al futuro partido revolucionario de masas del proletariado francés, del que la JCR(22) se muestra ya desde ahora como su núcleo más sólido y dinámico.

No somos plácidos admiradores de la pura y simple espontaneidad obrera. Aún cuando ésta se revalorice, inevitablemente, ante el conservadurismo de los aparatos burocráticos(23), choca, sin embargo, con unos límites evidentes ante un aparato de Estado y una máquina represiva altamente especializados y centralizados. En ninguna parte ha logrado aún la clase obrera derribar espontáneamente el régimen capitalista y el Estado burgués en un territorio nacional; y sin duda jamás lo conseguirá. Incluso la extensión de órganos de dualidad de poder a todo un país de las dimensiones de Francia es, si no imposible, sí al menos enormemente difícil en ausencia de una vanguardia ya lo bastante implantada en las empresas como para poder generalizar rápidamente las iniciativas de los trabajadores de algunas fábricas piloto.

Por otra parte, no tiene ninguna ventaja el exagerar la amplitud de la iniciativa espontánea de las masas trabajadoras en mayo de 1968. Esta estaba presente en todas partes, *en potencia;* no se hizo realidad más que en una serie de casos limitados, tanto al nivel de desencadenamiento de ocupaciones de fábricas como al de las iniciativas de dualidad de poder antes mencionadas. Los estudiantes en acción escaparon, en su gran mayoría, a los intentos de canalización hacia vías reformistas; los trabajadores, una vez más, se han dejado canalizar en su mayoría. No hay que echárselo en cara; la responsabilidad la tienen los aparatos burocráticos que se han esforzado durante años en ahogar en su seno todo espíritu crítico, toda manifestación de oposición respecto a la orientación reformista o neorreformista, todo resto de democracia obrera. La victoria política gaullista de junio de 1968 es el precio que paga el movimiento obrero por estas relaciones aún no trastocadas entre la vanguardia y la masa en el seno del proletariado francés.

Pero si bien es cierto que mayo del 68 ha permitido verificar una vez más la ausencia de una dirección revolucionaria adecuada y las consecuencias inevitables que de ello se desprenden para el éxito del ascenso revolucionario, por otra parte la experiencia permite también entrever –por primera vez en Occidente desde hace más de treinta años– las dimensiones reales del problema y sus vías de solución. Lo que faltó en mayo de 1968 para que se produjera una primera incursión decisiva hacia la dualidad de poder –para que Francia conociera, salvando las proporciones, su febrero de 1917– fue una organización revolucionaria no más numerosa en las empresas de lo que era ya en las universidades. En ese momento preciso, y en esos sitios, unos núcleos reducidos de obreros, articulados, armados de un programa y de un análisis político correctos, y capaces de hacerse oír, hubieran bastado para impedir la dispersión de los huelguistas, para imponer en las principales fábricas del país la ocupación de masas y la elección democrática de los comités de huelga. Esto no hubiera sido, desde luego, ni la insurrección ni la toma del poder. Pero se hubiera girado una página decisiva de la historia de Francia y de Europa. Todos aquellos *que creen posible y necesario el socialismo* deben actuar de modo que sea girada la próxima vez.

Participación, autogestión, control obrero

Para conquistar el poder se necesita una vanguardia revolucionaria que haya convencido ya a la mayoría de los asalariados de la imposibilidad de ir al socialismo por vía parlamentaria, que sea ya capaz de movilizar a la mayoría del proletariado bajo su bandera. Si el PCF hubiera sido un partido revolucionario –es decir, si hubiera educado a los trabajadores en ese mismo espíritu incluso en los períodos en que la revolución no estaba a la orden del día, incluso en las fases contrarrevolucionarias, tal como dice Lenin–, entonces en abstracto, esta toma del poder hubiera sido posible en mayo de 1968. Sólo que entonces muchos de los supuestos hubieran sido muy distintos de la realidad de mayo de 1968.

Dado que el PCF no es un partido revolucionario, y dado que ningún grupo de vanguardia dispone todavía de audiencia suficiente en la clase obrera, mayo del 68 no podía terminar en una toma del poder. Pero una huelga general con ocupación de fábricas puede y

debe terminar con la conquista de reformas de estructura anticapitalistas, con la realización de reivindicaciones transitorias, es decir, con la creación de una dualidad de poder, de un poder de hecho de las masas opuesto al poder legal del capital. Para la realización de una dualidad de poder no resulta indispensable un partido revolucionario de masas; basta con un poderoso empuje espontáneo de los trabajadores, estimulado, enriquecido y parcialmente coordinado por una vanguardia revolucionaria organizada, aún demasiado débil para disputar directamente la dirección del movimiento obrero a los aparatos tradicionales, pero ya lo bastante fuerte para desbordarla en la práctica.

Esta vanguardia organizada no es aún un partido; es un partido en devenir, el núcleo de un futuro partido. Y si bien los problemas de construcción de ese partido se sitúan, a grandes rasgos, en un marco análogo al esbozado por Lenin en *¿Qué hacer?,* su solución tiene que estar enriquecida por sesenta años de experiencia y por la incorporación de todas las particularidades que caracterizan hoy al proletariado, a los estudiantes y a las demás capas explotadas de los países imperialistas.

Hay que tener en cuenta que, históricamente, esta tentativa será la tercera –tras haber fracasado las de la SFIO y el PCF–, y que los fracasos del pasado inculcan a los trabajadores y a los estudiantes una acentuada –y justificada– desconfianza respecto a todo intento de manipulación, a todo dogmatismo esquemático, a todo esfuerzo por *sustituir* los objetivos que las masas se asignan a sí mismas por objetivos teledirigidos. Por el contrario, la capacidad de apoyar y ampliar todo movimiento parcial por objetivos justos, de mostrarse como el mejor organizador de todos estos combates parciales y sectoriales, es lo que da al militante revolucionario (y a su organización) la autoridad necesaria para integrarlos a una acción anticapitalista de conjunto.

Se ha denunciado el carácter falsificador del movimiento gaullista de la "participación" lo bastante para que no sea necesario extenderse demasiado al respecto. Mientras subsista la propiedad privada de los principales medios de producción, la irregularidad de las inversiones provoca inevitablemente unas fluctuaciones cíclicas de la actividad económica, es decir, el paro. Mientras la producción sea, en lo esencial, una producción para el beneficio, no estará orientada a satisfacer ante todo las necesidades de los hombres, sino que se orientará hacia los sectores que den mayor beneficio (así sea "manipulando" la demanda). Mientras en la empresa el capitalista y su director conserven el derecho de mandar sobre los hombres y las máquinas –y, desde de Gaulle hasta Couve de Murville, todos los paladines del régimen han precisado claramente que ni por un instante han pensado en poner en tela de juicio ese poder–, el trabajador seguirá estando alienado en el proceso de producción.

Si sumamos estas tres características del régimen capitalista, obtendremos la imagen de una sociedad en la que subsisten los rasgos fundamentales de la condición proletaria. Subsiste la inseguridad de la existencia. Subsiste la alienación del productor. La del consumidor incluso aumentará. La venta de la fuerza de trabajo desembocará, como antes, en la aparición de una plusvalía y en la acumulación de un capital que es propiedad de una clase distinta a aquella que la ha engendrado con su trabajo(24). Dentro de estos límites, una "participación" equivale, en suma, a un intento de acentuar la alienación, de hacer perder a los trabajadores la conciencia de estar explotados, sin suprimir la alienación misma. Los proletarios tendrán el derecho a ser consultados sobre cuántos de ellos serán despedidos. ¡Felices las gallinas que participan en la selección de los procedimientos que se emplearán para desplumarlas!.

Deshacer el engaño de los parloteos sobre la "participación", sin embargo, no basta. No es casual que esa demagogia haya surgido con ocasión de la crisis de mayo. Expresa, por parte del régimen, una toma de conciencia de la agudeza de las contradicciones sociales en la Francia neocapitalista, un presentimiento de su carácter explosivo durante todo un período histórico. Si no, ¿cómo explicar que fuerzas importantes del gran capital se vean obligadas a utilizar unos argumentos que pudieron ahorrarse incluso en 1936 y en 1944-45?. Es chocante el paralelismo entre la socialdemocracia alemana luchando contra Spartakus, los consejos de obreros y soldados, en enero de 1919, bajo la consigna "la socialización está en marcha", y de Gaulle intentando encauzar la revolución que asciende desde abajo insinuando que se dispone a realizar una revolución desde arriba, en orden y tranquilidad, naturalmente.

La explosión de mayo ha planteado de golpe, ante toda la sociedad francesa, la cuestión social de nuestra época en los países imperialistas. ¿Quién mandará sobre las máquinas? ¿Quién decidirá las inversiones, su orientación, su localización? ¿Quién determinará el ritmo de trabajo? ¿Quién elegirá el abanico de productos a fabricar? ¿Quién establecerá las prioridades en el empleo de los recursos productivos de que dispone la sociedad?. Pese al intento de reducir la huelga general a un problema de retribución de la fuerza de trabajo, la realidad económica y social obliga y seguirá obligando a todo el mundo a discutir el problema fundamental, tal como Marx lo formuló: no sólo aumentos de salarios, sino supresión del salariado.

Los socialistas revolucionarios no podrán dejar de alegrarse. Este giro de acontecimientos confirma lo que llevan proclamando desde hace años, es decir, que la lógica de la economía neocapitalista y de las luchas de clases amplificadas desplazará cada vez más el centro de gravedad de los debates y de la acción de los problemas del mantenimiento o derrocamiento de las estructuras capitalistas en la empresa, en la economía y en toda la sociedad burguesa.

En el curso de la crisis de mayo, la consigna de "autogestión" se lanzó desde diversos lados. Como consigna de propaganda general, no hay nada que objetarle, a condición, eso sí, de que se reemplace "autogestión delas empresas" por "autogestión de los trabajadores", y que se precise que esta última implica el advenimiento de una planificación democráticamente centralizada de las inversiones y algunas garantías suplementarias; de no ser así, el "productor desproletarizado" puede volver a verse siendo un Juan Lanas como antes, y podrá convertirse en parado de la noche a la mañana(25).

Pero como objetivo inmediato de acción, y al margen de las situaciones preinsurreccionales en las que se plantea el derrocamiento inmediato del régimen capitalista, y especialmente en la forma en que fue utilizada algunas veces por dirigentes de la CFDT, esta consigna encierra una peligrosa confusión. La autogestión de los trabajadores presupone el derrocamiento del poder del capital, en las empresas, en la sociedad, y desde el punto de vista del poder político. Mientras ese poder subsista, no sólo es una utopía el pretender transferir el poder de decisión a los trabajadores, fábrica a fábrica (¡como si las decisiones estratégicas de la economía capitalista contemporánea se tomaran a ese nivel y no al de los bancos, los trusts, los monopolios y el Estado!); es, también, una utopía reaccionaria, ya que tendería, si por casualidad encontrara un comienzo de institucionalización, a transformar a

los colectivos de obreros en cooperativas de producción que se verían obligadas a sostener una competencia con las empresas capitalistas y a someterse a las leyes de la economía capitalista y a los imperativos del beneficio. Se hubiera llegado, dando un rodeo, al mismo resultado que aquél al que apunta la "participación" gaullista: quitar a los trabajadores la conciencia de estar explotados sin eliminar las causas esenciales de esa explotación.

La respuesta inmediata que tanto los acontecimientos de mayo como el análisis socioeconómico del neocapitalismo sugieren ante el problema del cuestionamiento del marco capitalista de la empresa y de la economía no puede ser, pues, ni la de "participación" (abierta colaboración de clase), ni la de "autogestión" (integración indirecta en la economía capitalista), sino la de *control obrero*. El control obrero es, para los trabajadores, el equivalente exacto de lo que representa para los estudiantes la contestación total.

Control obrero significa afirmación por parte de los trabajadores de la negativa a permitir que la patronal disponga libremente de los medios de producción y de la fuerza de trabajo. La lucha por el control obrero es la lucha por un derecho de veto de unos representantes libremente elegidos por los trabajadores y revocables en todo momento(26) sobre la contratación y los despidos, sobre los ritmos de las cadenas, sobre la introducción de nuevas fabricaciones, sobre el mantenimiento o la supresión de toda fabricación, y, evidentemente, sobre el cierre de las empresas. Es la negativa a discutir con la patronal o el gobierno en su conjunto sobre el reparto de la renta nacional mientras los trabajadores no hayan obtenido la posibilidad de desenmascarar la forma en que los capitalistas marcan las barajas cuando hablan de precios y beneficios. Es, en otros términos, la apertura de los libros de contabilidad patronales y el cálculo por los trabajadores de los auténticos precios de coste y de los verdaderos márgenes de beneficios.

El control obrero no debe concebirse como un esquema hecho una vez por todas que la vanguardia trata de insertar en el desarrollo real de la lucha de clases. La lucha por el control obrero –con la que se identifica en una amplia medida la estrategia de las reformas de estructura anticapitalistas, la lucha por el programa de transición– debe, por el contrario, entrar en todas las sinuosidades de las preocupaciones inmediatas de las masas, surgir y resurgir una y otra vez de la realidad cotidiana vivida por los trabajadores, las amas de casa, los estudiantes, los intelectuales revolucionarios.

¿Implica el alza de salarios conquistada en mayo de 1968, "necesariamente", una elevación de los precios de coste? ¿Hasta qué punto? ¿La elevación de los precios al pormenor es realmente resultado de esta elevación de las remuneraciones(27)? ¿No estará tratando la patronal de "recuperar las pérdidas causadas por las huelgas" mediante una aceleración de los ritmos, es decir, no tratará de restablecer su tasa de ganancia mediante el aumento de la plusvalía relativa? ¿Quién es el responsable de la hemorragia de reservas de cambio que ha sufrido Francia en un plazo de pocos días? No serán, imaginamos, los trabajadores, ni siquiera los "grupúsculos izquierdistas", los que han transferido miles de millones de francos a Suiza y a otras partes. Es en base a estas cuestiones, y a cuestiones análogas suscitadas por la realidad cotidiana, que puede constantemente ampliarse, actualizarse y perfeccionarse la agitación por el control obrero.

El objetivo no es crear nuevas instituciones en el marco del régimen capitalista. El objetivo es elevar el nivel de conciencia de las masas, su combatividad, su capacidad de replicar golpe a golpe ante cada medida reaccionaria de la patronal o el gobierno, cuestionar, no de palabra, sino con actos, el funcionamiento del régimen capitalista. Así será como se afianzará la insolencia revolucionaria de las masas, su resolución de echar a un lado el "orden" y la "autoridad" capitalistas para crear un orden superior, el orden socialista de mañana, dentro de un celoso respeto por la democracia de los trabajadores. Es en la medida en que se generalice la lucha por el control obrero; en que se amplíe incesantemente la prueba de fuerza con la patronal, con la consiguiente toma de conciencia revolucionaria de las masas; en que surjan por todos lados organismos de dualidad de poder, es en esta medida que el paso de la "ocupación pasiva" a la "ocupación activa', es decir, la reanudación de la economía bajo la gestión de los trabajadores mismos, adquiere un sentido no simbólico, sino real, es en esta medida que desaparecerá el peligro de "institucionalización" de las fábricas autogestionadas en el marco del régimen capitalista y que podrá un congreso de comités elegidos por los trabajadores tomar en sus manos la organización económica del nuevo poder, encarnando, al mismo tiempo, al nuevo poder en el plano político. Mayo de 1968 ha tenido el mérito histórico de demostrar que la lucha por este control obrero, que el nacimiento de la dualidad de poder, a partir de las entrañas mismas de las contradicciones neocapitalistas y de la iniciativa creadora de las masas, son posibles y necesarios en toda la Europa capitalista(28). Una etapa posterior contemplará su florecimiento, es decir, pondrá a la orden del día la incursión al socialismo, a la desalienación del hombre. Estamos en el comienzo; prosigamos el combate.

NOTAS

(1). Toda lista de artículos y libros referidos a este debate sería necesariamente incompleta. Recordemos, tan sólo para refrescar la memoria, los artículos aparecidos en Les Temps modernes *de agosto-septiembre de 1964 (Mandel, Santi, Poulantzas, Declercq-Guiheneuf, Tutino, Ingrao, Trentin, Anderson, Topham, Liebman); en la* Revue internationale du socialisme, *n° 7, 8, 9 y 10, 2° año (1963) (Prager, Basso, Herkommer, Therborn, Marchal, J.M. Vincent, Marcuse, Mallet, Mandel, Gorz, Topham); los libros de André Gorz, de Serge Mallet, de Pierre Naville, de Ken Coates, de Livio Maitan, de Jean Dru; el coloquio del Instituo Gramsci y del CES, etc.*

(2). Los elementos "históricos" incorporados al valor de la fuerza de trabajo –por volver al vocabulario de Marx– más allá de los elementos puramente fisiológicos, tienden a aumentar, y por ello mismo, los salarios reales, aun cuando estén en alza, pueden caer por debajo de este valor.

(3). Se menciona a menudo la supresión de las mediaciones entre el poder y el pueblo, provocada por el advenimiento del gaullismo, como una de las causas lejanas de la explosión de mayo. Más allá de este fenómeno particular de Francia, hay que encontrar los rasgos generales propios del neocapitalismo mismo.

(4). Esto se ha verificado incluso en Alemania occidental en 1967, año marcado por un auge excepcional de las huelgas salvajes. La más importante de las huelgas "oficiales" de ese año, la de los obreros del caucho de Hesse, empezó como huelga salvaje.

(5). Ernest Mandel, "Une stratégie socialiste pour l'Europe occidentale" en Revue internationale du socialisme, *2° año, n° 9, pp. 286-287.*

*(6). Waldeck-Rochet afirma, en su informe ante el comité central del PCF del 8-9 de julio de 1968 (*L'Humanité, *10 de julio de 1968), que «la segunda de nuestras tareas es la defensa de las libertades democráticas contra las tendencias autoritarias y fascistas que irán*

fortaleciéndose». ¿A qué se debe, entonces, que el PCF no dijera ni una palabra en protesta contra la prohibición de las organizaciones de extrema izquierda, y que incluso le ofreciera al gobierno el pretexto para esta prohibición, siendo el primero en hablar de "las milicias armadas de Geismar"?. La historia del movimiento obrero y democrático demuestra, sin embargo, que una represión tolerada contra la extrema izquierda se extiende progresivamente a toda la izquierda. Los dirigentes socialdemócratas pudieron meditar, en los campos de concentración nazis, sobre la cordura política que consistía en aceptar las medidas anticomunistas bajo el pretexto de que "la violencia comunista" provocaría "objetivamente" la represión fascista.

(7). Lenin, Oeuvres choisies, en dos vols., ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1946, t. I, p. 542 ("Las enseñanzas de la insurrección de Moscú"): "Las formas esenciales del movimiento de diciembre, en Moscú, han sido la huelga pacífica y las manifestaciones . La inmensa mayoría de los obreros no han participado activamente más que en estas dos formas de lucha. Pero precisamente el movimiento de diciembre, en Moscú, ha demostrado espectacularmente que la huelga general, como forma independiente y principal de lucha, ha quedado superada; que el movimiento desborda con una fuerza instintiva, irresistible, estos marcos demasiado estrechos, dando origen a la forma superior de la lucha: la insurrección".

(8). Desde el inicio de las ocupaciones de empresas, las fuerzas de represión intentaron recuperar algunos puntos estratégicos ocupados por los huelguistas, como el centro de telecomunicaciones. Un movimiento obrero al que los acontecimientos no hubieran tomado desprevenido hubiera sabido defender estas posiciones clave, logradas sin ninguna dificultad, y partir de esas provocaciones del poder para hacer que las masas fueran aceptando progresivamente la idea de un armamento defensivo de los piquetes de huelga. El «miedo a la guerra civil» hubiera sido reemplazado por la voluntad de autodefensa.

(9). Admírese la fuerza del argumento. La especie de "revolución pacífica" que espera la dirección del PCF es, sin duda, una revolución en la que, desde un comienzo, "las fuerzas militares y represivas" se evaporen por ensalmo o... estén del lado del pueblo. Esperaremos con impaciencia que Waldeck-Rochet nos notifique esa transustanciación milagrosa de un ejército burgués y de una fuerza de represión en pura nada o en "ejército del pueblo", sin previa lucha, sin medios necesariamente revolucionarios para la desintegración de ese ejército. Cf. Lenin: «Es imposible, según se nos dice, luchar contra un ejército moderno; es preciso que el ejército se haga revolucionario. Desde luego, si la revolución no se gana a las masas y al ejército mismo, no puede ni pensarse en una lucha seria. Pero no hay que imaginar este cambio súbito de la tropa como un acto simple y aislado, que resulte de la persuasión por un lado, y, por otro, del despertar de la conciencia. La insurrección de Moscú demuestra, con toda evidencia, hasta qué punto esa concepción es rutinaria y estéril. En realidad, la indecisión de la tropa, inevitable en todo movimiento verdaderamente popular, conduce, cuando la lucha revolucionaria se intensifica, a una verdadera lucha por la conquista del ejército. La insurrección de Moscú nos presenta, precisamente, la lucha más implacable, y enconada de la reacción y de la revolución por conquistar el ejército» (op. cit., pp. 545-46).

(10). L'Humanité, 10 de julio de 1968.

(11). Es significativo, al respecto, que la dirección de la CGT no proclamara en ningún momento la huelga general, contentándose con afirmar que ésta "era un hecho". En realidad, la proclamación de la huelga general implicaba la formulación de objetivos que desbordaban los de una lucha reivindicativa, e implicaba (dentro de la tradición leninista) que se reconociera que estaba planteada la cuestión del poder. En 1960-61, en Bélgica, ante una huelga que era, sin embargo, mucho menos dura que la de Francia en mayo de 1968, y sin ocupación de fábricas, el PC criticaba a la dirección sindical socialdemócrata por no proclamar la huelga general. Lo que ocurriría era que en Bélgica el PC no es más que una minoría bastante pequeña en el seno del movimiento sindical.

(12). Waldeck-Rochet afirma, también: «La condición del éxito de la vía pacífica es que la clase obrerra, gracias a una correcta política de alianzas, logre agrupar, en la lucha por el socialismo, una superioridad de fuerzas tal que la gran burguesía, aislada, no esté ya en condiciones de recurrir a la guerra civil contra el pueblo». Todo el cretinismo reformista se manifiesta en estas palabras: la "superioridad de fuerzas" no se mide ya por la amplitud de la movilización, la iniciativa, la audacia, la energía del proletariado, sino tan sólo por la desaparición de la voluntad de resistencia del adversario. ¡Mientras la burguesía sea capaz de "recurrir a la guerra civil", mejor no abrir boca! Con semejante estado de espíritu, ni la revolución rusa, ni la revolución yugoslava, ni la revolución china, por no hablar de la revolución cubana o de la revolución vietnamita, se hubiera emprendido nunca. Dicho sea de paso, ese ánimo apocado es el mejor aliento para que la burguesía desencadene su guerra civil. La socialdemocracia se anuló ante Hitler con argumentos de esa especie, y en Grecia fue la misma mentalidad la que permitió que los coroneles tomaran el poder sin encontrar seria resistencia.

(13). Cuando de Gaulle le dio la vuelta a la situación, el 30 de mayo, al aceptar los dirigentes del movimiento obrero el repliegue a "vías parlamentarias", le fue posible, evidentemente, endurecer la presión de las fuerzas represivas. Pero incluso entonces los casos de Flins y de Sochaux demostraron cuáles eran las posibilidades de réplica obrera. El "espectro de la guerra civil" es utilizado tanto por el régimen como por la dirección del PCF para velar la situación real y sus posibilidades, las de la dinámica de una política de autodefensa popular. Unas fuerzas represivas extenuadas por combates incesantes contra los estudiantes, que empezaron a extenderse a un número de ciudades cada vez mayor; las vacilaciones del régimen para movilizar al ejército estacionado en Francia (y acuartelado durante las semanas decisivas); la posibilidad de transformar a varios cientos de empresas en bastiones que resistieran ante los CRS y protegieran a los manifestantes, he aquí cuáles eran los supuestos del problema. ¿Cuáles hubieran podido ser, en esas condiciones concretas, las posibilidades y objetivos de una intervención de los paracaidistas, en plena huelga general y ante un proletariado que tenía en sus manos la prenda suprema de todo el aparato productivo del país? La experiencia de julio de 1936 en España, cuando una intervención del ejército fue aplastada, en pocos días, en prácticamente todos los centros proletarios, por trabajadores resueltos, está llena de enseñanzas. La Francia de 1968 está lejos de tener tantas regiones atrasadas, base de repliegue del fascismo, como tenía España en 1936. La Europa de 1968 no tiene nada en común con la Europa de 1936. Las clases medias francesas no estaban demasiado dispuestas a aceptar una dictadura sangrienta. ¿Quién puede creer que de Gaulle no hizo todos sus cálculos y que se hubiera atrevido a emitir sus amenazas si no hubiera estado seguro de que sus adversarios retrocederían en vez de replicarle?.

(14). «Kautsky no comprende en absoluto algo tan cierto como que aquello que distingue al marxista revolucionario del vulgo y del pequeño burgués es que sabe predicar a las masas ignorantes la necesidad de la revolución que está madurando demostrar su llegada ineluctable, explicar su utilidad para el pueblo, preparar para ella al proletariado y a todas las masas trabajadoras y explotadas». (Lenin, La revolución proletaria y el renegado Kautsky).

(15). Lenin, ibid., citando a Kautsky, que escribía: «Contra las fuerzas colosales de que dispone el capital financiero en los terrenos económico y político, los viejos métodos de lucha económica y política del proletariado demuestran en todas partes ser insuficientes... La organización soviética es uno de los fenómenos más importantes de nuestra época. Promete adquirir una importancia primordial en las grandes batallas decisivas que se avecinan entre el capital y el trabajo».

(16). Citemos una vez más a Lenin. «¡Y qué vergüenza para la socialdemocracia serán, siempre estos discursos sobre la conspirarción (cf. la "aventura izquierdista", E.M.) con ocasión de un movimiento popular de la amplitud de la insurrección de diciembre en Moscú», Lenin, Informe sobre el Congreso de unificación del POSDR, junio de 1906.

(17). Señalemos que los mismos obreros entraron espontáneamente en contacto con distintas fábricas químicas de Europa occidental, demostrando mayor espíritu de iniciativa y mayor "conciencia europea" que todas las direcciones sindicales europeas juntas. La



FIOM-CISL (federación internacional de obreros metalúrgicos, parte de la conferencia internacional de sindicatos libres a la que están adheridos el DGB alemán, la FGTB belga, las Trade-Unions británicas, en particular), que estaba en congreso cuando se produjeron los acontecimientos de mayo, no llevó su solidaridad más allá de la concesión de un apoyo de... ¡10.000 dólares a los huelguistas! (0,1 centavos por huelguista).

(18). Militante del PSU, autor de un libro sobre el "poder obrero", Payot, 1969.

(19). Como fuente de estas diversas informaciones, véase en particular Le Monde, *29 de mayo de 1968;* Le Figaro, *30 de mayo de 1968;* La Nouvelle Avant-Garde, *junio de 1968;* Le Nouvel Observateur, *19 de junio y 15 de julio de 1968; "Mai 1968, première phase de la révolution socialiste française" (Mayo de 1968, primera fase de la revolución socialista francesa), número especial de la revista* Quatrième Internationale, *mayo-junio de 1968, etc.*

(20). Waldeck-Rochet cita a Lenin: «Decir que toda huelga es un paso hacia la revolución socialista es una frase completamente colgada en el aire». Quedamos confundidos ante la magnitud del sofisma. ¿Pretende insinuar Waldeck-Rochet que Lenin escribió: «Decir que una huelga de diez millones de trabajadores con ocupación de fábricas es un paso hacia la revolución socialista es una frase completamente colgada en el aire?» ¿Lenin, el mismo que escribió que una huelga general plantea la cuestión del poder, la cuestión de la insurrección?.

(21).«[Los representantes de la II Internacional y los socialdemócratas independientes, E.M.] olvidan que la dominación de los partidos burgueses se basa en gran parte en el engaño, con el que inducen a error a amplias capas de la población; en la presión del capital. Además, se engañan a ellos mismos en cuanto a la naturaleza del capitalismo... «Que la mayoría de la población se pronuncie en favor del partido del proletariado, en las condiciones del mantenimiento de la propiedad privada, es decir, manteniéndose la dominación y la presión del capital, y tan sólo entonces ese partido puede y debe tomar el poder»: he aquí el lenguaje de los demócratas pequeñoburgueses verdaderos lacayos de la burguesía, que se hacen llamar "socialistas".
«Que el proletariado revolucionario derribe primero a la burguesía, rompa la presión del capital, destruya el aparato de Estado burgués, y entonces el proletariado victorioso se ganará rápidamente la simpatía y el apoyo de la mayoría de las masas trabajadoras no proletarias, satisfaciendo a esas masas a expensas de los explotadores: he aquí lo que nosotros respondemos». (Lenin, Las elecciones a la Constituyente y la dictadura del proletariado, *16 de diciembre de 1919).*

(22). Juventud Comunista Revolucionaria, disuelta en junio del 68. Muchos de sus militantes volvieron a reunirse para fundar el semanario "Rouge", en septiembre de 1968, y luego la Liga Comunista en 1969.

(23). No podemos analizar aquí las raíces materiales y sociales del conservadurismo de los PC de masas en Francia y en Italia. Estas raíces son, en parte, idénticas a las de la socialdemocracia clásica, y, en parte, distintas. Baste, por ahora, con una observación en el plano "ideológico": no se puede educar impunemente a un aparato, durante más de dos decenios, en el espíritu de la "nueva democracia" y de las "vías pacíficas y parlamentarias al socialismo" sin que tal aparato no quede completamente desorientado y desarmado cuando se ve confrontado con un impulso revolucionario de amplias masas que rompa el yugo de la "legalidad" y del parlamentarismo burgués.

(24). No insistamos en el carácter falseador de la "participación en los beneficios", variante gaullista del "capitalismo popular", tan grato a los capitalistas norteamericanos y alemanes occidentales. No eliminaría la condición proletaria más que si liberara al trabajador de la obligación que se le impone de vender su fuerza de trabajo, es decir, más que si ello le permitiera hacerse con una fortuna que le garantizara la subsistencia. Un capitalismo que llegara a semejante resultado se negaría a sí mismo, ya que dejaría de encontrar mano de obra para explotar en sus empresas.

(25). El ejemplo yugoslavo demuestra que una autogestión limitada al nivel de la empresa se ve acompañada por un excesivo florecimiento de la economía de mercado, y bajo el pretexto de proteger al trabajador contra la "centralización" (como si la autoridad de un congreso nacional de consejos obreros –de soviets–, reunido en permanencia y que respete escrupulosamente la democracia obrera, no pudiera servir de medio de lucha eficaz contra la burocracia) puede llegar a hacer que aumente tanto la desigualdad social como la fuerza de la burocracia y los sinsabores de los trabajadores (incluyendo los despidos y el paro masivo).

(26). Varios comités de huelga –en especial los de las galerías Lafayette y los de las fábricas Rhône-Poulenc, en la región parisina– se eligieron bajo el régimen de revocabilidad de sus miembros al arbitrio de los electores.

(27). El economista norteamericano Galbraith, que no tiene un pelo de marxista, señala que los trusts norteamericanos de la siderurgia tienen por costumbre demorar hasta después de las huelgas los aumentos de precios previstos, con objeto de endosar la responsabilidad a los "excesivos aumentos salariales".

(28). Nos falta espacio para tratar las implicaciones y consecuencias de la explosión de mayo de 1968 en el plano internacional europeo y extraeuropeo. Señalemos, sin embargo, el modo unánime con que el capital internacional voló en ayuda de de Gaulle durante los días decisivos, pese a todas sus diferencias con los anglosajones; y, en contrapartida, el lamentable espectáculo de la total impotencia del movimiento sindical y obrero oficial para organizar ni una sola acción de solidaridad con la huelga general más amplia que Occidente haya conocido en varios decenios.

Cronología

1967

1 de enero. Los periódicos de la República Popular China, *"Bandera Roja"* y *"El periódico del pueblo"* anuncian el *"ataque general"* contra los que, dentro del partido, adoptan la vía del capitalismo.

5 de febrero. Proclamación de una comuna popular en Shangai. La ciudad queda bajo el control de los partidarios de la "Revolución Cultural".

10 de febrero. Kosyguin denuncia el *"régimen dictatorial"* de Mao.

21 de abril. Golpe de estado militar en Grecia.

5-10 de junio. Guerra de los seis días: victoria de Israel que ocupa el Sinaí, Jerusalen, la Cisjordania y el Golan.

30 de julio. Conferencia de la OLAS en La Habana.

1 de septiembre. Mao Zedong da su apoyo a Zhu En Lai y condena a la ultraizquierda. Esta intervención supone un retorno a la calma.

9 de octubre. Muere el Che.

1968

3 de enero. Dubcek reemplaza a Novotny como primer secretario del PC en Checoslovaquia.

31 de enero. El FNL vietnamita lanza la ofensiva del Têt.

8 de marzo. Enfrentamientos en Varsovia entre la policía y los estudiantes.

22 de marzo. Ocupación de las oficinas de la Universidad de Nanterre. Nace el Movimiento 22 de marzo.

Novotny dimite de sus funciones como presidente de la República checoslovaca y es reemplazado por el general Svoboda.

4 de abril. Asesinato en Memphis de Martin Luther King. Rebeliones de la población negra en varias ciudades norteamericanas.

11 de abril. Atentado contra Rudi Dutschke. Violentas manifestaciones estudiantiles en la República Federal Alemana.

El mayo francés

2 de mayo. Cerrada la Universidad de Nanterre.

3 de mayo. Ocupación de la Sorbona por estudiantes que montan barricadas. Cierre de la Universidad. El rector llama a la policía. La Universidad queda clausurada. Los sindicatos de enseñantes y de estudiantes, SNE-Sup y UNEF, convocan una huelga ilimitada.

Violentos incidentes en el Barrio Latino. Numerosos heridos y 596 detenidos.

4-5 de mayo. Juicio a numerosos manifestantes. 13 condenados, 4 de ellos a penas de prisión incondicional.

6 de mayo. Manifestaciones contra estas condenas. Enfrentamientos con la policía en Saint-Germain-des-Prés. Barricadas. Manifestaciones violentas en Grenoble y otras ciudades.

7 de mayo. 40.000 manifestantes en el Barrio Latino. Al finalizar la manifestación se canta la Internacional ante la tumba al Soldado Desconocido. Enfrentamientos con la policía en Toulouse.

9 de mayo. Un mitin de solidaridad internacional organizado por las JCR en la gran sala de la Mutualité es transformado en mitin del movimiento.

10 de mayo. Reapertura de Nanterre.

Por la tarde, manifestación estudiantil en el Barrio Latino.

Desde las 9 de la noche empiezan a levantarse las barricadas para *"ocupar el Barrio Latino"*. Enfrentamientos con la policía durante toda la noche. Manifestaciones violentas en otras ciudades: Burdeos, Lyon, Estrasburgo, Grenoble, Toulouse, Lille, etc.

11 de mayo. Los sindicatos CGT, CFDT y FEN convocan una jornada de huelga general para el día 13. Toda la enseñanza está paralizada.

13 de mayo. Huelga General. Los servicios públicos paralizados. 800.000 manifestantes en París, y otras manifestaciones masivas también en otras ciudades. Enfrentamientos en Nantes. Ocupación de la Sorbona.

15 de mayo. La huelga se va extendiendo a las principales empresas; en particular en Renault-Cleon se ocupa la fábrica y se retiene a miembros de la dirección.

Ocupación del teatro del Odeon.

16 de mayo. Huelga en Renault-Flins, Sandouville, Le Mans y Billancourt, Manifestación ante la sede de la TV para protestar contra la *"parcialidad de la información"*.

17 de mayo. Más de 200.000 huelguistas. Los transportes totalmente paralizados.

18 de mayo. De Gaulle denuncia "la chienlit" (fantochada). Afirma que *"el recreo ha terminado"*. Al mediodía, hay un millón de huelguistas; unas horas después, dos millones.

20 de mayo. Cuatro millones de huelguistas, en todas las regiones y todos los sectores.

22 de mayo. Ocho millones de huelguistas.

Prohibición de residencia en Francia para Cohn Bendit. Enfrentamientos por la noche en el Barrio Latino.

23 de mayo. Siguen los enfrentamientos.

Las centrales sindicales se declaran dispuestas a negociar. El sindicato estudiantil UNEF rompe con la CGT.

24 de mayo. Manifestaciones de agricultores contra el proyecto de descenso de los precios comunitarios de la leche y la carne.

De Gaulle anuncia un referéndum.

24-25 de mayo. Manifestaciones y barricadas en muchas de las principales ciudades de Francia. Incendio de la Bolsa en París.

25 de mayo. Huelga del personal de la TV.

A las tres de la tarde comienzan las negociaciones de Grenelle entre el gobierno y los sindicatos.

27 de mayo. Se hacen públicos los acuerdos de Grenelle. Rechazo masivo a los acuerdos en las asambleas de trabajadores. La huelga general continúa.

Mitin en el estadio Charlety convocado por la UNEF, el PSU y la CFDT, con el apoyo de la gran mayoría de las organizaciones de la extrema izquierda.

28 de mayo. Mitterrand anuncia su candidatura presidencial *"si se produjera un vacío de poder"*.

29 de mayo. De Gaulle "desaparece" a las 11,30 de la mañana. Pánico en las filas gaullistas. El destino del viaje es Baden Baden, donde se encuentra con el jefe del Ejército general Massu, que le asegura la lealtad de las Fuerzas Armadas. Por la tarde regresa a París.

30 de mayo. De Gaulle anuncia la disolución del Parlamento y la convocatoria de elecciones generales. Por la tarde manifestación gaullista en los Campos Eliseos, que agrupa a centenares de miles de personas.

31 de mayo. Se restablece el control de cambios de divisas, que se encontraba suspendido. También el suministro de gasolina.

4 de junio. Se inicia la vuelta al trabajo en algunas empresas.

6 de junio. Vuelta al trabajo en el transporte y Correos.

10 de junio. A consecuencia de enfrentamientos con la policía muere ahogado en Flins, el estudiante de media Gilles Tautin.

11 de junio. Manifestaciones de solidaridad. 1.500 detenidos. Dos muertos en Peugeot-Montbeliard en enfrentamientos con la policía.

12 de junio. Prohibidas las manifestaciones durante la campaña electoral.

Disolución del Movimiento 22 de marzo y otras siete organizaciones de extrema izquierda, entre las cuales las JCR.

13-16 de junio. Evacuados el Odeon y la Sorbona.

18 de junio. Vuelta al trabajo en la mayoría de las empresas matalúrgicas y del auto.

23-30 de junio. Elecciones. Triunfo aplastante de los gaullistas.

26-27 de julio. 17 muertos en México en violentos enfrentamientos entre la policía y los manifestantes.

20-21 de agosto. Las tropas del Pacto de Varsovia invaden Checoslovaquia.

18 de septiembre. El ejército entra en la Universidad de México, ocupada desde julio. 18 muertos y numerosos heridos en una nueva batalla campal.

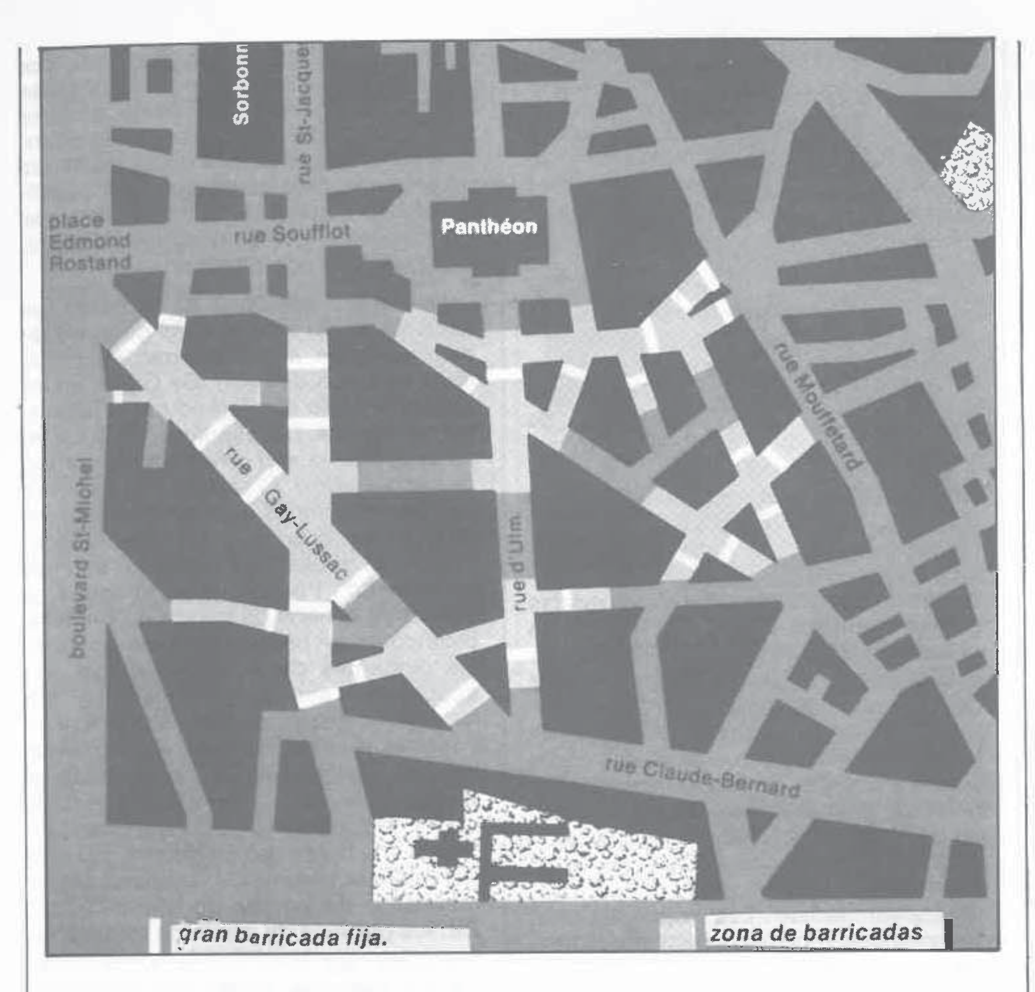
3 de octubre. Masacre en México: el ejército mata a 300 personas.

1 de noviembre. Fin de los bombardeos norteamericanos sobre Vietnam del Norte.

5 de noviembre. Nixon elegido presidente de los EEUU.

5-6 de diciembre. El Comité Central del PCF plantea como objetivo una *"democracia avanzada"*.

31 de diciembre. En su tradicional discurso de fin de año De Gaulle dice: «*Enterremos los demonios que nos han atormentado durante el año que termina*».



10-11 de Mayo: la noche de las barricadas.



mente feministas, tanto en las plataformas reivindicativas como en los debates enfebrecidos de las facultades ocupadas. Es sorprendente que mientras surgen estructuras de todas clases, no emerja inmediatamente un movimiento autónomo de mujeres. El efecto vendrá, como retardado, a partir de 1970-71. Este un síntoma muy significativo del alcance real y las contradicciones de la radicalización de Mayo. Más allá de las grandes proclamas antijerárquicas y antiautoritarias, la opresión más fundamental de nuestras sociedades, que inscribe la desigualdad entre los sexos en la trama de la explotación, no fue masiva ni directamente puesta en cuestión.

Por otra parte, mientras que todas o casi todas las instituciones (la educación, la salud, la información, el deporte, incluso la justicia) son rechazadas en su función de reproducción de las relaciones sociales, las instituciones centrales del aparato de represión parecen haber quedado, en lo esencial, al abrigo de la tormenta, aunque se ha sabido más tarde que no faltaron problemas y fisuras en la policía. Pero el ejército, pese a que más de la mitad de sus efectivos eran reclutas, apenas fue rozado. Hemos hablado mucho del llamamiento hecho público por los soldados del 15 Regimiento de infantería mecanizada de Mützig:*«...Como todos los reclutas estamos recluídos en los cuarteles. Se nos prepara para intervenir como fuerzas represivas. Pero los trabajadores y la juventud deben saber que nunca los soldados de reemplazo dispararán sobre los obreros. Nosotros, como comité de acción, nos opondremos a cualquier precio a que los militares tomen las fábricas. ¡Soldados de reemplazo, formad vuestros comités!(...)¡Viva la solidaridad de los obreros, los soldados y los estudiantes!. ¡Viva la democracia obrera!. ¡Viva la alegría, el amor y el trabajo creador!»*. Esta inciaitva es citada con especial frecuencia porque fue excepcional y quizás única. Había en ese regimiento un militante, y uno solo de las JCR. Fue suficiente para reanimar las brasas de una tradición perdida desde hacía mucho tiempo. Si un solo militante de las JCR fue capaz de una inciciativa que se sigue considerando ejemplar, podemos preguntar qué hicieron los centenares de jóvenes militantes del PCF que cumplían el servicio militar... En cualquier caso, la relativa serenidad del ejército es otro índice de los límites de 1968.

El problema del poder

¿Habría que concluir que Mayo fue un movimiento simplemente reivindicativo y democrático, acompañado de una gran fiesta cultural, y que la crisis política se limitó a las dudas y a los cambios de humor de De Gaulle?.

¿Hubo vacío de poder?. Todavía hoy se sigue discutiendo de ello. Nuestra opinión es que el poder no estaba vacío, abandonado, dispuesto a ser tomado como un fruto maduro. Pero, sin embargo, estuvo temporalmente paralizado, incoherente. Así se manifestó a partir del 24 de mayo, día en que el incendio de la Bolsa fue la respuesta al discurso de De Gaulle anunciando un referéndum, y hasta el discurso del 30 de mayo anunciando la disolución del Parlamento. Durante esta semana, el presidente –que había puesto en juego su dimisión según el resultado de un referéndum cuyo resultado era cada día más incierto– estaba en suspenso. Hubo, pues, una semana larga de vacilaciones y signos de pánico entre un personal de Estado poco habituado, desde hacía años, a vérselas con un movimiento social impetuoso. Pero hay que constatar también que muchos engranajes decisivos han continuado funcionando, no sólo por rutina, sino también por clarividencia. En particular, los responsables de los grandes cuerpos represivos no parecen haber perdido la cabeza.

Llegados a este punto, es necesario tratar el tema de la violencia en 1968. La violencia ha quedado, en las representaciones de la época, como uno de los rasgos característicos de Mayo. Varios factores han contriuido a ello. En primer lugar, el fenómeno de los medios de comunicación y la transmisión en directo.

La narración radiada, en plena noche, de las barricadas del 10 de mayo, incita a los narradores a una amplificación épica. Barricadas, gritos de cargas, explosiones de granadas de gases: el relato sin imágenes embala la imaginación de los auditores. Después vinieron las fotos, los árboles caídos, los lanzadores de adoquines o de cócteles molotov, los coches calcinados, el traslado de los heridos... La violencia se convierte así en un tema central de 1968.

Para el discurso del poder y el orden, anuncia ya las campañas de "seguridad ciudadana". Para los manifestantes, la violencia es asumida como el medio y el símbolo de una liberación. Es el rasgo de unión que les liga a otros combates, en América Latina o Indochina.

Pero para apreciar el grado de violencia efectivo en 1968, es necesario establecer comparaciones. Así, las medidas gubernamentales durante las huelgas de noviembre-diciembre de 1947 respondían a una linea de guerra civil. Varios contingentes de reservistas fueron llamados a filas. Las centrales eléctricas de la región de París fueron asaltadas por la policía y puestas en funcionamiento por militares especializados. Durante la huelga minera desde 1948, se estableció el estado de excepción en las cuencas, que fueron ocupadas por vehículos blindados del ejército. Las tropas abrieron fuego sobre los huelguistas y hubo verdaderas batallas en Gard, Saint-Etienne y Pas-de-Calais. La situación fue calificada de insurreccional.

En 1968, la violencia está tan realzada por los protegonistas de los dos lados, que resulta difícil distinguir la realidad de la imaginación. Hubo centenares de heridos, cerca de 2.000 entre el 3 de mayo y el 30 de julio. Pero puede decirse que existió una especie de respeto tácito de ciertos límites: adoquines y cócteles contra porras y lacrimógenos. Hubo en cualquier caso diez muertos, seis de ellos durante huelgas y manifestaciones. La represión se endureció cuando atacó los bastiones obreros más obstinados. Los enfrentamientos más sangrientos tuvieron lugar probablemente en Flins (donde murió ahogado a causa de una carga policial el joven militante maoísta Gilles Tautin) y en Sochaux (donde murieron por disparos de la policía los obreros de la Peugeot Pierre Beylot y Henri Blanchet). Pero estas tragedias quedaron localizadas. Este es un elemento suplementario de las ambigüedades de 1968: el poder vacila, pierde pie, pero el carácter de los enfrentamientos indica, a la vez, que nadie se plantea seriamente que la conquista del poder político está verdaderamente en juego.

Una situación revolucionaria se juega, al menos, entre dos. Por un lado, el poder, que parecía ayer tan arrogante, revela de repente sus fisuras más íntimas. Pero por otro lado, un movimiento huelguista, por poderoso que sea, no es por sí mismo candidato al poder. La clase dominante comprendió perfectamente que la oposición no pretendía en absoluto llegar al gobierno aupada por la ola ascendente de la huelga general. Las direcciones sindicales, la del PS o la del PC, hicieron, por el contrario, todo lo que pudieron por evitarlo.

La semana del 24 al 30 de mayo fue decisiva. El día 24, decenas de miles de manifestantes se concentran en París, en la estación de Lyon. De Gaulle anuncia por la radio el referéndum; si lo pierde, se retirará. La respuesta de la calles es espontánea: *«¡El referéndum nos tiene sin cuidado!»*. El sábado 25, se abren las negociaciones gobierno-sindicatos de Grenelle. El lunes 27, de madrugada, el jefe del gobierno, Pompidou, anuncia el acuerdo. Pocas horas después la asamblea general de huelga de Renault-Billancourt, en presencia de los principales dirigentes de la CGT, rechaza con abucheos lo acordado. Por la tarde, tiene lugar la manifestación de Charlety en París, la primera de gran envergadura, 50.000 manifestantes, convocada al margen del PCF, que fue presentada como un símbolo de la convergencia de la extrema izquierda. En Nantes, 50.000 personas se manifiestan siguiendo el llamamiento del comité de huelga. El día 28, los partidos de izquierda tradicional, sintiendo que la situación se está volviendo peligrosa, tienen una reunión en la cumbre; Mitterrand toma unilateralmente la iniciativa de proponer un gobierno provisional, *«compuesto de diez miembros elegidos sin vetos, ni proporciones preestablecidas»* (según sus propias palabras: *«Sin vetos, quería decir que por primera vez desde 1947, los comunistas podían entrar en el gobierno, pero también que los republicanos y demócratas podían participar en él. Sin proporciones significaba que el jefe del gobierno provisional tendría una completa libertad de decisión»*. El proyecto sería respetado estrictamente, pero... en 1981). El miércoles 29, es la jornada de manifestaciones de la CGT. Hay rumores de que el PCF llevará la manifestación hasta el Palacio del Elíseo, sede presidencial. Pero al llegar al lugar previsto para el final de la manifestación, la estación de Saint-Lazare, el PCF ordena que se plieguen las pancartas. En fin, el 30 de mayo De Gaulle pronuncia un nuevo discurso: *«No me retiraré»*. Se disuelve el Parlamento y se convocan elecciones generales. En las facultades y las empresas no se da entonces la burlona seguridad del día 24. Se siente confusamente que se ha dejado pasar una ocasión. Dos horas más tarde, la gran manifestación gaullista en los Campos Elíseos marca el cambio del decorado.

Malraux, más convulsivo que nunca, y Debré, borracho de "Marsellesa", se sostienen mutuamente como dos

boxeadores *groggys*: el KO ha pasado muy cerca.

Para las JCR, que íbamos corriendo de asamblea a manifestación, no había tiempo para reflexionar sobre estos temas. En las universidades, en la huelga, en las calles, en la medida modesta de nuestras fuerzas, nos encontrábamos en nuestro elemento. La solución al problema gubernamental se jugaba a otro nivel, en el que no contábamos. Lo sentíamos, y ese sentimiento alimentaba probablemente la desconfianza de numerosos activistas de Mayo hacia lo que aparecía como política politicista, institucional, profesional. El tono libertario del movimiento expresaba también esa impotencia, esa desposesión. En cualquier caso, el problema del gobierno se planteó como una cuestión central, durante un corto periodo de tiempo. Un partido revolucionario con una implantación significativa hubiera tenido en sus manos los elementos de la respuesta: desarrollar la centrawlización democrática de la huelga general para poner bajo vigilancia a un eventual gobierno provisional, cualquiera que fuera su composición; participar en el gobierno sobre la base de un programa y unos compromisos precisos, o darle un apoyo condicional y crítico, sin participación, según los casos.

¿Una situación revolucionaria?

¿Existió en Mayo una situación revolucionaria?. El primer problema es cómo definir esa situación. Porque la cuestión no permite medidas exactas. Hay un riesgo constante de aplicar un juicio estático, fotográfico, a una situación que se va transformando. En un texto célebre, Lenin enumeró las tres características que consideraba básicas: cuando los de arriba no pueden gobernar como antes; cuando los de abajo no pueden ya soportarlo; cuando los de en medio se inclinan hacia los de abajo. Tortski añade la existencia del factor subjetivo (de una fuerza revolucionaria capaz de resolver la crisis), e insiste sobre la reciprocidad en los factores.

Como nosotros no creímos nunca que la espontaneidad obrera podía resolver en unas semanas las carencias demasiado evidentes del factor subjetivo (ausencia del partido revolucionario significativo, ausencia de implantación fuerte de militantes de vanguardia en las empresas) siempre fuimos reticentes a calificar la situación como revolucionaria. Hoy no importan mucho las sutilezas terminológicas. A nosotros nos parecía mejor hablar de situación pre-revolucionaria, para indicar una dificultad no resuelta. Esto nos valió terribles acusaciones de tibieza y moderación por parte de otras corrientes. Algunos hablaban de *«situación objetivamente revolucionaria»*. ¿Y subjetivamente?. Curiosa lógica ésta que separa el objeto del sujeto. Si la situación objetiva era tan claramente revolucionaria, ¿cómo se explica que el "factor subjetivo" no se haya modificado más profundamente?. ¿Por qué Mayo 68 no ha conducido, si no a una revolución victoriosa, al menos al nacimiento de un partido revolucionario con influencia de masas?.



15 de junio de 1968: funerales de Gilles Tautin.

Hay un vicio de raíz en este tipo de enfoque. Una situación crítica puede caracterizarse por una serie de elementos, como lo hace Lenin, pero siempre que se evite desarticular la visión de conjunto.El "factor subjetivo" estaba ausente en 1968, pero no como una pieza no colocada de un rompecabezas, que bastaría situar entre las otras. Esta ausencia, por el contrario, influye sobre el conjunto: sobre las modalidades de la crisis política en la cumbre, sobre las formas de movilización en la base, sobre la trayectoria de las capas medias. Además, hay que precisar en qué consiste exactamente esa pieza ausente. Nosotros respondíamos: falta un partido revolucionario. Era una verdad luminosa, pero no era más que una respuesta a medias, porque aislaba un factor de otras determinaciones. Así facilitaba la conclusión de que bastaba encontrar lo más deprisa posible una pieza de recambio para llenar este vacío.El fundamento mismo, implícito o explícito, del voluntarismo desenfrenado y el izquierdismo posterior a 1968 tiene su base ahí. El activismo desbordante y la acción ejemplar estaban destinadas a superar lo más deprisa posible esa ausencia de partido revolucionario.

Pero la debilidad de las fuerzas revolucionarias organizadas al principio del movimiento puede ser atribuída a los efectos perniciosos del estalinismo y la socialdemocracia. Pero hay que decir, a menos de caer en un idealismo extremo, que esta debilidad expresaba también, aunque sea de un modo deformado, un estado más general de la clase obrera, de sus corrientes combativas, de sus vanguardias naturales en las empresas y los sindicatos. En 1968, las contradicciones entre la dinámica de las luchas, sus potencialidades y la política de las direcciones reformistas son claramente perceptibles. De ahí nacen fricciones, rebeliones o rupturas. Pero estos fueron fenómenos marginales. Si hubo tan pocos comités de huelga elegidos, si las direcciones sindicales mantuvieron la iniciativa de las negociaciones, si los partidos tradicionales, al menos el PCF, ganaron más adhesiones nuevas de lo que perdieron a su izquierda, es porque respondían al estado de espíritu de amplios sectores sociales. Los huelguistas querían resolver un contencioso social y sacudirse el yugo de un régimen autoritario. De ahí a la revolución hay una gran distancia.



APPEL DU I5°RIMCA DE MUTZIG
(Régiment d'infanterie mécanisée)

A BAS L'ENCASERNEMENT

NOUS FRATERNISERONS

VIVE LA SOLIDARITE DES TRAVAILLEURS, SOLDATS, ETUDIANTS ET LYCEENS
VIVE LA DEMOCRATIE OUVRIERE
VIVE LA JOIE, L'AMOUR ET LE TRAVAIL CREATEUR

El llamamiento de los soldados de Mützig.

1968 es una fecha bisagra. En una si-

tuación de casi pleno empleo, la clase trabajadora está al máximo de su fuerza. Se siente en condiciones de exigir que se salden los atrasos sociales. A la vez, siente confusamente que un periodo se acaba.Que se están acumulando nubes en el horizonte, cargadas de amenazas para el empleo y la protección social. Los trabajadores hacen la huelga, pero el 17 de junio van masivamente a las urnas y continuan votando por sus partidos tradicionales. Proclaman su rechazo a los diez años de régimen gaullista, rechazan a De Gaulle por las rigideces y arcaísmos de su poder, aspiran a una democratización de la vida política y social. Pero el Estado y las instituciones asociadas a la prosperidad relativa ddel periodo de expansión de la postguerra, no están ilegitimadas ante ellos.

El marco general es coherente: la legitimidad del Estado, las bases materiales de un cierto consenso social, el estado embrionario de la nueva vanguardia obrera, los límites mismos del movimiento de 1968, la distancia entre su fuerza colosal y su contenido subversivo, las modalidades de la crisis política y la instantaneidad de su resolución... Es importante situar a 1968 en su justo lugar: ni banalizarlo ni mitificarlo. Los que hicieron de él el modelo y el paroxismo de la situación revolucionaria, sólo verán después reflujo y hundimiento, declive y desencanto.

Cuando nosotros hablamos de Mayo 68 como "ensayo general", no estábamos pensando en un modelo, sino más bien en una experiencia de la historia, que procede por tanteos, acumulación de experiencias, aciertos y errores. Era solamente un comienzo. Quedaba por hacer el aprendizaje de la obstinación y la paciencia.

Lo que queda de Mayo

A veces se nos pregunta: pero ¿qué queda de Mayo?. Es cierto que Mayo ha provocado una modificación duradera de las relaciones de fuerzas entre las clases fundamentales de nuestra sociedad. Ha modificado también, lentamente pero en profundidad, las relaciones dentro del movimiento obrero. En particular, el PCF no se ha recuperado nunca de su cita fallida con una nueva generación obrera. Por primera vez desde 1936 y la Resistencia durante la II Guerra Mundial, no supo,percibir el sentido de las mutaciones sociales, expresarlas, representarlas. Así dejó escapar la savia que podría haber renovado sus fuerzas, no a consecuencia de una torpeza o un error, sino por el impasse de una política nacional e internacional en el cual ha seguido hundiéndose cada vez más.

Mayo 68 actúa como el catalizador, como la experiencia fundadora de una nueva generación política y social. Sin embargo, todo indica que ha sido una experiencia inacabada. El PC no consiguió captar a esa generación. Pero ningún otro proyecto consiguió reunirla, homogeneizarla. El acontecimiento fue bastante fuerte para alimentar en profundidad corrientes duraderas de radicalización, pero parece que fue insuficiente para ejercer una fuerza de atracción centrípeta.

Ha bastado que la victoria de Mitterrand en 1981 abriera las puertas de acceso a las esferas del poder para que una buena parte de los "ex" del 68 se entreguen a las delicias de la ola socialdemócrata. Más allá de esta espuma de los días, es claro que Mayo no tuvo la fuerza de irradiación necesaria para forjar una generación de recambio. El PC no podía recibirla: la crisis de su organización estudiantil había anunciado desde 1965 su impotencia ante la juventud. Pero las fuerzas surgidas de la experiencia se dispersaron en todas las direcciones: en la CFDT y la CGT, en el PS, en el PC y en las diversas familias de la extrema izquierda.

Lo que debemos conservar de Mayo no es la utopía que sustituye a la política.. Es la irrupción, la brecha, la puerta estrecha por donde puede, en cualquier momento, entrar lo posible. Es el sentido de lo virtual opuesto al sentido resignado de lo real. Es la libertad de los hechos no consumados, opuesta a la dictadura del hecho consumado.

La abundancia, o incluso la inflación de interpretaciones de Mayo ocupa el lugar de un debate estratégico abortado. Sin embargo, la conmoción de 1968, como el gran choque de 1905, lo habían abierto. 1968 relanzó el problema de la ruptura y de la conquista del poder como cuestiones prácticas, no limitadas a los círculos de la extrema izquierda. Se redescubrió el austromarxismo. Se releyeron los grandes debates entre Bernstein, Kautsky, Lenin, Rosa. Nos hicimos preguntas sobre la relación entre hegemonía y crisis revolucionaria en Gramsci. Polemizamos sobre el alcance estratégico del abandono de la dictadura del proletariado por los partidos comunistas.

Los comentaristas desengañados resaltan el aspecto mimético o nostálgico del fenómeno, la obstinación en pensar las transformaciones de este final de siglo a través de las formas y los símbolos del siglo pasado. Pero siempre sucede así. Ningún nacimiento trae consigo espontáneamente sus propias representaciones. La Revolución francesa se veía romana. La estrategia no parte nunca de cero. Lo nuevo se inscribe en lo viejo. Despierta cuestiones olvidadas y permite reformularlas. Es un trabajo de rememoración, de selección y de reordenación permanente.

No pretendemos que el esbozo de reflexión estratégica haya tenido después de 1968 el alcance de las grandes controversias dentro de la II Internacional antes de la I Guerra Mundial o de la III Internacional bajo el choque de la Revolu-

ción rusa. El debate llevaba en sí mismo los límites de su experiencia original. Los desafíos del cambio de sociedad, de la conquista del poder estaban esbozados, pero no inmediatamente planteados. De ahí ese aspecto de "revolución relajada", buena persona, más lúdica que trágica, que encanta a los sociólogos. Hay quien, desde estas consideraciones, da un salto mortal y afirma que la huelga general de mayo-junio fue la encarnación de un movimiento obrero terminal, una prolongación arcaica del siglo IXI. Pero hay al menos tantas razones, y quizás más, para pensar que Mayo, por muchas de sus características, fue la primera huelga general del siglo XXI. Así marcha la historia.

Palabra cumplida

El pasado no es una hoja muerta. Actúa siempre sobre el presente. Se reanuda en el porvenir. A veces se nos pregunta sobre nuestra situación minoritaria. ¿Por qué esa marginalidad persistente?. ¿No será la prueba de un fracaso?. Nosotros no hacemos de la necesidad virtud. Sería falso considerar la extrema disidencia como una segunda naturaleza, amurallarse en la conciencia crítica, la oposición y el testimonio, perdiendo la ambición de vencer.

Ese peligro es real. Puesto que la existencia determina la conciencia, una tan larga existencia minoritaria no podía dejar de producir efectos. Para recuperar la vocación mayoritaria a la que aspiramos, pasaremos por crisis y mutaciones. Sin embargo, muchos equívocos están ligados a esa noción de "mayoría", que en los tiempos que corren se identifica demasiado aprisa con los resultados electorales y los barómetros de los sondeos. Pero el hecho mayoritario no posee ninguna virtud en sí mismo. La verdad no es un problema de plebiscitos.

Nunca nos hemos sentido aislados en un gran movimiento social. Nos hemos sentido en ellos como el pez en el agua. Desde que algo se mueve, sea donde sea, los militantes resurgen, mejor enraizados, más experimentados. ¡Buen trabajo, viejos topos!

En un país de larga tradición parlamentaria, una fuerza no podrá expresarse plenamente sin ganar también una credibilidad electoral. Somos conscientes de ello. En este campo, existen efectos "umbral". Una vez franqueado el muro de la representación institucional, el célebre argumento del "voto útil" da un giro. Pero en el fondo, la verdadera cuestión va mucho más allá de estas aritméticas electorales.

Después de 1968 ha aparecido en Europa una cosecha de organizaciones revolucionarias, con las más variadas culturas, referencias, orientaciones. Han oscilado aproximadamente entre los mismos márgenes y se han estancado en algunos miles de militantes. Las líneas políticas, las iniciativas adoptadas en el momento oportuno, las opciones organizativas tienen su importancia.Sin ninguna duda nosotros hemos desperdiciado fuerzas preciosas, a causa de nuestra inexperiencia y de nuestros errores. Hoy podríamos ser algunas centenas o algunos millares de militantes más. Lo que no es poco, si se tiene en cuenta lo que pueden hacer y proponer en una lucha militantes combativos, el peso que pueden adquirir en el proceso de recomposición actual. No sólo no es poco, en realidad, es enorme.

Pero no habríamos podido ser cinco o diez veces más fuertes y más numerosos. Si esto hubiera sido posible, un grupo, una corriente al menos, lo habrían conseguido. Pero la dinámica general de la lucha de clases, el estado de la clase obrera, la legitimidad de las instituciones, la autoridad correlativa de los partidos tradicionales, incluso después de 1968, nos fijaban un límite aproximado. Habríamos podido aproximarnos más a él. Pero en las actuales circunstancias, no habríamos podido franquearlo.

A lo largo de estos años de transición hemos acumulado fuerzas y experiencias, hemos hecho vivir y enriquecido una cultura política que bebe en las fuentes de la oposición de izquierda al estalinismo. En modo alguno tenemos la impresión de haber hecho un sacrificio inútil.

Una organización minoritaria sólo puede dar cuenta parcialmente de procesos parciales complejos que afectan a la vida de millones de hombres y mujeres. Habría que estar enfermo de megalomanía aguda o hundirse en un idealismo absoluto para creer que se tiene respuesta para todo. Nosotros hemos planteado puntos de refrencia que permitían orientarse. Nuestras raíces nos han permitido hacer frente a situaciones nuevas, corregirnos.

Hemos seguido siendo comunistas, fuera del Partido Comunista, a pesar de los vetos y las cuarentenas. Hemos demostrado que era posible hacerlo y que mentían los jueces que al expulsarnos nos condenaban a las cloacas del basurero de la Historia. Con otras fuerzas, pero gracias a esta continuidad, esperamos trabajar por el renacimiento de una fuerza revolucionaria.

Hemos tenido la suerte de codearnos o de encontrarnos con magníficos herejes y rebeldes, de varias generaciones y de varios continentes y de aprender de ellos lo mejor que hemos podido.

Para conservar el norte en el enorme bazar de este fin de siglo, son necesarias dos cosas. En primer lugar, mantener una práctica colectiva: este es el verdadero principio de realidad, que permite pensar, cambiar, sin ir a la deriva detrás de cada moda. A continuación, hay que mantener, como decía el guardia rojo, una "teoría" que permita dialogar con la prráctica, en vez de desintegrarse en la dispersión incoherente de las experiencias y los instantes.

¿Está en crisis el marxismo?.¿En crisis respecto a qué edad de oro?. ¿Respecto a la gran difusión de la "vulgata" estalinista?. ¿Respecto al gran reconocimiento académico del marxismo universitario de los años sesenta?. En cierto sentido, el marxismo no ha dejado de estar en crisis desde la primera vez, a finales del siglo pasado. Pero hay actualmente más estudios e investigaciones marxistas serias en los más diversos dominios que en esas épocas. Son menos espectaculares. Están más dispersas. Pero van horadando sus galerías. Contribuyen a ese gran taller en el que la teoría está en redefinición permanente, a su extensión a dominios inexplorados, a su mestizaje a través de culturas ayer ignoradas.

¿Acaso habría que resignarse ante el mundo tal cual es?. ¿Adornarle de virtudes que no tiene?. ¿Consolarse con la idea de que la revolución sería, como el gran amor en los libros de Marguerite Duras, necesaria e imposible?.

En lugar de acomodar lo deseable a los límites supuestos de lo posible, queremos actuar para que lo necesario sea efectivamente posible. Hace veinte años, muchos gritamos: *«Continuemos el combate»*. Hemos cumplido nuestra palabra. ¿Y si otra vez sólo fuera el comienzo?. □



«¿Y si, otra vez, sólo fuera el comienzo?» (Manifestación anti-Le Pen, 1986).



No somos muñecas...

MUJERES EN EL 68: ENTRE LA REVOLUCION Y EL FEMINISMO

Claire Bataille

Si de Mayo del 68 retuviésemos solamente las imágenes de los enfrentamientos entre las CRS y los servicios de orden masculinos de las organizaciones de extrema izquierda, terminaríamos creyendo que las mujeres estuvieron casi ausentes de este excepcional movimiento social. Y sin embargo nunca generación femenina alguna estuvo tan ampliamente politizada.

Entre 1966 y 1968, las mujeres participaron activamente en las luchas estudiantiles contra la selectividad en la Universidad, pero sobre todo las encontramos masivamente en el movimiento de solidaridad con la revolución vietnamita. Se puede decir incluso que, muy a menudo, son ellas las verdaderas animadoras de los comités de base que se desarrollan por todas partes. Muchos portavoces del CVN (Comité Vietnam Nacional) son mujeres. La revuelta contra el bárbaro genocidio del pueblo vietnamita por el ejército americano fue, ya lo sabemos, un poderoso factor de radicalización. Pero la resistencia heróica de las mujeres vietnamitas, armadas como los hombres, asociadas como los hombres a la autodefensa de los pueblos, dio una razón a las mujeres jóvenes del mundo entero para identificarse con este combate.

En Mayo del 68, las mujeres estuvieron en todas las manifestaciones por violentas que éstas fueran. Decir que salían por pies, como hacían por otra parte numerosos manifestantes, en el momento de las cargas, sería como mínimo abusivo. Las mujeres participaron igualmente en todas las ocupaciones de universidad, aprovechando algunas la ocasión de organizar guarderías "salvajes". En las fábricas, las mujeres no fueron las últimas en moverse ni las primeras en "volver" cuando los burócratas sindicales (hombres principalmente) consideraban que la huelga había durado bastante. En la base, durante todo el movi-



miento, numerosas mujeres animan los comités de acción y, en las facultades, se adhieren en masa a las organizaciones de extrema izquierda, aunque las abandonen más rápidamente que los hombres.

Tan activas como los hombres durante todo el movimiento de Mayo del 68, las mujeres no fueron nunca, sin embargo, sus portavoces políticos. Tampoco estuvieron nunca, en esa época, integradas en los servicios de orden de cabecera, considerados asunto de tíos, cuando no de "supertíos".

La liberación ¿un problema individual?

Evidentemente, la existencia de un movimiento de mujeres independiente habría cambiado algo la fisonomía de Mayo del 68. Pero éste verá la luz más tarde, en 1970 si lo fechamos desde las primeras iniciativas públicas minoritarias (agosto de 1970, depósito de la corona de flores a la mujer del soldado desconocido en el Arco de Triunfo). Más tarde aún, si tomamos como referencias las iniciativas y movilizaciones de masas (1971, Manifiesto de las "343 guarras" abortistas, mani de las mujeres por la derogación de las leyes represivas del aborto; 1972, proceso de Marie-Claire en Bobigny; 1973 creación del MLAC). Si admitimos que el movimiento de las mujeres es un resultado indirecto de la convulsión social y cultural provocada por Mayo del 68 ¿cómo explicar que no apareciera antes?.

Si ser feminista significa haber comprendido que, para hacer avanzar sus preocupaciones específicas y sus reivindicaciones, las mujeres deben organizarse de forma independiente y movilizarse sin esperar al acuerdo ni al apoyo de las organizaciones de masas o políticas mixtas (por muy a la izquierda que estén), entonces incontestablemente las mujeres de Mayo del 68 no eran, en su mayoría, feministas. Sobre la cuestión de la liberación de las mujeres, al desconocer la historia de las luchas de las mujeres, eran profundamente individualistas. Estaban convencidas que para liberarse bastaba quererlo. Además, una serie de modificaciones podían llevarlas a pensar así. Numerosas mujeres empezaban a trabajar entonces. Desde la ley de 1968 podían hacerlo sin autorización previa de su marido (en esas estábamos aún, por increíble que ello pueda parecer). La contracepción, sin ser libre, ya no era del todo ilegal desde 1967. Hacía falta, naturalmente, encontrar un médico que estuviera de acuerdo en facilitar una prescripción. No era tan fácil cuando la contracepción no era libre para las menores y la mayoría de edad seguía fijada en veintiún años... Pero pese a todo, las cosas se movían.

Y además ¿no eran ellas la primera generación de mujeres que llegaba tan lejos en los estudios?. Por primera vez eran muy numerosas las mujers que habían terminado sus estudios secundarios y entraban en la universidad. ¿No había en ello una oportunidad histórica para las mujeres de romper con el papel tradicional que les confía habitualmente la sociedad: ocuparse del hogar, del marido y de los hijos?. Por otro lado, en la universidad, las parejas no casadas se multiplicaban, sin duda de forma más libre que la generación de los padres. Sin embargo y paradójicamente, la amplitud de las movilizaciones de Mayo del 68, aún contribuyendo a minar todos los valores establecidos, las instituciones, el matrimonio burgués y los demás, retrasó también en cierto modo la toma de conciencia de una opresión específica de las mujeres y la necesidad de organizarse para luchar contra ella. ¿No iba la cercana revolución a barrer todas las relaciones de dominación? ¿No tenían las organizaciones revolucionarias como programa la puesta en cuestión del estrecho marco de la familia y la socialización de las tareas domésticas y de la educación de los niños? ¿No era la libertad sexual un principio defendido por todos? ¿Lo demás no derivaba de la vida privada de cada uno y cada una?.

Sin embargo, con el tiempo y la experiencia, lo que numerosas militantes habían tolerado (mal) en nombre de las urgencias y de las prioridades, se hizo insoportable: la ausencia de discusión sobre todo lo que constituye la vida cotidiana en el exterior o en el interior de las organizaciones políticas, el paternalismo o el desprecio político de los militantes hacia mujeres de la organización; la grosería e incluso a veces la brutalidad de algunos hacia las mujeres, la utilización por un fulano de su prestigio de dirigente para ligarse sin escrúpulos a todas las "titis", la dificultad de todas las militantes en ser reconocidas políticamente, por no hablar de los problemas triviales de la vida de todos los días: quién cuida del crío mientras el señor está de reunión, quién se ocupa de las compras, etc. Todos estos temas que han nutrido la vida del movimiento de las mujeres, a las militantes de las organizaciones de extrema izquierda les ha costado exponerlos. El miedo a no ser suficientemente "política", a recargar las tan apretadas reuniones con "pequeños problemas" mezquinos; también el miedo a dividir, las ha retenido durante mucho tiempo. ¡Mala conciencia, cuánto te apoderas de las mujeres!.

Y además ¿se podía contemplar la creación de una organización separada de mujeres sin alimentar la división y el sectarismo de las organizaciones de extrema izquierda?. El milagro de la lucha sobre el aborto y la contracepción fue precisamente el reconciliar lucha colectiva y vida privada, movilización política de masas, unitaria e interés personal, reivindicación popular y preocupaciones de las mujeres. Por una vez en política, la aportación de las mujeres no era solamente su tradicional "generosidad", su sentido de entrega a los demás. Hizo falta toda la dinámica de esta lucha específica para que se operase la fusión entre la radicalización política general de las mujeres de la generación del sesenta y ocho y el feminismo. □



UNA MUJER EN EL 68

entrevista a Lidia Cirillo

La lista de los líderes "históricos" del 68 es, como podía esperarse, casi exclusivamente masculina. En cambio hubo masivamente mujeres en las asambleas, en las manifestaciones, en las barricadas,... Algunas de ellas ocuparon efectivamente puestos de responsabilidad, a costa eso sí de esfuerzos enormes. Hemos hablado con una de estas mujeres: Lidia Cirillo, que es actualmente dirigente de la LCR italiana.

Creo que tú fuístes la única mujer que ocupó puestos de dirección del movimiento estudiantil del 68...

No es del todo exacto. En el 68 yo había obtenido ya mi licenciatura y había dejado la universidad, que por otra parte siempre había frecuentado poquísimo. Tampoco me había ocupado mucho de la UGI (la organización de los estudiantes universitarios de izquierda); el trabajo lo hacían compañeros más jóvenes dentro de la distribución de tareas en el PCI y la FGCI (organización juvenil del PCI) donde militaba entonces, haciendo trabajo "entrista"; había adherido a la sección de la IV Internacional en 1966.

Volví a la Universidad a finales de 1967 y comienzos de 1968 porque el centro de la actividad política tendía a desplazarse en esa dirección. Pero no creo pecar de presunción si digo que fui la persona que en Nápoles más trabajó en la preparación de lo que luego fue el movimiento del 68, que allí tuvo mucho que ver con lo que organizamos, discutimos e hicimos la izquierda del PCI.

¿Qué relación había entre lo que sucedía dentro del PCI, en la FGCI, en el PSIUP (organización que, en sentido amplio, podríamos llamar de "extrema izquierda") **y el movimiento estudiantil?.**

Una relación estrechísima. Los cuadros dirigentes de la radicalización estudiantil, que era ya claramente visible en 1967, se habían formado en gran parte en los partidos de la izquierda "tradicional", en los que a comienzos de los años sesenta entró una capa nueva de militantes con niveles de escolarización más elevados que la media de los afiliados anteriores del PCI, con una mayor actitud crítica y sin actitudes reverenciales respecto a los jefes, grandes, pequeños o de cualquier tipo.

Ciertamente, en 1968 tuvo lugar una radicalización rapidísima de la que emergió una nueva vanguardia joven, y jovencísima, que se afirmó en la lucha, de-

mostrando combatividad y decisión; pero estos jóvenes se reconocieron en puntos de referencia ideológicos y políticos ya existentes, entre cuadros y grupos con una historia en la izquierda napolitana.

Pero, ¿con qué criterios los jóvenes elegían sus líderes y sus puntos de referencia?.

Contrariamente a las imágenes que sugieren los medios de comunicación, el líder no es sólo aquél o aquélla que habla mejor, que tiene más morro, o que no le teme al micrófono, ni a los pitidos. Para llegar al micrófono en las grandes asambleas estudiantiles del 68 era necesario estar rodeado de unas decenas de compañeros que lo garantizaran. Me refiero a que en la segunda mitad del 68 en Nápoles, los stalinistas ganaron la hegemonía sobre la radicalización juvenil (en la universidad, especialmente un grupo espantosamente sectario que en los años posteriores tuvo el buen gusto de autoliquidarse) y para mí, "trotskista", llegar al micrófono era una empresa casi sobrehumana. Y cuando lo conseguía tras muchos esfuerzos, se desencadenaba el infierno: había una especie de "contra-claque" que chillaba, insultaba, aullaba.

Casi siempre después de la intervención se me acercaban estudiantes curiosos o enojados, que querían saber qué era el trotskismo y por qué nos acogían de esa forma en la asamblea. Había alguno que creía que me llamaba "Cuarta", porque cuando me tocaba intervenir, la presidencia de la asamblea decía" *«Ahora tiene la palabra la Cuarta»...* Poco a poco fueron calmándose; se dieron cuenta de que con esos métodos nos estaban dando finalmente un espacio enorme. Por otra parte, la era de las asambleas oceánicas terminó pronto y sólo se reanudó con el desarrollo del movimiento de los estudiantes de media que eran todavía menos ideologizados y organizaban unas broncas enormes. En sus asambleas había que hablar poco y hacer propuestas claras. En fin, el sectarismo de los primeros tiempos fue decayendo y empezaba a descubrirse el "frente único".

¿Qué significaba ser una mujer en el 68?.

Es mejor empezar por el principio y decir qué significaba ser una mujer en una sección del PCI de la Italia meridional, a comienzos de los años sesenta. Las mujeres que entraban al partido eran las esposas, las novias, las hermanas de los compañeros; su presencia suponía una presencia masculina que le servía de garantía implícitamente. Cuando una mujer entraba sola en una sección, como hice yo, y decía: *«Quiero inscribirme en el partido»,* leía inmediatamente una pregunta en los ojos de los presentes: *«Pero, ¿qué querrá ésta?».*

Naturalmente, puesto que en la dirección del PCI había algunas mujeres, se admitía la posibilidad de que la mujer en cuestión quisiera hacer política. Pero era sólo una de las hipótesis posibles: las otras estaban casi todas ligadas a lo que puede fácilmente esperarse en un ambiente destacadamente masculino.

Debo añadir que después de haber superado algunas pruebas, fui acogida entre los hombres sin dificultades ni desconfianzas, hasta que, algo más tarde, me pasé del lado de los "extremistas", de los herejes. Entonces me recordaron que era una mujer. Los insultos y las calumnias eran un método consolidado en el PCI; contra una mujer era más fácil ejercerlos.

Según tu experiencia, ¿puede decirse que el 68 fue machista?.

El 68 fue machista porque lo era la sociedad entera y la propia izquierda. Uso el tiempo pasado no porque piense que las cosas hayan cambiado profundamente sino porque ahora, sobre todo en la izquierda, el machismo se enmascara de una forma vergonzante. Y también porque, en el fondo, las cosas han cambiado algo.



El feminismo empezó a hacer su camino más tarde y por un proceso de toma de conciencia autónomo de los únicos sujetos que podían definir los problemas, las contradicciones y las necesidades de las mujeres, es decir, las propias mujeres.

Quienes han hecho política conscientemente en los años setenta no pueden dejar de recordar cuál era la acogida reservada dentro de la izquierda, tradicional o nueva, porque ambas tenían una miopía pareja en este asunto, a la aparición de la temática feminista. El feminismo parecía un elemento de diversión respecto a las contradicciones centrales, es decir, el conflicto entre trabajo asalariado y capital; una fuerza disgregadora que ponía a las compañeras contra los compañeros y dividía al partido. Frecuentemente fueron las mujeres más politizadas las que reaccionaron con la desconfianza mayor. Pero algunas de estas mujeres fueron conscientes en un cierto momento de que un partido que no fuera capaz de responder a las necesidades específicas de un sujeto decisivo como las mujeres, no tenía razón de existir.

Pero esta es sólo una de las caras de la medalla del 68. Porque el 68 fue machista, pero representó también el inicio del feminismo de los años setenta, porque forzó a una generación de mujeres a arreglar sus cuentas con la política. El "protagonismo social", por utilizar una expresión gastada pero que viene a cuento, empujó a la lucha a millones de mujeres (obreras, estudiantes, amas de casa,...) que salieron de su cascarón para confrontarse con problemas colectivos. Y quiero decir algo más. Sin el 68 no se hubiera producido el feminismo como fenómeno de masas, como movimiento de lucha.

Porque el feminismo existe también en los periodos de paz social, de reflujo. Pero entonces es casi siempre una élite de mujeres que reflexionan y que luchan, que se hacen su lugar a codazos en un mundo hecho a la medida del hombre. Esta élite mantiene viva una llama, una luz que puede servir de punto de referencia para otras mujeres. Es importante en la formación de las expectativas y de la identidad de una mujer, saber que otras mujeres han hecho y han podido hacerlo; si el modelo es el ama de casa, la madre, entonces es mucho más difícil concebir proyectos alternativos.

Pero los saltos cualitativos se hacen en la historia —también en la historia de las mujeres— cuando entran en acción grandes fuerzas sociales, cuando la élite se transforma en vanguardia y no vive ya cercada en un universo hostil. Y el feminismo de los años setenta fue un gran salto cualitativo, sobre todo en la conciencia de las mujeres. Y por eso pienso que no es contradictorio decir que el 68 fue machista y que a la vez representó el primer paso hacia el feminismo.

CUANDO MAYO EMPEZO EN OCTUBRE

«En otros términos, en España, la Universidad no existe». Lwoff, febrero de 1968, al rechazar junto con Monod, ambos premios Nobel, el nombramiento de doctor "honoris causa" por la Universidad de Madrid.

Manolo Garí

El mítico mes de mayo de 1968 fue uno más, sin nada de particular, del curso 1967-68 en las universidades del Estado español. Todo el curso fue lo excepcional. Lwoff describía gráficamente la realidad: la institución docente franquista estaba en bancarrota con las aulas cerradas por orden ministerial y ocupadas por la policía, los estudiantes permanentemente movilizados y sus líderes expedientados académicamente o juzgados por el TOP.(1)

Mayo estrenó ministro de Educación, el tecnócrata Villar Palasí, que con sus planes de rentabilización de la Enseñanza(2) sustituía al dimitido y fracasado Lora Tamayo. La universidad se había convertido, según un artículo de Torcuato Luca de Tena aparecido en *ABC* a mediados de marzo, en *"escuela de malas artes"* y lugar de *"holganza, revueltas y guirigays"*.

Para rentabilizar era preciso previamente pacificar, pero el mismo día del nombramiento de Villar, el 14 de abril, la policía desalojó la Universidad de Santiago, lo que provocó movilizaciones en ese distrito hasta el día anterior a los exámenes. Las universidades de Madrid y Valencia habían sido cerradas indefinidamente desde el 27 de febrero y a finales de abril se produjeron en la primera de ellas duros enfrentamientos entre los fascistas de Defensa Universitaria y los estudiantes de Derecho.

El 30 de abril miles de estudiantes se sumaron a las concentraciones convocadas por CCOO en las principales ciudades. El 1 de mayo varios centenares, organizados en comandos, cortaron el tráfico de las principales vías de Madrid y Barcelona con barricadas y cócteles molotov.

Tras la reapertura de la de Valencia, se produjo la de la universidad de Madrid, donde el 14 de mayo se celebró una asamblea de distrito que terminó en una manifestación de más de 5.000 estudiantes en protesta por el cierre habido y exigiendo la anulación de los expedientes incoados. Este hecho provocó el exabrupto del volátil Carrero Blanco que calificó a los estudiantes de *«grupos de anarquistas, drogados y atecs»*.(3)

Durante el mes de mayo, incluso en las universidades cerradas, los estudiantes siguieron con atención la revuelta de Francia o se solidarizaron con los obreros de Pegaso en lucha desde marzo.

Los boletines editados durante ese mes por los Departamentos de Información de los SDEU(4), como el de Madrid, y concretamente el de la Facultad de Políticas y Económicas –punta de lanza del movimiento– estaban dedicados a los más diversos temas: un Informe sobre la situación económica, un dossier de documentos de las CCOO con exposición de las distintas líneas políticas (metal de Madrid, CCOO juveniles de Barcelona), el texto del "Movimiento 22 de marzo" titulado *"¿Por qué luchamos? Las razones de la revuelta"* o un escrito del guerrillero Camilo Torres.

Raimon dió un recital en Económicas de Madrid el 18 de mayo que acabó en una masiva manifestación hacia el centro de la ciudad, en la que miles de estudiantes corearon los gritos de *"Amnistía y Libertad"*, *"Los estudiantes con los obreros, la policía con los banqueros"* o el utópico *"Comisiones al poder"*, además del entonces ya habitual *"La solución: la Revolución"*. El coche de la princesa Sofía y sus guardaespaldas fue bloqueado casualmente por centenares de estudiantes, que se enfrentaron durante 3 horas a la policía formando barricadas

NOTAS:

(1). Tribunal de Orden Público, brazo judicial de la represión franquista creado en 1963 para hacer frente al resurgir del movimiento obrero y los inicios del movimiento estudiantil.

(2). Las piezas claves de esta "reforma" inspirada por los tecnócratas del Opus Dei fueron el Libro Blanco, la emisión de Deuda Universitaria y el Decreto de Asociaciones de Estudiantes para restar base a la auto-organización estudiantil y al que nadie se acogió. Lora fue cesado el 26 de marzo y Villar nombrado el 14 de abril.

(3). Dos meses antes Carrero, pieza clave de la dictadura en los planes de continuidad del régimen tras la muerte de Franco amenazaba: «...que nadie abrigue la esperanza de alterar nuestro sistema institucional, ya que el pueblo no lo permitiría, y en el supuesto de que lo permitiera quedan las fuerzas armadas para la defensa del orden establecido». *En su punto de mira estaban el movimiento obrero y el estudiantil a los que auguraba un fracaso inmediato que no se dió.*

(4). Sindicato Democrático de Estudiantes. En su denominación se añadía la sigla de la ciudad donde estaba enclavada la Universidad, por ejemplo SDEUB (Barcelona), SDEUM (Madrid), etc.

(5). Acudieron representantes de Bilbao, Sevilla, Valencia, Oviedo, Valladolid, Zaragoza, Barcelona y Madrid quienes acordaron en su declaración: «Ante cualquier medida represiva tomada contra cualquier distrito, todos los demás se considerarán afectados».



en los barrios limítrofes de la Ciudad Universitaria y en la carretera de la Coruña.

El curso decisivo

Así se clausuró un curso que se inició con la celebración generalizada de elecciones libres convocadas por los SDEU, impuestas por los estudiantes y toleradas por las desbordadas autoridades académicas. Estas respondieron cerrando el 26 de noviembre de 1967 la delegación de alumnos de Ciencias de Madrid, lo que provocó huelgas y manifestaciones en todo el distrito durante el resto del primer trimestre.

La represión y la agitación se generalizaron en el resto de distritos y unos fueron solidarios con los otros, tal como se había acordado por los representantes de las universidades reunidos en Barcelona el 23 de marzo de 1965(5). En diciembre de 1967 fueron expedientados, entre otros, todos los representantes elegidos en Políticas y Económicas de Madrid y en enero de 1968 fue cerrada esta facultad y sus alumnos sancionados con la pérdida de matrícula. Los estudiantes respondieron con asambleas y enfrentamientos con la policía en las manifestaciones de Madrid, Barcelona, Sevilla, Oviedo, Santiago, Málaga, Valencia y Valladolid y acogieron en sus reuniones a los representantes estudiantiles de Madrid que explicaron su situación. A finales de enero se produjeron 39 expedientes más en Ciencias y Filosofía de Madrid, 137 en Barcelona –buena parte de ellos en Escuelas Técnicas– y fue cerrada la facultad de Filosofía de Madrid. El 26 de febrero se realizó la VI y última Reunión Coordinadora Preparatoria (RCP) del Congreso Nacional de Estudiantes en Sevilla. Declarada ilegal, fueron detenidos varios de los asistentes, lo que provocó nuevas manifestaciones en distintos distritos y elcierre indefinido, el día 27, de las Universidades de Madrid y Valencia.

Ese mismo día se creó por decreto del Consejo de Ministros, la Policía Universitaria –bajo el teórico mando de los decanos–, lo que significó un asentamiento policial en los campus que duró varios años y convirtió a la universidad, según el escrito firmado por los catedráticos que se oponían a la medida, *"en una comisaría, en vías de transformarse en un cuartel"*. Se nombró un juez especial para los "delitos estudiantiles", que complementó la acción del TOP.

El 6 de marzo fue cerrada la universidad de Sevilla, dando lugar a manifestaciones en Zaragoza, Bilbao, Granada, Pamplona, Santiago y Barcelona. Cinco facultades fueron desalojadas violentamente por la policía en Madrid, donde, pese al cierre, la actividad sindical continuaba. Los departamentos de Información seguían editando hojas y boletines; se ensayaban nuevas formas de lucha –como las "sentadas" de Derecho–; se intentaban realizar "cursos paralelos" en algunas facultades que acabaron convirtiéndose en coordinación del movimiento y en tribunas políticas de impugnación de la ideología académica vigente; continuaba la actividad solidaria con Vietnam, Cuba o los obreros de Standard y Pegaso y se contestaba el mensaje liberal neocapitalista de Servan-Schreiber, que no logró celebrar una conferencia en Derecho boicoteada por los estudiantes –cada vez más radicalizados desde su inicial antifranquismo–, quienes corearon *"Abajo la Europa de los monopolios. Viva la Europa Socialista"*. Y después vino Mayo.

El final de un periodo del movimiento

Algo había cambiado en lo profundo del movimiento estudiantil durante el curso 1967-68. Diversas fuerzas políticas y sectores estudiantiles muy amplios se desvincularon del proyecto de los sindicatos libres estudiantiles y del Congreso Nacional de Estudiantes por lo que las elecciones de los SDEU a principios del curso 1968-69 fueron un fracaso. Los estudiantes de vanguardia miraban hacia otras formas de organización y otros objetivos políticos.

Se realizaron "juicios críticos" a algunos catedráticos y sus enseñanzas, se "ocuparon" por parte de los estudiantes algunas cátedras y comenzó la política de la "acción ejemplar" dentro y fuera de la universidad. Es el final de los SDEU. El 1 de diciembre se produjeron enfrentamientos masivos en Barcelona y Madrid

(6). *El estado de excepción fue declarado tras la ejecución por ETA del jefe provincial de la Brigada Político Social de la policía de Gipuzkoa, Melitón Manzanas, en agosto de 1968 en respuesta al asesinato de Txabi Echevarrieta y para ejemplificar que los representantes de la tortura y la represión y por tanto de la dictadura, eran vulnerables. Esta acción de ETA respondía al proceso de radicalización de esta organización, que junto con una parte de la juventud vasca, había roto lazos con el nacionalismo moderado tradicional del PNV.*

(7). *Las piezas fundamentales de este proceso fueron la Ley Orgánica del Estado (1966), la Ley Fundamental del Reino (1967), la renovación del Convenio con los USA (1969) y el nombramiento de Juan Carlos como sucesor, que tendría lugar después del Estado de Excepción (1969).*

(8). *FUDE, CUDE, INTER, ADEC.*

(9). *Sindicato Español Universitario (SEU), organización fascista en la que los universitarios estaban afiliados obligatoriamente. Asociación Profesionales de Estudiantes (APE), sustituyó al anterior, de corta vida, fue rechazada por los universitarios que luchaban por un sindicalismo libre sin trabas impuestas.*

(10). *Reunión Coordinadora Preparatoria (RCP). De 1967 a 1968 se realizaron 6, preparaban la coordinación inter-distritos del movimiento estudiantil organizado en sindicatos libres y su objetivo era la celebración de un Congreso general.*

(11). *Organo del Comité estudiantil del FLP, posteriormente denominado "Acción Estudiantil" y finalmente "Barricada".*

con barricadas frente a la policía. El 17 de enero de 1969 fue asaltado por los estudiantes el rectorado de Barcelona, quemada la "estanquera" y roto un busto de Franco. El 20 fue asesinado por la BPS (policía política), en el curso de un registro, el compañero Enrique Ruano, miembro del FLP y activista del movimiento estudiantil. La policía empleó el mismo método que había utilizado dos años antes con el estudiante valenciano Rafael Guijarro: la defenestración. Se produjo una Huelga General en todas las universidades.

El 24 de enero, el gobierno decretó el Estado de Excepción en todo el territorio del Estado español, extendiendo la medida adoptada meses antes en Gipuzkoa(6). Las deportaciones de miembros de la oposición, la detención de más de 500 estudiantes y obreros (230 de ellos puestos a disposición judicial), el cierre de varias editoriales, los centenares de registros domiciliarios tenían como objetivo dar un golpe al movimiento obrero de las CCOO, desarbolar al movimiento estudiantil que jugaba el papel de vanguardia en la lucha por las libertades democráticas y permitir la institucionalización de la dictadura a la muerte de Franco.(7)

La fase de liberalización del Régimen había terminado. Las amenazas de Carrero Blanco eran realidades. El movimiento obrero, dirigido por el PCE, no estaba preparado para este cambio político, ya que sus dirigentes lo habían educado en la utilización de los márgenes de esa liberalización haciéndole confiar en ella. El movimiento estudiantil en solitario no era capaz de llevar el peso de la lucha por las libertades, porque su papel social tenía evidentes límites y además una parte del mismo seguía bajo la influencia, aunque mermada, de los reformistas.

La historia posterior del movimiento estudiantil, que no volverá a tener el protagonismo del periodo abierto en 1965, es otra historia distinta, llena de movilizaciones y luchas insertas en los últimos años de la dictadura y en la primera fase de la transición. Había terminado el ascenso contínuo del movimiento estudiantil unitario y masivo como movimiento político autónomo en abierto enfrentamiento con el régimen franquista y organizado en sindicatos democráticos asamblearios.

Lo viejo

La creación de organizaciones estudiantiles clandestinas a partir de 1963(8) y la celebración de las Semanas de Renovación Universitaria (1964) abrieron paso, con la realización de la I Asamblea Libre de Estudiantes de Barcelona y la IV Asamblea Libre y la Semana por la Paz de Madrid en 1965, al sindicalismo estudiantil libre. Tras el derrumbe del SEU y el rechazo de la maniobra gubernamental de las APE(9), se puso en pie el SDEU en Barcelona, donde previamentese habían realizado elecciones libres. El SDEU se constituyó en el convento de los Capuchinos de Sarriá el 9 de marzo de 1965 y allí se diseñaron, después de una discusión abierta con participación previa de miles de estudiantes, las líneas maestras de un sindicalismo asamblearío, no clandestino, que se convirtió en plataforma de expresión de las corrientes políticas existentes y arrancó conquistas parciales bajo el régimen franquista durante el periodo 1965 a 1969.

Los intentos de coordinación estatal a partir de la I RCP(10) en Valencia –cuya represión provocó la primera Huelga General estudiantil bajo la dictadura– y la creación del SDEUM el 26 de abril de 1967 abieron el camino a la extensión de los SDEU. En ese camino la represión se había cebado en profesores (expulsión de la universidad de Tierno Galván y de Aranguren y otros tres catedráticos madrileños; expulsión de Sacristán y 68 PNN de la de Barcelona) y en los estudiantes (con juicios ante el TOP de los representantes catalanes y madrileños).

La Reforma Drmocrática de la Universidad, el sindicalismo libre hacia un Congreso General, la amnistía de todos los sancionados, la libertad docente y discente eran las banderas democráticas de un movimiento estudiantil, todavía muy centrado en los cambios en la Universidad –aunque sabedor de la necesidad de las libertades para todos los ámbitos–, poco coordinado estatalmente pero solidario. Barcelona y Madrid, los dos grandes centros, se alternaron como puntales de la movilización que consiguió hacer variar la correlación de fuerzas a favor de los estudiantes durante tres años. Durante los mismos se impuso en el interior de los centros docentes un cierto "doble poder" o "áreas de libertad" coyunturales que permitieron la evolución ideológica y política de amplios sectores de estudiantes en contínuo proceso de radicalización a través de su propia actividad sindical y de su experiencia en las movilizaciones. Se realizaron múltiples actividades culturales e incluso académicas en las que era palpable este acelerado cambio de ideas, contribuían al mismo y eran muestra de un estudiantado cada vez más crítico que empezaba a negar la función social de la universidad como "fábrica de explotadores".

A partir de un momento de su evolución, el movimiento estudiantil, tras amplios debates internos, buscó de forma constante la unidad de acción con el movimiento obrero, tal como se reflejó en las jornadas de lucha convocadas por CCOO en Madrid los días 27 de enero y 27 de octubre de 1967. Posteriormente la unidad de acción ya no basta, un amplio sector de estudiantes comenzó a

plantearse la cuestión de la alianza entre ambos movimientos con objetivos a largo plazo. La orientación de la mayoría del movimiento estudiantil se iba traduciendo en un convencimiento creciente de la necesidad de una lucha revolucionaria no estrictamente antirrepresiva y democrática, tal como de forma pedante y elemental pero meridiana, se planteaba en la revista "Acción Universitaria"(11) en su número del 15 de mayo de 1968: *«El movimiento universitario, a partir de las contradicciones específicas del estudiante en la sociedad en la que vive, a partir de la lucha por sus objetivos, ha llegado a plantear reivindicaciones que superan el marco de la Universidad burguesa, a someter a una crítica radical a toda la estructura de la sociedad capitalista(...)Solo si la lucha universitaria es englobada dentro de una lucha mucho más amplia por los objetivos de la clase obrera, podrá darse una transformación radical de la sociedad burguesa».*

Lo nuevo

Después de mayo nada fue igual. En parte se acusó la influencia de los acontecimientos de Francia, pero en gran medida durante el curso 1967-68 se habían acumulado factores autóctonos que dinamitaban el proyecto estrictamente democrático de 1965.

La represión durante 1968 contra estudiantes y obreros, y sobre todo a partir del Estado de excepción de 1969, ayudó a acelerar la inviabilidad del tipo de organización de los SDEU. El proyecto estudiantil de 1965 de la Reforma democrática de la universidad estaba perdiendo terreno dentro de los mismos sindicatos y consignas como Universidad Popular, Autogestión y un discurso crecientemente anti-capitalista habían calado entre los estudiantes e iban cambiando el contenido del programa reivindicativo. La misma consigna de Congreso Nacional de Estudiantes se había mutado por la de Congreso General de Estudiantes, fruto del avance de las ideas nacionalistas entre la juventud vasca y catalana y de un vago sentimiento de solidaridad de los estudiantes madrileños que organizaron un Festival-Encuentro de las Nacionalidades Ibéricas. En Barcelona la crisis del sindicalismo "clásico" apareció ya en el curso 67-68 con profundas divisiones en el seno del SDEUB que lo paralizaron. En Madrid la dirección del SDEUM no acudió a la VI RCP de Sevilla calificándola de montaje burocrático al margen de la soberanía de las asambleas. En mayo hubo un intento fallido de desbordar desde la ultraizquierda a la dirección del SDEUM, que a su vez estaba compuesta mayoritariamente por estudiantes a la izquierda del PCE. La alianza con el movimiento obrero era defendida desde posiciones que a su vez propugnaban un giro a la izquierda de éste. Durante 1968 y 1969 aparecen nuevos partidos políticos con base importante entre los estudiantes que se sitúan a la izquierda del reformismo, tales como el PCE(i), luego PT, Bandera Roja, ORT, etc., y comienza un profundo giro hacia el marxismo revolucionario en el seno del FLP, grupo que disputaba al PCE la dirección del movimiento estudiantil.



Todo ello no niega a su vez la influencia del Mayo francés en el que se había desenmascarado la política reformista de los PC y que creó ilusiones utópicas sobre el papel en la sociedad de la revuelta estudiantil, ya que partiendo de una realidad se extrapolaban sus consecuencias y posibilidades.

Las diferencias con la situación francesa alejaban la posibilidad de repetición aquí de un fenómeno similar. Y no sólo porque aquí estaba la losa de una dictadura militar y allí se combatía utilizando las libertades. La intensidad y magnitud de la revuelta estudiantil y la convergencia temporal con el movimiento obrero fueron distintas en el Estado español y en Francia, donde la clase obrera protagonizó una Huelga General, ocupó fábricas y desbordó, en ciertos momentos, a la dirección reformista. Los 120.000 estudiantes que componían la población universitaria a este lado de los Pirineos no sólo tenían un peso numérico absoluto y relativo menor en la sociedad comparándolos con la realidad de otros

países(12), sino que, dado el corte que supuso la Guerra Civil, no tenían lazos con los partidos y la tradición marxistas. La autarquia cultural impuesta por la represión franquista dificultaba el acceso a la literatura política revolucionaria. Todo ello produjo una menor capacidad de crítica globalizadora, una reflexión más pobre y limitada. Pero, sobre todo, pesaba en la situación el que la clase obrera, a diferencia de la francesa,no había acumulado el nivel de experiencias suficientes desde su resurgir en 1962, y como en Francia, no tenía una dirección política que le permitiera ponerse a la cabeza de la brecha democrática radical que abrían los estudiantes.(13)

Ni la autarquía, ni la represión, ni el retraso político en la toma de conciencia revolucionaria de la clase obrera impidieron que amplias capas de jóvenes estudiantes y obreros en todas las nacionalidades del Estado –hartos de la dictadura, de la opresión nacional, de la explotación y la represión– respiraran los vientos que traían la Revolución Cultural China, la guerrilla latinoamericana, Vietnam, las revueltas estudiantiles de México, Berlín y Roma, y sobre todo las barricadas de París.

La combinación de factores "exógenos" y "endógenos" es la única que explica los cambios producidos y que se tradujeron en una nueva fase del movimiento estudiantil. En 1969 incluso los reformistas reconocen la crisis de los SDEU y la aparición de fórmulas distintas(14). Las respuestas a la nueva situación son distintas, divergentes. El PCE empeñado en una política "universitarista" y "academicista" intentó constituir las Juntas de Estudiantes o las Plataformas Sindicales para llevar adelante su viejo proyecto de "alianza de las fuerzas de la cultura y el trabajo". Desde la izquierda y olvidando la influencia del PCE en el movimiento obrero, se intentó levantar un movimiento estudiantil anticapitalista aliado de una clase obrera idealmente revolucionaria. Aparte de proyectos grotescos como el de "llevar la política proletaria a la universidad", surgieron otros con mayores dosis de sentido común, aunque también escorados hacia el izquierdismo. Se crearon Comités de Acción, se desarrolló una intensa lucha antijerárquica y antiautoritaria(15) para movilizar a la Universidad.

Ninguno de los proyectos logró imponerse, pero la Universidad franquista, la de la Ley de Ordenación Universitaria de 1943(16), estaba herida de muerte y, más allá, el mismo modelo napoleónico de enseñanza estaba tocado. Los estudiantes no se integraron en ninguno de los sucesivos proyectos gubernamentales. Toda una generación de hijos de la burguesía, dada la composición social universitaria de los años 60, se puso en el lado opuesto al franquismo, una nueva capa de cuadros políticos surgió de esta larga e intensa experiencia, una parte de esa juventud comenzó a militar en las filas revolucionarias. Todo ello aceleró el proceso de pérdida de base social de la misma dictadura. □

NOTAS:

(12). El mismo año en Francia los universitarios eran 550.000 y en Italia 413.000.

(13). El movimiento obrero surgido en las huelgas de la minería asturiana de 1962, se extendió a los principales centros de la metalurgia (Madrid, Barcelona, Bilbao), incluso al campo (viticultores de Jerez). En 1964 se constituyeron formalmente las CCOO, recogiendo la experiencia asturiana, quienes utilizaron a fondo el empleo de los cargos del sindicato oficial (CNS) como los enlaces y jurados de empresa. Una de las huelgas que mayor influencia tuvo entre los estudiantes fue la protagonizada en 1966 por los trabajadores de Laminación Bandas en Frío de Echevarri.

(14). Antonio Marcial lo reconocía abiertamente en un artículo publicado por "Vanguardia", órgano de las UJCE, juventudes del PCE.

(15). En panfleto del FLP de diciembre de 1968 se llamaba a la lucha «contra los policías con gorra de plato o birrete académico».

(16). En esta ley se preveía la afiliación obligatoria al SEU, la vinculación de éste a Falange Española, el juramento de fidelidad al régimen de los docentes para poder ejercer. Todo ello en una universidad que todavía en los años 1964 al 68 estaba infradotada presupuestariamente, era muy clasista por su composición social y vivía atenazada culturalmente siendo la investigación nula. De los presupuestos del Estado de 1967, la universidad recibió el 1,13% frente al 22,5% de las fuerzas armadas y de seguridad. En 1964-65, según la Unesco se gastaba en el conjunto de la enseñanza 2,7$ per cápita en el Estado español, detrás de Ghana (4,2), Portugal (4,3) y a gran distancia de Italia (12,8), USA (92), URSS (113), Japón (137,6). Solamente un 1,4% de los universitarios tenían becas completas con manutención incluída, y el 14% era la cifra que tenía alguna ayuda para libros o matrículas, lo cual suponía que sólo un 4% de los universitarios procediera de la clase obrera.

ALGUNOS RECUERDOS DEL MAYO DE 1968

Francisco Alburquerque

En las semanas inmediatamente anteriores al mayo de 1968, en la Universidad de Madrid, nuestra lucha estudiantil estaba aún orientada fundamentalmente, a sacar fuera de los centros universitarios a la policía instalada en ellos. La ocupación física de los establecimientos universitarios por la fuerza policial (con cuartelillos en las propias Facultades y Escuelas) establecía por sí sola una tensión y actividad crítica frente a ella casi a diario.

Después de la larga lucha de todo el curso anterior, el Sindicato Democrático de Estudiantes estaba reconocido de hecho en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, en la que yo era en ese momento delegado del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Madrid (SDEUM) en el quinto curso de Económicas.

Releyendo hoy las hojas informativas de nuestro eficaz Departamento de Información del sindicato estudiantil de aquellas fechas, parece que nuestra principal actividad en esas semanas intentaba mantener la necesaria unidad de acción entre los universitarios, en el momento en que aparecían otras formas de crítica y de lucha diferentes a la específicamente sindical, como la que se realizaba en aquellos momentos a través de los carteles y murales, contra el régimen político impuesto en España, o contra la figura del dictador (lo que forzaba casi de inmediato la intervención policial), y cuya decisión de colocarlos no había sido tomada por el propio sindicato de estudiantes, sino por la acción directa de otros grupos.

Recuerdo que en aquellos días, las discusiones sobre la oportunidad de retirar o no dichos murales, nos llevaba a largas disputas teóricas sobre el derecho a la libertad de expresión, frente a los que nos exigían como delegados sindicales que retiráramos aquellos carteles, lo que desde luego, como demócratas, no estábamos dispuestos a hacer. Si habíamos conquistado parcelas de libertad, no era cuestión de usarlas para sólo escuchar las opiniones mayoritarias. Las minorías tenían también derecho a exponer sus propias opiniones, a través de sus propios medios. No entendíamos de otra forma la democracia por la que estábamos luchando.

Frecuentemente, mientras discutíamos todo eso, la policía solía recibir órdenes de retirar inmediatamente los carteles, lo que nos unía a todos en la protesta, relegando para mejor momento nuestras interesantes discusiones sobre el ejercicio de la democracia y la oportunidad política de las diversas formas de crítica en cada coyuntura concreta.

Lo cierto es que, pese a todas las dificultades, en aquellos momentos el sindicato democrático de estudiantes avanzaba decididamente, llevado por nuestros compañeros y compañeras más capaces, hacia la conexión de nuestras reivindicaciones con las correspondientes a la organización más representativa de la clase trabajadora, que era, en ese momento, Comisiones Obreras. Creo que era esto, precisamente, lo que la dictadura intentó evitar a toda costa, sin éxito alguno.

En un Boletín Informativo del SDEUM, de mayo de 1968, dedicado a las Comisiones Obreras, se puede leer que el sindicato estudiantil era solamente un medio de autoorganización hacia el objetivo de la Reforma Democrática de la Universidad. Pero la premisa fundamental de una universidad democrática es que ésta sea popular, es decir, abierta a todos los sectores que componen la sociedad(1). La reforma democrática universitaria por la que luchábamos no era pues posible sin una transformación profunda de las estructuras socioeconómicas del Estado. Y ello obligaba a iniciar, por tanto, los contactos con las organizaciones implicadas también en la transformación democrática y popular de la sociedad, como lo eran las organizaciones obreras.

El movimiento universitario –decía entonces el órgano universitario del Frente de Liberación Popular (FLP)–., a partir de las contradicciones específicas de los estudiantes en nuestra sociedad, y en la lucha por sus objetivos, se plantea ahora reivindicaciones que, superando el marco de la universidad burguesa, se dirigen hacia una crítica radical de toda la

(1).- Boletín informativo del SDEUM sobre CC.OO.. Mayo, 1968

(2).- Acción Universitaria. *Organo universitario del Frente de Liberación Popular (FLP). 15 de mayo de 1968.*

(3).-Hoja informativa número 25: "¿Por qué luchamos?. Las razones de la revuelta". *Departamento de Información del SDEUM. Facultad de CC.PP. y EE. 20 de mayo de 1968.*

estructura de la sociedad capitalista(2).

Tan solo unos años atrás, yo había decidido, como tantos otros (y otras) estudiantes, enfrentarnos a nuestro propio momento histórico, decididos a que no se nos negara nuestra propia identidad como personas y como ciudadanos (y ciudadanas) de pleno derecho. No queríamos el sindicato vertical impuesto, y desde luego, nos negábamos a ser otra cosa que lo que nosotros decidiéramos ser, por nosotros mismos. Acaso esa era nuestra fuerza principal.

Yo no tenía entonces ninguna formación política, de modo que me solía manejar con aquello que sentía como parte más interna de mí, esto es, unos planteamientos éticos humanistas elementales (no exentos de idealismo), así como mi propia fortaleza para afirmar una ancestral aspiración de libertad.

Muchos de nosotros (y nosotras) nos enfrentábamos a la dictadura sin ser "militantes" de nada. En ese momento, se trataba –como digo– de nuestra propia afirmación al intentar ser nosotros mismos. No era rebeldía; sino deseo de libertad.

Octavio Paz ha escrito que libertad es el derecho a decir NO al poder. Yo, efectivamente, lo viví entonces –y lo sigo viviendo aún ahora– de ese modo, bastante convencido de que la libertad debe situarse en el terreno de la práctica, y no sólo en el de las meras declaraciones filosóficas.

Pero, aunque no tuviera entonces formación bibliográfica, yo sí que había aprendido, casi sin darme cuenta, mientras trabajé como auxiliar administrativo y encargado de un pequeño almacén de montajes eléctricos en Córdoba (mi ciudad natal), recién terminados los estudios de bachillerato y preuniversitario, cuáles eran la naturaleza y características de las relaciones laborales y el antagonismo social básico entre patronos y obreros: en los días que faltaba el patrón (que no eran pocos), el taller seguía funcionando; pero no era así cuando los trabajadores paraban para exigir el pago de sus salarios. Muchas veces he notado posteriormente la diferencia entre los que hablan de la clase obrera cuando solo la han "leído" y mi propia concepción vivida, del lado de ella misma. He aprendido a desconfiar tremendamente de los primeros.

En aquellos años de la segunda mitad de los sesenta, mientras era estudiante en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad (Complutense) de Madrid, aprendí también, fuera de las clases, en aquel entorno vivo que las autoridades llamaban "actividades extra-académicas" (y que a mí me enseñó y destapó quizás algunas de las cosas más importantes que una persona puede aprender en ese período de formación universitaria), en aquel entorno –digo–, aprendí algo que nunca he olvidado, y que ha sido acaso una de las reflexiones que más me ha acompañado, y a la que sigo teniendo, pese a todo, una irracional fidelidad: *«cuando no se vive como se piensa, se acaba fácilmente pensando como se vive...»*.

Hoy mismo, mientras me afeitaba por la mañana, escuchaba por radio las palabras del representante del Ministerio de Educación y Ciencia, negándose a negociar con los sindicatos de profesores mientras éstos mantuvieran la huelga. Es ésta una afirmación de presunta "autoridad" que siempre he considerado tan inútil como estúpida; pero aunque la he escuchado miles de veces, siempre había sido a decanos, rectores o ministros franquistas; policías; militares; prensa conservadora; y antidemócratas en general. Ahora las escuchaba, sin embargo, de quien había sido conmigo –y viviendo en el mismo piso a escondidas de la policía– nada menos que delegado de actividades culturales del SDEUM en la Facultad de Políticas.

Metidos de lleno en la lucha contra la dictadura, contra la policía, y contra una sociedad injusta, el recuerdo del Mayo francés que tengo en esos momentos es el de un movimiento paralelo a nuestro movimiento estudiantil en Madrid, realizado en un contexto cualitativa e históricamente diferente, pero que acertaba a expresar magníficamente, sobre todo a través de sus "slogans" y pintadas murales, gran parte de una lucha que era ciertamente común. Mucho antes de que leyésemos en los muros de París de 1968 que *«la democracia no se vota, se hace»*, nosotros ya teníamos una buena práctica en ello.

El atractivo de nuestra propuesta de autoorganización sindical democrática, y nuestra fuerza principal, fueron siempre el carácter abierto de nuestros debates en asamblea, donde aprendimos de veras el funcionamiento de la democracia real, y quizás por eso, aún ahora a algunos sigue sabiéndonos a bastante poco su sustituto formalista.

Pero, ¿por qué luchábamos aquí y allá los estudiantes en 1968?.

En un artículo publicado en el número 1 de "Action" el 7 de mayo de 1968, que fue reproducido por el Departamento de Información del SDEUM en la Facultad unos días después(3), se exponen con claridad las razones de nuestra revuelta: los estudiantes rechazábamos una universidad cuyo único fin fuera el de formar los patronos del mañana; rechazábamos un sistema social autoritario y jerárquico; y rehusábamos ser los servidores de dicho sistema.

En el caso francés, el intento de reforma tecnocrática de la universidad del plan Fouchet, y las intenciones de introducir una selectividad de entrada en la misma, desencadenaron la protesta estudiantil en Nanterre, intentando evitar el normal funcionamiento de una universidad "fábrica de cuadros para la burguesía", y transformándola en un lugar de crítica permanente. A partir de ahí se interrumpen cursos, se discute a los profesores, y se critica el exámen como método irracional de control e incitador del individualismo.

Nosotros no teníamos aún, en este sentido, nada más que algunos intentos aislados, que posteriormente al Mayo francés se ampliaron considerablemente. Pero nuestras luchas coincidían también en una concepción global y solidaria ante el mundo, mediante la crítica a la intervención norteamericana en Vietnam; la defensa de la revolución cubana; el derecho legítimo de los pueblos (sobre todo los pueblos subdesarrollados) a su independencia y soberanía nacionales; etc... Por eso el "poster" del Che Guevara estaba en nuestras habitaciones; era esa misma capacidad solidaria de identificación con los desposeídos, con los marginados, por una sociedad mejor, lo que nos movía, lo que nos interesaba, frente al futuro que ofrecía la sociedad actual, que no era otro que el de convertirse en "cuadros" encargados de aplicar contra los trabajadores un sistema al que nosotros mismos íbamos a estar sometidos.

En Francia, aquel movimiento estudiantil, como es sabido, logró arrastrar consigo un amplio movimiento de masas, venciendo las importantes resistencias iniciales de las organizaciones de izquierda y obreras tradicionales, a quienes los estudiantes criticaron por su ineficacia y burocratismo. El Mayo francés, como he dicho antes, se desarrollaba en un contexto cualitativa e históricamente diferente al del Mayo de 1968 en Madrid. En aquel caso, la protesta de fondo se dirigía también contra una democracia formal en la que las organizaciones tradicionales de izquierda (sindicatos, partidos) estaban integradas de hecho, vaciándose con frecuencia en un parlamentarismo inoperante, y subordinando totalmente la acción de masas a la burocracia y a la acción electoral de los partidos. En otras palabras, el Mayo francés abrió también la crítica al burocratismo, dogmatismo y autoritarismo de las organizaciones de izquierda, denunciando su incapacidad para transformar la realidad.

En España, la resistencia y la lucha contra la dictadura, que como es sabido se prolongó bastantes años más, permitió demorar la aparición de dicha crítica en el seno de la izquierda, que siguió aglutinada, en esa lucha, manteniendo los viejos idearios y formas de organización.

Veinte años después de que los estudiantes del mayo de 1968, aquí y allá, evidenciáramos que la finalidad última de la izquierda no es tanto llegar al gobierno como cambiar la vida, parece que todavía no lo hayamos aprendido, o simplemente, aún estamos en ello.

Sevilla, abril de 1968

1968: ¿SOLO UN COMIENZO?

F.Fernandez Buey

Cuando se había consumado ya la derrota del movimiento que culminó en mayo de 1968 los estudiantes universitarios franceses hicieron célebre una frase que recorrió el mundo político de entonces. Obligados a volver a las aulas por la dureza de la policía, la presión de los burgueses y la amenaza del ejército francés, dijeron: *«Es sólo el comienzo; la lucha continúa»*. Aquellos estudiantes querían decir que no se sentían derrotados, que habían perdido sencillamente una batalla de una guerra que no había hecho sino empezar. Esa es la forma tradicional y habitual de expresión del optimismo histórico, de los movimientos nacientes, de las gentes que creen estar engrendrando algo nuevo. Por esa misma razón la frase se repitió muchas veces, en contextos distintos y a propósito de reveses diferentes, en Roma, Barcelona, Praga o México, durante los años que siguieron, mientras el movimiento estudiantil siguió en alza. Luego, con el paso del tiempo –como suele ocurrir con todas las frases demasiado repetidas– aquel "es sólo el comienzo; la lucha continúa" se convirtió en objeto de chanza, sustituyó aquí a la vieja broma sobre la moral del Alcoyano y, finalmente, fue olvidado.

Pues bien, los aniversarios están, entre otras cosas posibles, también para esto: para preguntarse, con la distancia y el desapasionamiento que permite el tiempo transcurrido y la existencia de la memoria histórica, acerca del grado de veracidad de frases que se pronunciaron en circunstancias trágicas y acabaron en comidilla del breviario del cínico. Veinte años es tiempo suficiente para volver a tomarse en serio la cosa. ¿Fue la rebelión estudiantil de los años sesenta sólo un comienzo? Y si lo era, ¿un comienzo de qué?.

Algunos sociólogos como Touraine dieron muy pronto una respuesta a esa pregunta. Casi al hilo de los acontecimientos pronosticaron que estaba naciendo un nuevo sujeto social, que los estudiantes universitarios y los intelectuales estaban tomando el relevo del viejo sujeto de la transformación social radical, de la clase obrera. De la misma manera que la sociedad industrial de la manufactura y de la gran industria obligaba a los trabajadores manuales a rebelarse contra la explotación del trabajo asalariado y contra la alienación generada por las máquinas, así también la nueva sociedad, la sociedad postindustrial, empuja a los trabajadores intelectuales (y a quienes aspiran a serlo) a rechazar el nuevo tipo de enajenación que se anuncia en la automatización plena, en la robotización de parte del aparato productivo y en la "tolerancia represiva" del sistema. El gran rechazo estudiantil del 68 habría sido, según esta argumentación, un comienzo en el sentido de una anticipación de movimientos sociales aún más amplios y radicales cuyo motor estaría en la consciencia excedente producida por el aumento del tiempo libre en sociedades tecnológicamente muy avanzadas.

Hoy sabemos que hay mucho de verdad en esa explicación del comienzo. No en balde casi todos los movimientos sociales nuevos de las dos últimas décadas han puesto el acento en la crítica de una civilización expansiva movida primordialmente por la lógi[illegible]beneficio y por el fetiche de tecnologías recientísimas cuyos efectos negativos no son todavía conocidos en el momento en que son puestas en funcionamiento. Sabemos, efectivamente, que el disgusto ante el nuevo tipo de autoritarismo que se esconde bajo la tolerancia represiva y el desencanto respecto de una sociedad que prometía menos horas de trabajo y más consciencia cívica, pero ha generado de hecho más cinismo y más alienación, son la herencia principal que los movimientos sociales de ahora han recogido de los jóvenes pioneros del Sesentayocho.

Aquella explicación sociológica, no obstante, tenía también su lado flojo. No que estuviera pensada exclusivamente para dar cuenta de conductas de jóvenes universitarios en países muy avanzados tecnológicamente, o sea para países como EEUU, Japón y los que entonces formaban la CEE, pues al fin y al cabo esa abstracción moralmente discutible (al dejar fuera de la consideración a dos tercios de la humanidad) era científicamente justificable (al subrayar las puntas avanzadas de tendencias que podían generalizarse en el futuro). No por eso o no principalmente por eso, sino porque tal explicación atribuía la posibilidad de la extensión del rechazo generalizado de esta sociedad nada menos que a sectores y fragmentos sociales privilegiados de la misma. Frente a esa

explicación no es difícil argumentar, por poco conocimiento histórico que se tenga, que grupos sociales privilegiados pueden, sí, criticar por generosidad el propio privilegio momentáneamente o temporalmente, pero no llevar, sin suicidarse, esa crítica del privilegio propio hasta las últimas consecuencias.

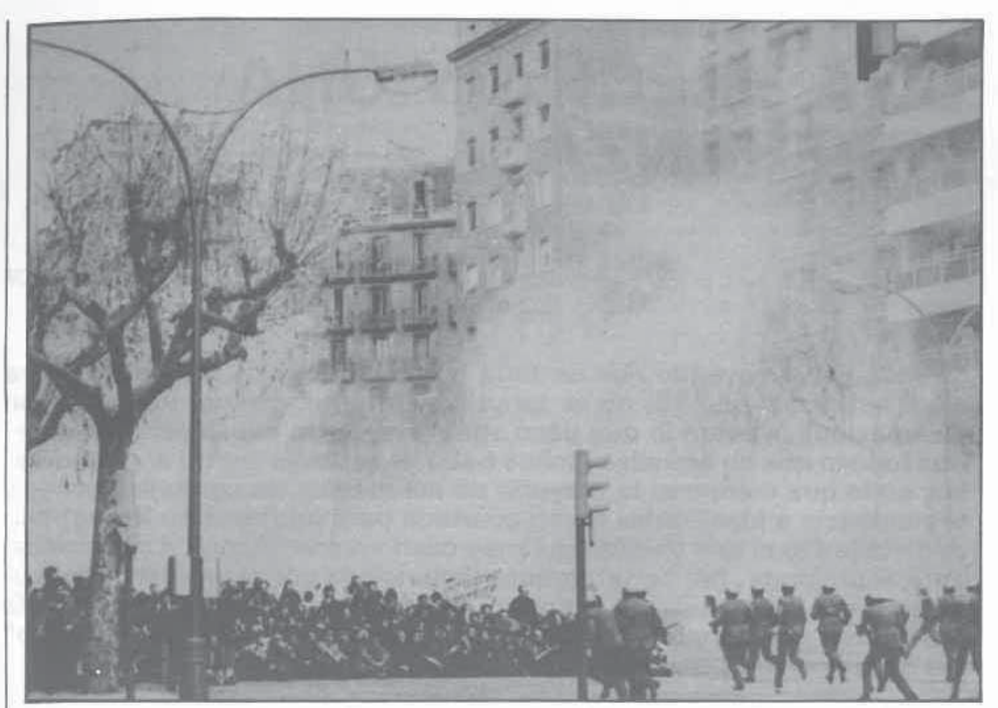
Y eso fue lo que pasó en 1968 realmente. Por un momento la generosidad de la juventud universitaria europea (y norteamericana) llegó hasta su límite: el rechazo de una de las funciones básicas de la universidad en el contexto social, el rechazo de la función social consistente en formar y reproducir de forma clasista las élites dominantes, de la función hegemonizadora, de la formación para ese otro oficio que es el "mandar" que decía Ortega y Gasset. Pero esa generosidad, que en aquel caso incluyó asuntos tan importantes como la protesta contra el genocidio norteamericano en Vietnam, se acaba pronto. Se acaba con los años y con los palos. Sobre todo cuando detrás de ella sigue estando el privilegio. Pasolini, que no era sociólogo, vio esto mucho mejor que los profesionales del análisis social. Y, entre nosotros, Joan Fuster captó en seguida ese aspecto del movimiento estudiantil en un momento de adulación generalizada a los jóvenes. Ninguna extrañeza, por tanto, acerca de la evolución posterior de los universitarios airados del mayo parisino del 68. Puede vender mucho la revelación de cómo se convirtió en *yuppie* un *yippie* de los sesenta. Pero bien mirado la revelación sería lo contrario: el caso del estudiante conservador de los sesenta que ahora está en la guerrilla salvadoreña.

Así que desde ese punto de vista el 68 no fue un comienzo, sino más bien una explosión o, como se dijo en su momento con cierto escepticismo, nuestro sarampión. Fue, en cambio, un comienzo en otro sentido. En un sentido menos espectacular pero también muy básico. El 68 reveló la existencia de una contradicción insanable en el sistema capitalista, la existencia de una de esas contradicciones que podrán amortiguarse pero no superarse sin transformaciones económicas y sociales radicales. Esta contradicción consiste en lo siguiente. Por un lado aumenta la presión popular en favor de una enseñanza superior, universitaria, generalizada, esto es, en favor de abrir a todos los ciudadanos intelectualmente capacitados el acceso a las aulas universitarias; pero por otro lado, para mantener el privilegio, para seguir reproduciendo las élites que mandan y manteniendo con ellas la división social del trabajo que es propia del capitalismo, es obligado frenar aquella presión social, restringir el acceso de la mayoría social a la universidad.

Desde finales de la década de los sesenta en todos los países tecnológicamente avanzados se asiste a una pugna —más o menos sorda, más o menos llamativa— entre las clases sociales en torno al derecho de todos los ciudadanos a la enseñanza superior. Esa pugna, que pone de manifiesto una contradicción de fondo, es imparable, pues lo que suele llamarse "masificación" de la universidad, el aumento constante del número de jóvenes que llegan a la universidad es consecuencia de una presión social por abajo que, a su vez, se debe a la liberación de fuerza de trabajo juvenil propiciada por el desarrollo tecnológico, por la aplicación de las nuevas técnicas al proceso productivo.

Cierto es que a finales de la década de los sesenta hubo otros dos factores, hoy mitigados, que contribuyeron a agudizar la contradicción de base: el crecimiento demográfico que siguió a la segunda guerra mundial y la euforia económica de una época que eufemísticamente se conoció como la de los "milagros económicos". Ambas cosas, demografía y economía, se juntaron con el avance tecnológico para favorecer la demanda social de enseñanza superior. Pero aunque, efectivamente, la caída del índice de natalidad y la crisis económica en los países industrialmente avanzados ha amortiguado algo los efectos de aquella contradicción no se puede decir que haya dejado de producir conflictos sociales. Las muestras más recientes son los acontecimientos del pasado año en Francia, España e Italia; acontecimientos que ponen de manifiesto que la contradicción básica sigue ahí co[illegible] "viejo topo" del pasado siglo. Los estudiantes, ahora de los cursos superiores del bachillerato, protestan contra las medidas selectivas o restrictivas que impiden el acceso a la universidad y contra el exceso de fragmentaciones y titulaciones mediante el cual los que mandan pretenden seguir manteniendo el privilegio. Y los estudiantes universitarios protestan contra las reformas en curso cuyo objetivo es, con matices y diferencias nacionales, claro está, convertir el primer ciclo de los estudios superiores en una continuación del bachillerato y crear universidades de élite o estudios privilegiados de postgrado en los que reproducir la hegemonía.

La estrategia de los que mandan sigue en lo esencial el modelo adoptado en EEUU ya en la década de los sesenta: multiplicar las titulaciones, las divisiones y los niveles del sistema de enseñanza para, con esa fragmentación de la presión social, desviar el impulso revolucionario que esta presión tiene. El carácter revolucionario de ese impulso, de esa presión, consiste en esto: con el desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas, y particularmente por la tecnología, en las últimas décadas pierde sentido el mantenimiento de la división social del trabajo que era característica de la sociedad industrial; y al perder sentido ese tipo de división social del trabajo



1968.

también lo pierde la forma tradicional de formar para los oficios, preparar para la investigación científica y educar para mandar. Con el nivel tecnológico de los años sesenta, con la conversión de la ciencia en elemento productivo básico, la sociedad estaba madura para sustituir la división fija (y clasista) del trabajo por una división del mismo exclusivamente técnica que tuviera como motores la rotación de tareas, la alternancia de trabajo manual y trabajo intelectual y la formación politécnica de todos los ciudadanos.

Estas tres últimas cosas harían saltar, naturalmente, el viejo privilegio, la reproducción de las viejas élites. Por eso la estrategia de los que mandan, también en cuestiones de enseñanza universitaria, ha consistido en una nueva versión del "divide y vencerás". Por el momento esa estrategia está teniendo éxito, mucho éxito. En las universidades el "divide y vencerás" ha dado lugar a una enorme extensión del corporativismo entre los profesores y de la competición individualista entre los estudiantes. Corporativismo y competición individualista tapan o amortiguan la contradicción entre presión social a favor de la generalización de la enseñanza superior y medidas restrictivas de esa misma presión. El conflicto queda en estado de latencia.

Por otra parte, el movimiento estudiantil –siempre se ha dicho– es "guadiánico", se pierde en el subsuelo de las contradicciones durante años y rebrota de repente sin que, por lo general, los sociólogos lo hubieran previsto. Eso se debe, naturalmente, a que la permanencia en la universidad es temporalmente breve y a que, en tales condiciones, la transmisión de experiencias relativas al movimiento es siempre difícil. Los estudiantes universitarios de hoy estaban naciendo o mamando cuando los acontecimientos de Berkeley, Barcelona, París, Milán, Berlín o Madrid saltaban a las primeras páginas de los periódicos. La historia, por lo demás, siguen haciéndola los vencedores (para los vencidos siempre queda el remedio comercial del libro de éxito en el que se cuentan desgracias, como ha hecho Cohn-Bendit recientemente). Y los vencedores siempre hacen enlazar lo que hay hoy con aquello por lo que se luchaba ayer. Muchos de los estudiantes universitarios de hoy habrán oído o leído ya la leyenda según la cual la lucha de los estudiantes del 68 por "cambiar la vida" es el programa de los partidos socialistas (algunos en el gobierno, o compartiéndolo en varios países europeos). Ese enlace del ayer con el hoy viene a veces reforzado indirectamente por el paso del *yippie* a *yuppie* (que en España siempre quiere decir: por el paso del partido comunista al social-liberalismo o al partido-de-la-moda), como si el cambio de vida que correspondiera a aquellas expectativas de entonces fuera precisamente este ocuparse en exclusiva del propio cuerpo social, en el caso del corporativismo, o del propio cuerpo físico, en el caso del narcisismo.

Pues bien, hay otra versión del Sesentayocho: el Sesentayocho como inicio de la revelación de un conflicto estructural, básico, de nuestras sociedades que nos obligará a elegir entre la barbarie del parasitismo social y un nuevo tipo de división del trabajo. Vistas así las cosas sale a luz algo que en las conmemoraciones actuales se está olvidando: que los estudiantes de finales de los sesenta se rebelaban contra sociedades autoritarias, formalmente democráticas pero materialmente desiguales, como las que hoy siguen existiendo.

5 de abril de 1988.



1986.

UNA BRECHA Y UNA ESPERANZA

Jaime Pastor

Cuando están cayendo ríos de tinta y bombardeos de imágenes sobre el ya mitificado año 68, no es tarea fácil intentar ofrecer una reflexión desapasionada sobre lo que pasó entonces. Entre la aspiración a enterrar todo lo que en aquellas luchas hubo de rebeldía frente al poder –labor en la que compiten la mayoría de los medios de comunicación–, y la tendencia a idealizarlas como coartada para justificar su irrepetibilidad –objetivo al que tienden quienes caen en esa *"sumisión pragmática"* ante el presente, tan certeramente denunciada por el profesor Aranguren–, trataré al menos de exponer una visión en la que no todo quede reducido a una simple revuelta estudiantil, ni a un confuso "tumulto" sin consecuencias mayores.

Lo que pasó en el mundo durante aquel año no llegó a suponer, desde luego, una "revolución", pero sí significó una verdadera conmoción social y política en el conjunto del hemisferio Norte. La brecha que se abrió a partir de esa fecha fue tan profunda que, independientemente de cuál ha sido la evolución de sus protagonistas, sus efectos pueden observarse todavía en las sociedades actuales: en lo que tuvieron que integrar y, sobre todo, en la presencia de fuerzas que siguen luchando por evitar que se cierren las heridas que el capitalismo y el "socialismo real" sufrieron en aquel entonces.

Mayo no llegó solo

Es cierto que el acontecimiento más importante fue sin duda el "Mayo francés", no en balde fue allí donde quedó patente la capacidad de una nueva generación juvenil para actuar como "detonador" de una huelga general obrera, la más masiva en la historia de ese país. Una huelga que creíamos podía haber desencadenado una verdadera revolución (el poder estaba en la calle...)(1), pero que finalmente sólo –aunque no era poco en aquel tiempo–, consiguió provocar una crisis irreversible del régimen gaullista.

Pero antes y después de esa explosión, pasaron muchas cosas: en 1965 habían comenzado las grandes movilizaciones contra la guerra de Vietnam en Estados Unidos y en Europa, extendiéndose una profunda conciencia antiimperialista dentro de la llamada "nueva izquierda" y de la juventud, iniciada ya a raíz de las revoluciones argelina y cubana(2). En octubre del 67 había sido asesinado el Che, símbolo de un internacionalismo revolucionario olvidado por el movimiento obrero. También en el 66 se puso en marcha la Revolución Cultural China, de características más complejas y contradictorias, pero que en todo caso revelaba la dimensión mundial que estaba teniendo la aparición de una nueva fuerza social radical, la juventud.

Esos precedentes, unidos a otros en el ámbito contracultural e ideológico, sirvieron de prólogo a un 68 en el que sobresalieron tres grandes acontecimientos: la ofensiva del Têt en Vietnam, el Mayo francés y el Agosto checoslovaco.

La ofensiva de febrero en aquel país asiático representó un auténtico golpe moral contra el imperialismo norteamericano, pese a que en términos militares sus resultados no fueran tan positivos(3). Su impacto en la población estadounidense fue enorme, al comprobar ésta la falsedad de toda la propaganda "democrática" de su gobierno; también pudo observarse esa sensibilidad ante la lucha armada de un pequeño pueblo en las Universidades europeas y, aunque en menor escala, en las del Estado español. Desde entonces, la seña de identidad antiimperialista fue reconocida como tal por millones de jóvenes, convencidos de que la abundancia de sus sociedades era la otra cara de la miseria del "Tercer Mundo".

El mayo francés introdujo en ese clima una radicalización anticapitalista y, gracias a la confluencia con el movimiento obrero, la ilusión de que la revolución era ya posible en un país capitalista avanzado. Se trataba de una interpretación muy condicionada por el entusiasmo con que luchábamos entonces(4), llegando a pensar que la única labor que nos quedaba por hacer "inminente" esa revolución era la de la construcción de

NOTAS:

(1).- En el artículo sobre el Mayo francés que aparece en este mismo número están suficientemente analizadas las características de esa crisis. Matizando, pues, la valoración de lo que ocurrió, sigue siendo válida la tesis de que para muchos de los que vivieron directamente esos acontecimientos fueron "como una revolución", según recuerda desde otro enfoque Edgar Morin ("Complejidad y ambigüedad". Debats, *número 21, septiembre 1987).*

(2).- No hay que olvidar que antes de la influencia que va adquiriendo en las sociedades occidentales la guerra del Vietnam sólo se encontraba el precedente francés de la solidaridad con Argelia, mientras que en países como Inglaterra y la RFA se habían producido movilizaciones contra las armas nucleares completamente disociadas de las luchas del "Tercer Mundo". Ejemplo de ese "eurocentrismo" es la experiencia de la Campaña por el Desarme Nuclear inglesa, de la que se va desgajando un sector (con Bertrand Russell a la cabeza) que conectará con la juventud dispuesta a apoyar al pueblo vietnamita desde la mitad de los sesenta (vid. por ejemplo Massimo Teodori, Las nuevas izquierdas europeas (1956-1976), *vol 1, caps. I, IV y IX. Barcelona, Blume, 1978)*

(3).- Aníbal Romero resume la importancia de aquella acción en los siguientes términos:«Desde un punto de vista estrictamente militar, Têt fue una "victoria" norteamericana; las pérdidas de las fuerzas de liberación vietnamitas fueron altas; en diversas provincias el aparato político y armado clandestino del Vietcong salió a la luz y fue golpeado por las tropas norteamericanas(...). A nivel político, Têt fue una grave derrota para los norteamericanos. El "centro de gravedad" norteamericano con respecto a Vietnam se encontraba en *la imagen* que el pueblo de Estados Unidos –que sostenía financieramente la intervención– *tenía de sí mismo* y de las metas de su gobierno en Indochina. Toda la estructura de mitos sobre el carácter desinteresado de la intervención norteamericana, en servicio de la libertad del pueblo de Vietnam, quedó derruida luego de que Têt reveló, de una vez por todas, el carácter antipopular del gobierno survietnamita y la extraordinaria voluntad de lucha de las fuerzas nacionalistas». (Estrategia y política en la era nuclear. *Madrid, Tecnos, 1979, pág. 281). Un buen testimonio de la evolución del movimiento estadounidense contra la guerra de Vietnam y de su tránsito del "disentimiento" a la resistencia se encuentra en Noam Chomsky,* La responsabilidad de los intelectuales. *Barcelona, Ariel, 1969.*

(4).- Jean-François Lyotard, potmoderno, introduce el entusiasmo dentro de una reinterpretación kantiana de la historia, presentando como ejemplos de manifestación de ese fenómeno la Revolución Francesa y Mayo del 68 (El entusiasmo. *Barcelona, Gedisa, 1987). Sin aspirar a tanto, lo que sí es cierto es que se trataba de un sentimiento muy compartido antes de que llegara el reflujo y que en pocas ocasiones reapareció posteriormente.*

(5).- De los socialdemócrtas apenas se puede hablar, ya que en el caso francés estaban en proceso de reorganización, mientras que en otros países o estaban en el gobierno –enfrentados a los estudiantes, como en la RFA– o se encontraban simplemente ausentes, como aquí.



Publicaciones del FLP y del SDEUM.

un partido revolucionario, o de una "vanguardia ejemplar", capaces de ser solución de recambio frente a los anquilosados Partidos Comunistas(5). Creíamos así tener la respuesta a la famosa sentencia de Sartre según la cual *«con el Partido Comunista Francés no se puede hacer la revolución, sin el PCF tampoco»*.

Junto a esa convicción antiimperialista y al rápido tránsito de la rebeldía al compromiso revolucionario, hubo otras dimensiones de esa explosión que, aún habiéndose manifestado antes en otros lugares, allí encontraron su mayor expresión. Se trata del antiautoritarismo –más teorizado por la oposición extraparlamentaria alemana–, del carácter asambleario del movimiento y del renacimiento de una concepción de la democracia que enlazaba con lo mejor de las tradiciones revolucionarias de Francia y, sobre todo, de la Rusia del 17; del comienzo de la puesta en cuestión de la separación entre lo público y lo privado, de la extensión de una "contracultura" que servirá de fermento para el feminismo; así como de la crítica al modelo de crecimiento capitalista llamado entonces "neocapitalismo", punto de partida para la reaparición de proyectos de nuevas sociedades, expresados brillantemente en las paredes de las Universidades y fábricas de muchas ciudades francesas.(6)

Pero por encima de todo esto o, mejor dicho, como una manifestación concentrada de esa crisis, lo que pudimos observar fue la confrontación directa con el poder político, con el Estado, de los obreros y los estudiantes del país vecino. La experiencia de esa prueba de fuerzas fue la que condujo a la politización de toda una nueva generación.

A todo esto el Agosto checoslovaco vino a añadir la crisis del stalinismo, de un modelo de socialismo burocrático y militarizado, ante millones de jóvenes. Para una parte importante de éstos, la ocupación de Praga por las tropas del Pacto de Varsovia fue vista no sólamente como una operación contra los reformadores liberales sino también y principalmente contra los trabajadores deseosos de instaurar una democracia socialista basada en los consejos. Por desgracia, el apoyo dado a la iniciativa de Breznev por parte de Fidel, por un lado, y las condenas de algunos Partidos Comunistas occidentales a la invasión, por otro, ayudaron a confundir a todo un sector de la izquierda. Pero, de cualquier manera, lo que luego se llamará "socialismo real" se convierte a partir de ese verano en algo de escaso atractivo para quienes se incorporan a la lucha política.

Nuestro "pequeño Mayo"

A la vista de lo que sucedió en muchas partes del mundo durante aquel año, lo que pasó aquí fue, hay que reconocerlo, bastante modesto. Pero no hay que olvidar tampoco las condiciones más difíciles en que nos encontrábamos para "emular" a nuestros compañeros de generación en Francia y otros países.

Habría que empezar recordando que sólo desde 1962 había empezado a producirse una reconstrucción progresiva del movimiento obrero; que los estudiantes acabábamos de destruir el SEU y que se estaba iniciando un proceso de radicalización nacionalista en lugares como Euskadi. Dentro de esa situación general, bajo el peso de una dictadura y en el marco de una masificación reciente de las Universidades, el nuevo movimiento estudiantil se iba configurando como una fuerza social esencialmente antifranquista y democrática en sus objetivos prioritarios –lo cual le diferenciaba de otros países–, si bien no por ello ajeno a las características que van tomando movimientos similares en Europa occidental.

Así, en el año 68 la relativa unidad antifranquista no es obstáculo para la incorporación de las señas de identidad antiimperialista y anticapitalista y, sobre todo, para buscar la confluencia con el movimiento obrero, con la esperanza incluso de "repetir" el Mayo francés mediante una prueba de fuerzas contra el régimen. La crisis del sindicato democrático estudiantil fue reveladora, en este sentido, tanto de la voluntad de muchos y muchas de ir más lejos en su radicalización como de las dificultades para que aquella prueba de fuerzas se saldara favorablemente(7).

El radicalismo de ese año y de la década de los sesenta en general produjo una nueva generación de revolucionarios, agrupados en torno a distintas corrientes políticas, obligadas a su vez a consolidarse en unas condiciones de represión más agudas tras el "estado de excepción" de enero de 1969, que coincidió con el asesinato del compañero del Frente de Liberación Popular, Enrique Ruano.

En esas circunstancias era fácil que el activismo predominase sobre la reflexión y la elaboración teórica y política, y que rasgos como el antiburocratismo y el antiautoritarismo dentro de las organizaciones no fueran tan fuertes como en otros países. El resultado fue una lectura más "politicista" del Mayo francés y la fundación de partidos excesivamente centralizados, dispuestos a resistir a la represión; y también mayores limitaciones para el debate no sólo dentro de cada corriente sino entre todas ellas(8). Pero, en cualquier caso, lo importante es que también en el Estado español se produjo la aparición de una nueva vanguardia revolucionaria al margen del reformismo, a pesar del saludo oportunista que Carrillo brindó a la lucha de los estudiantes franceses(9).

Generación rota

El 68 fue el año en que entraron en crisis el capitalismo y el "socialismo real" gracias a la irrupción masiva de la juventud y a su capacidad de contagio en sectores de la clase obrera, en mayor o menor medida, en muchos países del mundo.

Esa juventud constituía entonces un fenómeno social nuevo en la historia, al menos por la importancia cuantitativa y cualitativa que estaba adquiriendo. Si bien en el pasado se pueden encontrar sin duda precedentes de su papel como "vanguardia social y política", es en los años sesenta y como resultado de la explosión demográfica de postguerra

NOTAS:

(6).-Frases como sed realistas, pedid lo imposible *venían a ser enormemente subversivas frente a cantidad de sociólogos e ideólogos que teorizaban las virtudes del neocapitalismo y la integración de la clase obrera. Lo realista era así pedir lo imposible, es decir, la utopía, pero con el convencimiento de que estaba al alcance de las masas. Ese era el sentido del mensaje que hacía Herbert Marcuse en aquel entonces y que algún periodista "listo" ha pretendido utilizar con una intención totalmente opuesta: cuando el pensador alemán hablaba del "final de la utopía" lo hacía en realidad con los mismos argumentos de Marx, sosteniendo que las bases materiales para la eliminación de la desigualdad social estaban ya suficientemente dadas en las sociedades occidentales de los años sesenta (vid. su serie de artículos en* El final de la utopía. *Barcelona, Ariel, 1968).*

(7).- Hay interesantes análisis de este periodo en los artículos de Fernández Buey y Rafael Argullol publicados en la revista hoy desaparecida Materiales, *número 2, de marzo-abril de 1977. Por mi parte, ofrecí una reflexión crítica en mi trabajo "El SDEUM y la generación del 68", aparecido dentro del libro* La crisis del movimiento juvenil en las sociedades capitalistas. *Madrid, Ed. de la Torre, 1979.*

(8).- Las particulares condiciones de la lucha antifranquista explican la escasa influencia de las corrientes espontaneístas predominantes en otros países, en beneficio de las que se reivindicaban, bajo una u otra fórmula, del centralismo democrático. Estas últimas sobrevivieron al franquismo, pero al precio de arrastrar limitaciones graves en su funcionamiento democrático y en el estímulo de una formación marxista crítica, especialmente en los casos del PTE y la ORT.

(9).- Habría que recordar que a finales del 67 Carrillo había publicado su obra Nuevos enfoques a problemas de hoy, *en la que ya teorizaba la alianza con los evolucionistas del régimen. Sólo los escindidos del PCE (internacional) –futuro PTE– e intelectuales como Manuel Sacristán, Alfonso Sastre y Eva Forest supieron resistir la derechización política que se aceleró en los años siguientes.*

(10).-No es cuestión ahora de enzarzarnos en una discusión sobre la caracterización social de los estudiantes o de la juventud en general. En cualquier caso, baste reseñar que un conjunto de factores –la ola de crecimiento económico de postguerra, la explosión demográfica consiguiente y las expectativas mayores de alargamiento de la vida– favorece la concentración de jóvenes en número creciente en las escuelas y universidades, haciendo posible su toma de coniencia de que forman parte de una categoría o grupo social específico frente a las otras clases y capas sociales.

(11).-Esos son los criterios que emplea, por ejemplo, Julián Marías en la Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales, *tomo 5, Madrid, Aguilar, 1975, págs. 88-91.*

(12).-Marvin Rintala, "Generaciones políticas", también en Enciclopedia..., *tomo 5, págs. 91-94.*

(13).-Ese desgraciado final no impidió, sin embargo, que una parte de la "generación del 68" continuara luchando por sentar las bases de una política alternativa y enfrentada al sistema. En realidad, y a pesar de lo discutibles que puedan ser algunos de sus planteamientos, se podría afirmar que sólo en la RFA una



cuando posee la fuerza suficiente para poner en alarma a todo un sistema social(10).

Esta novedad histórica parecía hacer posible el proyecto de renovación del movimiento obrero y de la izquierda revolucionaria en los años siguientes. Sin embargo, después del tiempo transcurrido, hay que reconocer que ese objetivo se ha visto cubierto muy limitadamente. A las ilusiones y esperanzas de las "vísperas de la Revolución" siguieron fracasos como los del "mayo reptante" italiano, la revolución portuguesa o la ruptura con el franquismo. Las aguas fueron volviendo a su cauce y parecía que el Estado del bienestar todavía podía durar. Ahora, en cambio, una nueva etapa se está abriendo, en la que unos optan por instalarse en la crisis económica y social, mientras que otros lo hacen a favor de la resistencia desde los partidos revolucionarios sobrevivientes del 68 y, sobre todo, desde los movimientos sociales viejos y nuevos.

¿Es posible, entonces, hablar todavía de una *"generación del 68"*, como pretenden algunos? Parece difícil hacerlo, ya que lo que unió a muchos y muchas en aquel período se vio luego confrontado a la realidad de los veinte años que le sucedieron y a las inserciones sociales muy diversas en que fueron entrando cada uno de los actores y actrices de aquellas movilizaciones.

Pero, entrando incluso en el concepto de generación, podríamos ampliar más esta tesis. Los orteguianos, por ejemplo, dicen que para constatar la existencia de una generación hace falta compartir dos rasgos básicos: tener la misma edad y haber tenido algún *"contacto vital"*(11). Otro pensador sostiene que una generación política se representa como *«un grupo de individuos que han estado sometidos a las mismas experiencias históricas fundamentales durante los años de formación»;* pero a continuación añade que *«la conciencia generacional es, sin duda, menos importante, como fuente de motivación política, que la conciencia nacional o la de clase»*(12).

Partiendo de esos criterios, cabría sostener que el *"contacto vital"* o *"la experiencia histórica fundamental"* que vivieron muchos jóvenes en el 68 fue sin duda intensa y justifica el común denominador de "generación política", sobre todo en los casos de Francia, Italia o México, por poner los ejemplos más evidentes. Pero los límites mismos de esa experiencia –marco institucional universitario; escasa relación orgánica con el movimiento obrero y desfase en combatividad respecto a éste; bajo nivel de formación marxista y elevada entrega militante en muchos partidos o grupos– explican que una vez cambia el signo del periodo a escala internacional, sea más fácil de romper la unidad original y, por lo tanto, puedan pesar más la nueva conciencia de clase inherente al status alcanzado en la sociedad y las expectativas de supervivencia individual. Todo lo cual no significa, por supuesto, aceptar la inevitabilidad de esa ruptura: por suerte, dentro del mundo intelectual, por ejemplo, siguen existiendo núcleos dispuestos a mantener la llama de las esperanzas revolucionarias puestas de actualidad hace veinte años.

Pero lo cierto es que muchos se han reconciliado con una democracia burguesa que entonces los rechazó y que hoy, convertida en oligopolio de los partidos del sistema, revela de nuevo su carácter clasista; mientras que sólo una minoría continúa esforzándose por militar en las organizaciones revolucionarias y por buscar al mismo tiempo nuevas formas de hacer política y de trabajar dentro de los movimientos sociales herederos de aquella experiencia. No han faltado tampoco, lamentablemente, muchos "desesperados" de los años de re-

flujo, como la "Fracción Armada del Ejército Rojo", a la búsqueda de atajos para llegar a la revolución y convertidos finalmente en víctimas trágicas de la represión de un Estado gobernado por socialdemócratas(13).

En cuanto a nuestra experiencia en el Estado español, el balance que podría hacerse es que la misma ambigüedad del "rojo antifranquista" facilitó muy pronto el abandono por un sector de sus veleidades anticapitalistas a medida que se fueron frustrando las expectativas de transformación radical del sistema. La misma fragilidad de nuestra experiencia común y el peso mayor del antifranquismo frente al anticapitalismo contribuyeron a debilitar la actitud de rebeldía de muchos jóvenes de entonces. Lo más lamentable de toda esta trayectoria es que gran parte de ellos hayan renunciado incluso a una seña de identidad también esencial bajo la dictadura como era la solidaridad con Euskadi(14).

En resumen, frente al mito de una "generación del 68" sería mejor hablar de una juventud que fue haciéndose adulta y rompiéndose simultáneamente en muchos trozos, quedándole únicamente como nexo de unión la edad y la ambigua nostalgia de una experiencia sometida hoy a las más diversas y opuestas revisiones.

Los restos del naufragio

Con la distancia de los veinte años transcurridos se hace necesario reconsiderar las vivencias de aquella crisis, aun corriendo el riesgo de incurrir esta vez en interpretaciones un tanto unilaterales y pesimistas.

Una primera reflexión a hacer es la constatación del excesivo subjetivismo que nos llevó a confiar en que la revolución era "inminente" y que la única razón de que ésta no se produjera se encontraba en la política traidora del PC francés y sus partidos hermanos en otros países. La falta de comprensión de las causas del relativo consenso político y social que se había dado en muchos países capitalistas en torno al Estado del bienestar o, en nuestro caso, de las consecuencias de la derrota en la guerra civil y del enorme desfase entre combatividad y nivel de conciencia dentro de la clase obrera, nos condujo a sobreestimar las posibilidades de crisis prerrevolucionarias en los años siguientes y las expectativas de crecimiento de las organizaciones revolucionarias. Esa misma hipótesis dio, además, mayor alcance práctico a las divergencias dentro de la nueva extrema izquierda, fomentando la competencia y el sectarismo entre todas ellas(15).

Esa impaciencia revolucionaria fue sin lugar a dudas la razón de muchas frustraciones posteriores, llegando hasta la disolución de corrientes políticas anteras en algunos países. Pero, más allá de ese grave error infantil en una nueva vanguardia, las señas de identidad que fueron extendiéndose en los años inmediatamente posteriores al 68 continúan teniendo vigencia. Empezando por el antiimperialismo, ¿quién, racionalmente, puede negarse a reivindicar la prioritaria solidaridad con los pueblos más sometidos del "Tercer Mundo" a la vista del expolio y del anti-desarrollo que éstos sufren por parte de los países más ricos?. Hoy, además, la izquierda radical puede asumir esa tarea con convicciones mucho más profundas que entonces y sin el romanticismo que pudo caracterizar a algunas de sus corrientes, deseosas de trasladar "modelos" que no tenían en cuenta las condiciones concretas del capitalismo avanzado.

Lo mismo podríamos decir del anticapitalismo: ¿acaso el "capitalismo real" no está demostrando ser más injusto y más responsable de la desigualdad social que entonces? Las lamentaciones de los apologistas del reformismo socialdemócrata respecto a la situación en que han quedado su "modelo" escandinavo y su caricatura en la Europa del sur vienen a ilustrar suficientemente que no cabe vía intermedia alguna entre la gestión leal del sistema y la oposición frontal al mismo. En cuanto al antiestalinismo de izquierdas en el que muchos nos educamos, quizás a algunos pueden entrar las dudas ante la *perestroika* de Gorbachov; pero, analizándolo dentro de una perspectiva histórica, no hace más que venir a darnos la razón a quienes hemos denunciado a la burocracia y hemos insistido en la necesidad de oponerle un socialismo basado en el poder popular. Y este objetivo no vendrá, desde luego, de la mano de los dirigentes soviéticos sino a través del despertar, probablemente lento, del proletariado de la URSS.

También ha quedado claro a lo largo de estas dos décadas que el camino al que estaban conduciendo al movimiento obrero tanto la socialdemocracia como los PCs era equivocado. La primera quiso recuperar las ilusiones de Mayo cuando llegó el reflujo y, después de algunos gestos reformistas, volvió a ser lo que casi siempre ha sido desde 1914: fiel colaboradora del sistema para ayudarle a salir de sus crisis. En cuanto al "eurocomunismo", también pudo comprobarse que su aspiración era en realidad la de competir en el mismo espacio que los socialistas, y no la de ofrecer una estrategia alternativa. Por eso fue acertada la opción de construir nuevos partidos revolucionarios que se esforzaran por abrir otro camino de movilización extra-institucional y de confrontación con el sistema.

Pero, aun reafirmando esas señas de identidad, hay que reconocer que estas organizaciones han hecho todavía poco por superar lo que Perry Anderson llama *"miseria de la estrategia"* del marxismo(16). Convencidos de la inevitabilidad de la revolución, caímos en una visión excesivamente "politicista" y prerrevolucionaria de nuestra actividad. Sólo desde mediados de los años setenta fuimos comprendiendo el cambio de periodo y la necesidad de una "guerra de posiciones" dentro de la sociedad civil sin por



Recital de Raimon, en Económicas de Madrid, el 19 de mayo de 1968.

NOTAS:

parte de la izquierda extraparlamentaria de los años sesenta ha conseguido configurar un movimiento de masas capaz de consolidar lo que algunos llaman un "sector público voluntario" así como una fuerza política con presencia institucional (vid. S. Cosseron, "Las raíces de los Verdes", INPRECOR *número 41, diciembre 1984).*

(14).- Entre las muchas interpretaciones que se están haciendo del 68 sobresale la manifestada por Fernando Savater en un coloquio con Cohn-Bendit realizado en Madrid: a lo largo del debate llegó a afirmar que «la lucha que llevábamos a cabo en aquel momento, en mayo del 68, aquí en Madrid, y más allá de las ideologías alucinatorias que podíamos tener cada uno, era una lucha por conseguir más o menos lo que se tiene ahora» *(reproducido en* El Urogallo, *número 13, mayo 1987). La verdad es que ante cosas como ésta sólo cabe decir que no se enteró de lo que queríamos o que, a fuer de resignarse ante lo real como lo único posible, el antiguo libertario está convirtiéndose en liberal-autoritario capaz de deformar la historia como el que más. Para una crítica de ese "cinismo excedente" ver algunos de los artículos y reflexiones de Gabriel Albiac en* Todos los héroes han muerto. *Madrid, Ed. Libertarias, 1987.*

(15).-Lo cual no significa concluir que fuera inútil la crítica, por ejemplo, de los "modelos" de guerra popular prolongada que algunas corrientes querían aplicar mecánicamente a la situación europea o española. El problema es que sólo discutíamos sobre las tareas de la revolución y no sobre el trabajo preparatorio y de arraigo social en las organizaciones obreras o juveniles existentes, confiando ilusoriamente en construir, como en el caso español, un "nuevo" movimiento de masas dirigido por cada partido revolucionario. Por suerte, las rectificaciones fueron llegando, pero el tiempo y las energías perdidas eran grandes.

*(16).-*Tras las huellas del materialismo histórico. *Madrid, Siglo XXI, 1986, pág. 29.*

(17).-Es reconfortante comprobar que reflexiones semejantes aparecen en muy diferentes zonas geográficas del globo. Baste como ejemplo el libro del sandinista Orlando Núñez, antiguo compañero de lucha del 68, y del norteamericano Roger Burbach, titulado Democracia y revolución en las Américas. *Managua, Ed. Vanguardia, 1987 (dos capítulos de esa obra han aparecido en* INPRECOR, *número 56, octubre de 1987).*

(18).- Algunos pensadores y sociólogos califican esos valores como "postmaterialistas", término en todo caso discutible. Lo que importa subrayar es que se trata de una nueva cultura política, heredera y superadora del 68, difícilmente integrable por la izquierda del sistema, por muchos equilibrios y gestos demagógicos que haga.

ello abandonar su futura combinación con la "guerra de movimientos". Pero el pragmatismo en la inserción mayor dentro del movimiento obrero no fue acompañado de una sensibilidad similar ante otros movimientos, con la excepción parcial del feminista, a pesar de que muchos y muchas procedíamos de la experiencia estudiantil del 68. Este retraso en la reformulación de las bases de una estrategia de resistencia y en la ampliación de las palancas de apoyo de una organización revolucionaria ha sido ya prácticamente cubierto, pero no deja de ser un hándicap en la capacidad de atracción que pueden ejercer las fuerzas de la izquierda revolucionaria, aunque las desigualdades sean grandes entre unos y otros países.

Este sigue siendo el principal problema al que nos enfrentamos: el de enriquecer nuestra teoría y nuestra estrategia con el fin de ir recomponiendo un movimiento obrero muy debilitado estructural y políticamente y de ir fusionando las vanguardias de los distintos sectores radicales de la sociedad. Para salir airosos de esa tarea no hay recetas, pero parece ya evidente que el pluralismo político e ideológico va a ser una característica dominante durante toda una larga etapa dentro de esa *izquierda antisistema*, lo cual obliga a nuevas formas de debate y actividad conjunta que tengan en cuenta la prioridad de la colaboración solidaria por encima de la respetable competencia de cada corriente por conquistar su hegemonía (17).

Dentro de los movimientos sociales se puede observar también esa diversidad de corrientes ideológicas, sobre todo si se considera no sólo a sus núcleos más organizados sino también a esos activistas intermitentes que constituyen su base social y política fundamental. Lo que parece unir, sin embargo, a todos ellos es también esa dimensión "antisistema", no tanto por su vocación revolucionaria como por su rechazo común de los valores del capitalismo y del "socialismo real" y por la defensa de otros como la solidaridad, el internacionalismo, la democracia directa o la igualdad (18).

Dos escollos a evitar

Hay, pues, condiciones para poner en pie una estrategia de resistencia eficaz y, también, para dar pasos adelante, aunque sean modestos, de cara a evitar dos escollos peligrosos: por un lado, el de la simple actividad dentro de cada movimiento por separado, lo cual conduciría al desgaste y a la desconfianza en la lucha; por otro, el de dejar abandonada la utilización de las instituciones de democracia directa –o, al menos, la aspiración a servirse de ellas como tribunas de denuncia– en beneficio de otras opciones políticas reformistas o abstencionistas. Dado el tamaño actual de la mayoría de la izquierda revolucionaria europea, no va a ser fácil superar ambos extremos, pero en cualquier caso es en esa tarea donde puede ser puesta a prueba su audacia para hacerles frente.

Dentro de ese panorama, fue esperanzador lo que ocurrió en muchas partes del mundo durante el año 87: parecía que la juventud irrumpía de nuevo en la escena política, pasando a ser protagonista de nuevas luchas sociales capaces de asustar al sistema. Como decía Manuel Ballesteros, era la vuelta del *disenso*, del derecho y el deber de rebelarse contra la desigualdad social y política, desde Francia a China, pasando de nuevo por México. Las coordenadas de esa nueva radicalización son diferentes en muchos aspectos a las nuestras: hoy rechazan una sociedad que les condena al paro y, por lo tanto, a la supervivencia individualista en la "economía sumergida" o la "delincuencia"; ahora no pueden tener confianza en la revolución sino en revueltas que ayuden a resistir mejor frente al Estado y, quizás, a encontrar más adelante alguna pequeña salida del túnel del futuro. En suma, antes se podía pasar más fácilmente de la rebeldía a la lucha revolucionaria, mientras que hoy es más difícil que se convenzan de que hay un camino solidario, el de militar junto a todos los que nos enfrentamos al sistema.

El hecho de que la explosión del año pasado no haya tenido su continuación en grandes movilizaciones posteriores revela, no obstante, que la radicalización de los jóvenes de hoy va a ser más lenta que la que conocimos en el 68. Pero eso no debe hacernos olvidar que hay rasgos comunes que pueden facilitar una convergencia: en primer lugar, una voluntad de autonomía frente al Estado, la escuela o la familia, y una disposición a luchar sin esperar a que otras fuerzas sociales lo hagan; también, la desconfianza frente a vías parlamentarias y de consenso con el poder, así como un profundo sentimiento antiautoritario y antimilitarista; y, por último, con mayor razón aún que entonces, una comprensión espontánea de las raíces de su inseguridad ante el futuro que permite un diálogo común.

La profundización de la brecha abierta en el 68 dependerá, pues, de la capacidad de renovación de la izquierda revolucionaria tanto en el plano político y estratégico como en el generacional, a través de la incorporación de nuevos jóvenes y del aprendizaje mutuo de nuestras experiencias. El recuerdo del 68 no ha de servir, por consiguiente, para contar "batallitas", sino para, al menos, transmitir las vivencias de una crisis social que conmocionó el orden internacional del Este y del Oeste y que reivindicó el derecho a la revolución y el deber de luchar para que ésta sea realidad en todo el mundo. □